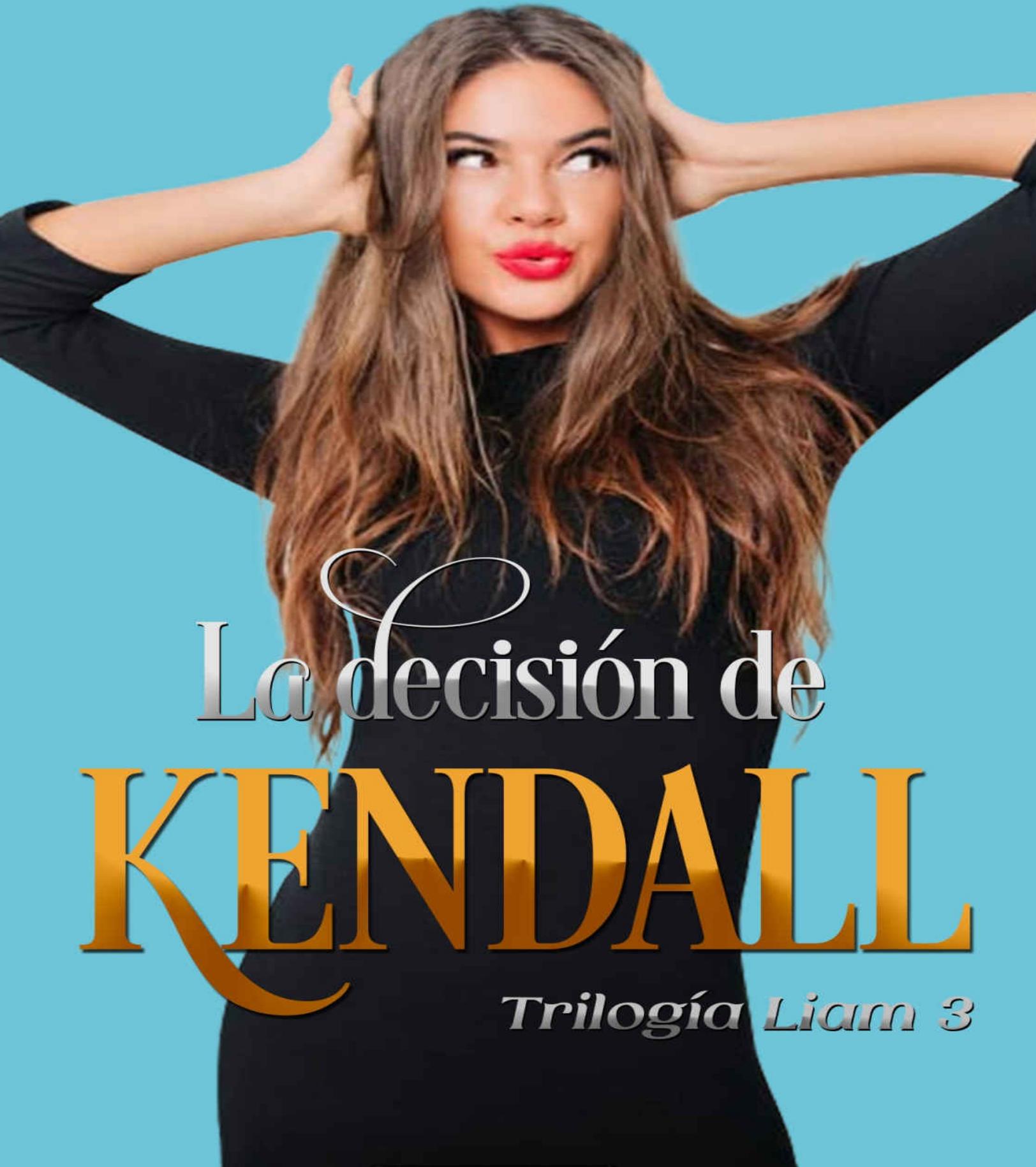


Aitor Ferrer



La decisión de

KENDALL

Trilogía Liam 3

La decisión de
KENDALL
Trilogía Liam 3

Primera edición.

La decisión de

Kendall. Trilogía Liam nº3

©Aitor Ferrer

©Agosto, 2021.

Todos los derechos

reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Mis](#)

[redes sociales](#)

Capítulo 1



Dos días habían pasado desde que dejé tirado a Aitor y me sentí más fuerte que nunca, dos días en los que los medios y el mundo se pensaban que me había casado, lo contrario solo lo sabía Cata y Mario, pero ellos no lo iban a decir por nada del mundo, me lo prometieron y es que sabían lo importante que era para mí que no lo hicieran hasta llegado el momento que sería inminente.

—Gracias por todo —abracé a Cata, después de facturar las maletas y antes de pasar el Control Policial.

—No, de gracias nada, todos somos una familia y me alegro de haber evitado que cometieras el mayor error de tu vida.

—Te quiero, Cata —la besé muy fuerte.

—Bueno, preciosa —me cogió las manos Mario —, ya sabes lo que te espera con este viaje y ya sabes que ahora más que nunca tienes que ser tú, tú y solo tú.

—Sí —se me saltaron las lágrimas.

—Os quiero —me aparté de ellos y pasé lo de la Policía.

Para coger este vuelo tuve que acceder a ir en primera clase, ya que otras plazas no quedaban y me dejé un riñón y parte del otro, pero no me importaba.

Compré conexión a *Wifi* y vi que Liam había subido una foto con Alexandra y Luis, en el porche de estos.

“A pasar tres días con la verdadera familia”

Iba a pasar ese veintitrés, veinticuatro y veinticinco con ellos, era normal, en principio iban a hacerlo en casa de Liam, pero conociendo a Alexandra ella quería trabajar esas comidas bien en su casa, además era de lo más exagerada.

Le puse un mensaje a Liam.

Kendall: *¿Cómo está mi princesa y el padre más guapo del mundo?*

Liam: *Hola, preciosa, imagino que ya estás en Turquía. Nosotros bien, vamos a pasar las fiestas con Luis y Alexandra.*

Kendall: *Sí, ya estoy de los turcos hasta el mismísimo, acabamos de llegar y ya estoy por*

irme, con eso te lo digo todo.

Liam: *Bueno, paciencia, te esperan las Maldivas y créeme que de allí no te querrás ir.*

Kendall: *Veremos, últimamente no me caigo bien ni yo.*

Liam: *¿Y tu marido?*

Kendall: *Se fue con dos turcos a jugar al pádel y a tomar unos vinos.*

Me entró un ataque de risa que me miró hasta sonriendo la azafata, yo llevaba peluca y hasta lentillas, además de un pañuelo cubriéndome, así que poco sabían de quién se trataba.

Liam: *¿Te dejó sola?*

Kendall: *Ajá, una pena que tengo que no puedo con ella...*

Liam: *No sé si me hablas en serio o bromeando.*

Kendall: *Del uno al diez ¿Cuánto me amas?*

Liam: *¿Has bebido?*

Kendall: *Bueno ahora tengo un té en mis manos, si no le echaron nada raro...*

Liam: *¿Te has arrepentido de casarte?*

Kendall: *No me he arrepentido de nada.*

Liam: *No entiendo nada, pero bueno, si me preguntas cuanto te quiero del uno al diez te diré que infinito, no hay cantidad, te has llevado una gran parte de mí.*

Kendall: *Yo te quiero hasta el infinito y más allá.*

Liam: *¿Seguro que no has bebido?*

Kendall: *No, pero esta noche pienso emborracharme.*

Liam: *Ten mucho cuidado por favor.*

Kendall: *Estoy pensando en darle un hermanito o hermanita a Beth, así que tomaré bastante para ver si paso una noche desenfrenada.*

Liam: *Pasa buen día, Kendall.*

Kendall: *Y usted también, señor James.*

Me eché a reír, aunque me daba pena, pero volvía a ser yo, la bromista, graciosa, descarada y la que iba a aterrizar en *Miami* a las seis de la tarde hora de allí.

E iba dispuesta a todo, a recuperar lo que era mío.

El día anterior hice varias llamadas para hacer algo, así que lo tenía todo previsto, quería llegar como la que llega a *Hollywood* pisando la alfombra roja.

El vuelo se me hizo eterno y cuando faltaba una hora para llegar y vi que puso un *post* con sus amigos preparando una barbacoa para esa noche, pensé en tocarle un poco más los huevos, como hacía en el pasado.

Kendall: *Hola, Liam de nuevo ¿Qué vais a cenar?*

Liam: *Estamos preparando todo para una barbacoa.*

Kendall: *Te noto muy serio.*

Liam: *No, estoy tocando las palmas y cantando por Pimpinela.*

Kendall: *¿Sabes la canción, “Ese hombre”?*

Liam: *Kendall, por favor, para ya.*

Kendall: *Pues tú te lo pierdes, estás de un estúpido...*

Liam: *Estoy destrozado y no te pillo una.*

Kendall: *Normal, pero dime una cosa ¿Qué beberás esta noche? Quiero beber lo mismo que tú.*

Liam: *Agua, beberé agua, para la resaca que pillaré porque empezaré a beber ya, falta me hace.*

Kendall: *No descuides a nuestra hija...*

Liam: *Para, por favor.*

Kendall: *No me da la gana, me tienes que aguantar.*

Liam: *Espero que no hayas consumido drogas.*

Kendall: *Bueno, no estaría mal unas caladitas de un peta de Jamaica.*

Liam: *¿Qué pretendes?*

Kendall: *Quitarme el aburrimiento mientras espero para cenar con el amor de mi vida, emborracharme y tirarme la noche follando a lo Grey.*

Liam: *¿Usáis esas cosas?*

Kendall: *No, pero ojo, que esta noche me dejaría que me dieran hasta por detrás.*

Me puse las manos en la boca del ataque de risa que me estaba entrando, pobrecito.

Liam: *¿Me has querido alguna vez?*

Kendall: *Desde que supe de tu existencia.*

Liam: *Pues no lo parece...*

Kendall: *Y tú, ¿me has querido?*

Liam: *Ya te respondí.*

Kendall: *Disfruta de esta noche, sé feliz, haz lo que te pida el corazón y no se te olvide, que quienes te quieren están contigo.*

Liam: *No sé que te pasa, pero me estás preocupando.*

Kendall: *Estoy feliz, simplemente eso...*

Ni me contestó, eso le debió de doler, pero joder dos horitas de dolor no era nada, que se tomara un paracetamol, que ya luego bebería otras cosas...

Aterricé en Miami y un furgón me esperaba, sí un furgón.

Solo llevaba una maletita, pero en ese vehículo iba todo aquello que formaría parte del espectáculo de mi vida...

Capítulo 2



Llegué a la casa de Alexandra, sabía que estaban en el patio, ellos entraban a la casa por delante, pero el patio tenía una puerta y ahí se iba a formar la tangana.

El coro rociero que me cantó se puso en posición mirando hacia la puerta del jardín y comenzaron a cantar la canción que yo canté el día de mi boda, la de “Quiéreme”

Yo estaba escondida y vi como salió Liam con la niña en brazos y Alexandra y Luis, mirando sin entender nada mientras el coro cantaba.

“Quiéreme como se quiere por primera vez...”

Y de repente entre el no entender nada, me tocó a mí aparecer.

“Siempre para mí eres lo primero

Aunque falte el dinero, te quiero

Yo sin oro ni plata te espero hasta el atardecer”

Al ver la cara de Liam, pensé que se le caía la niña de los brazos, las lágrimas le comenzaron a brotar y la pequeña me miraba riendo y señalándome.

Luis y Alexandra tenían las manos en la boca, incrédulos, no terminaron en romper a llorar mientras yo seguía cantando, acercándome a Liam sin dejar de mirarlo y cogiendo a mi pequeña en brazos, que me dio un abrazo de esos que curan el alma.

El coro terminó y me despedí de ellos, que se fueron de forma inmediata, Liam no reaccionaba solo me miraba llorando al igual que Alexandra y Luis.

—¿Y tu marido? —preguntó Alexandra la primera.

—Lo dejé en casa de Liam, se va a dar una vuelta en el barco —bromeé y los tres me miraron incrédulos—. No me casé, no lo hice —se me saltaron las lágrimas mientras negaba.

—¿No te has casado? —En ese momento y mientras preguntaba me cogió la cara con las dos manos y me miró entre lágrimas.

—No, no me he casado, pero la luna de miel me la tenéis que dar ustedes —dije ocasionando a todos una risa, momento que aprovechó Liam para darme un beso en los labios y un abrazo a mí y la niña que seguía en mi pecho.

Alexandra y Luis me dieron un abrazo muy fuerte y la bienvenida de nuevo a la familia, sí

ellos eran mi familia.

—Ahora comprendo esos mensajes que me llegaron —dijo echando mi mano por mi hombro, a la niña ya la había cogido Alexandra y puesto en un parquecito.

—Claro, tonto —me pegué a él y nos abrazamos de verdad con un beso que duró por lo menos un minuto.

—No sabes lo feliz que me hace tenerte aquí de nuevo.

—Bueno, me dijiste que siempre estarías para mí, te recuerdo que no tengo casa —me eché a reír.

—Tienes dos, una aquí y otra allí.

—Las quiero a mi nombre —solté una carcajada.

—Sin duda y esta vez para siempre.

—Por supuesto, de eso me encargo yo —le dije bromeando y emocionada por tener a Liam de nuevo, sabía que no nos hacía falta hablar más que ahora comenzaba nuestra verdadera historia de amor.

Tengo que decir que uno de los encuentros más bonitos fue con Cata, nuestra perrita, que cuando me vio se puso a dar saltos y se meó directamente de los nervios.

—Necesito emborracharme hasta olvidarme de mis apellidos —murmuré, echándome una copa de vino.

—Tienes derecho a todo, hija —respondió Alexandra y Liam afirmó.

—Eso sí, no me quedo sin viaje, así que quiero una ronda por el Caribe dentro de dos días cuando pase la cena de mañana y la comida de Navidad, que a este le tenemos que recordar lo bien que lo pasamos en Jamaica.

—Dale, claro que nos vamos —dijo Alexandra.

—Encantado de recorrer ese viaje de nuevo —respondió Liam, chocando su copa con la mía —. Por cierto, lo de que esta noche le ibas a buscar una hermanita a *Beth*...

—Eso era broma, ¿eh? Pero que si viene... —me reí y me abrazó.

—Si viene no volveré a montar en coche en mi vida, esta vez no me lo pierdo...

—No creo que seamos tan desgraciados —me reí comiéndolo a besos.

—Gracias por estar aquí, gracias —me miraba con esos ojos cristalinos del color de mal y me moría en ellos.

—Gracias por volverme a querer —me eché a llorar —. Joder que yo venía graciosa y cañera, eso sí, a recuperar lo que era mío.

—Todo lo tienes ya, no tienes nada que recuperar, jamás lo perdiste.

Estuvimos charlando y durante la cena les conté todo lo sucedido.

—Lo sabía, desde el día que te llevó al hospital sabía que ese hombre no era trigo limpio.

—Ya...

—Menos mal que mi Cata tuvo la perspicacia de averiguar todo e ir a ti ese día —murmuró Alexandra y tenía razón.

—Pero le conté que fue cornudo y que me acosté con Liam —me eché a reír y ellos también.

—¿Y dejaste todo en su casa?

—Mi ropa y la ropa de la niña, lo demás como joyas y eso me lo llevé al hotel —señalé mi dedo con los dos anillos que tenía de Liam, del compromiso y la boda.

—¿Y como harás para recuperarla?

—Mira Alexandra, me fui de aquí sin una millonada mía, no te creas que iré a buscar unos trapos que puedo comprar de nuevo.

—Muy bien dicho —dijo Liam emocionado —, Además, eso te vas de compras con Alexandra y pones otro ropero lleno rápido.

—Sí —miré a mi amiga, le cogí la mano y sonreí.

A nosotras no nos hacía falta decir más nada, todo quedaría atrás menos eso que sentíamos los unos por los otros.

Pasamos una velada preciosa, de risas, confidencias, dejando ya atrás todo lo pasado con Aitor, no queríamos ni nombrarlo, queríamos cogernos las manos y mirar al frente, ese futuro que sería el comienzo de algo que nunca debió de terminar.

Capítulo 3



A la hora de dormir nos íbamos a ir al apartamento en el que viví cuando llegué por primera vez a *Miami*. A *Beth* se la llevaron para la casa Alexandra y Luis, ni preguntaron, se rieron y nos dijeron adiós dejándonos a solas, sabían que lo necesitábamos.

—Yo quiero otra copa de *gin-tonic* antes de que nos vayamos a dormir.

—¿A dormir? —preguntó riendo, acariciando mi mano.

—Bueno a rezar, cantar, bailar...

—Preparo dos copas —se levantó sonriente y se fue al rincón donde estaba todo para prepararla.

—No te esperaba —sonreía de vuelta con las copas y me hizo un gesto de que nos fuéramos al balancín donde yo siempre me ponía a escribir —. Me pusiste muy nervioso con esos mensajes que no entendía a qué venían.

—Me tocaba hacerte sufrir un poquito —apreté los dientes sentándome y poniendo mi pierna encima de la suya.

—No sabes lo que recé para que la vida te devolviera a nuestro lado.

—Pues debieron de escuchar tus plegarias —le acaricié la barbilla y me gustaba ese tacto de no haberse afeitado en un par de días —. Estás guapísimo.

—Me vas a tener que ayudar mucho, quiero ser ese Liam que tantas veces repetiste que no volverá.

—Liam, no pasa nada, he venido a por el Liam de ahora, a por ti, ese que ese día en la cama de tu casa de San Fernando, me hizo vivir uno de los momentos más bonitos de los últimos tiempos, me quedo con eso.

—¿Y si no te hago tan feliz?

—Ya lo soy —se me cayeron unas lágrimas —. Joder que no quiero llorar más, que yo vengo a dar caña y a ponerlos a todos firmes.

—Ven —me hizo sentar sobre él, que dejó su copa sobre la mesa y me rodeó con las manos —. Imagino que vienes a por todas.

—A por todas, a por lo que es mío, a por ti, mi hija y mis amigos —me referí a Alexandra y

Mario.

—Ya nos tienes a todos, nunca nos perdiste.

—Lo sé.

—Y una vez que lo has comprobado ¿Cuáles son tus planes?

—De eso quería hablar —carraspeé volteando los ojos y persignándome.

—Dime —sonrió echando mi mechón de flequillo detrás de la oreja.

—Sé que es una faena lo de la casa de allí, pero yo...

—La casa de allí me importa bien poco, la podemos dejar por si algún día vamos de vacaciones o venderla.

—Yo quiero vivir aquí, yo era muy feliz en nuestra casa —se me hizo un nudo en la garganta y lloré de nuevo —. No quiero ni siquiera regresar allí en mucho tiempo.

—Olvídate de la casa que yo me encargo de todo desde aquí, haremos nuestra vida en *Miami*.

—Gracias.

—No me la des, este es el lugar que me vio nacer.

—Lo sé.

—Pero yo tengo algo muy importante que decirte antes de que nos vayamos a dormir juntos...

—Su rostro y tono cambió y sentí miedo, esa era la palabra.

—Liam, ¿qué pasa?

—He descubierto muchas cosas, unas te van a gustar y otras no...

—Ay Dios, que no gano para disgustos —me puse la mano en la cara.

—¿Por cuál quieres que empiece, por la buena o por la mala?

—No, no quiero escuchar nada, hoy no —me levanté, di un trago, me encendí un cigarrillo y me aparté a mirar la piscina. Algo me decía que la vida me la iba a jugar de nuevo.

—Kendall... —Se acercó por detrás.

—Liam, dime que todo está bien, miénteme, haz lo que quieras, pero no me vayas a decir algo que no pueda soportar —rompí a llorar mirándolo —. No puedo más, he pasado más de lo que conté, he callado cosas que nadie sabe, pero no puedo más, te juro por Dios que no puedo más.

—Te va a doler mucho, por lo que te voy conociendo te va a doler.

—¿Eso impedirá que estemos juntos?

—Dependerá de ti...

—No lo quiero saber, Liam, no lo quiero saber —negué con rabia.

—Yo también te menté para casarme contigo y lo he descubierto ahora.

—¿¿¿Qué??? —Me giré sin entender nada —Liam, no —le señalé con la mano —Liam, no — lloraba desconsolada —No te acerques a mí.

—Déjame contártelo.

—No, no quiero escuchar nada, no, Liam, no quiero saber, no quiero sufrir más.

—Me casé siendo el hombre más feliz del mundo, aunque no jugué limpio.

—¡Qué te calles! ¿En qué te diferencias de Aitor?

—En todo, yo no soy como él.

—Liam, no, por favor, no sigas hablando, hoy no —negué mirándolo a lagrimas tendidas.

—No quiero vivir con más mentiras, Kendall.

—Todo lo que vivimos fue verdad. No sigas por favor, Liam, de verdad, no es el momento.

—No podré ponerte una mano encima si no te digo todo lo que sé.

—No me la pongas, no hagas nada. ¿No entiendes que no puedo más?, que no puedo, que no he vivido ni un minuto de mi vida tranquila desde que estaba embarazada de seis meses. ¿No entiendes que me estoy consumiendo? He callado mucho por miedo, he sentido mucho miedo y me he sentido utilizada, humillada, he pasado por muchos estados desde ese fatídico día y todo por amarte. Ahora no me digas que también me engañaste porque no lo podría soportar y te juro que sería capaz de hacer una locura.

—No puedes, tienes a *Beth*.

—Cállate, Liam, si me quieres lo más mínimo, cállate.

—No puedo verte así.

—Pues no haberme engañado con lo que fuese, no podías hacerlo, ahí me amabas, esa relación la he defendido a capa y espada, no puedes Liam, no puedes —me fui corriendo al apartamento y me encerré en el baño a llorar.

Me senté detrás de la puerta y sentí que Liam también se puso al otro lado.

—Kendall, te he amado y te he vuelto a amar.

—¡Qué te calles! —grité levantándome muy furiosa y abriendo la puerta —Cállate porque nadie me ha querido en la vida, nadie me amó de verdad, nadie me supo cuidar, solo mi madre, pero el resto, ni mi padre, ni tú ni Aitor, sois todos unos sinvergüenzas.

Sabía que lo que me iba a contar iba a ser duro, de lo contrario no me lo hubiera dicho y, además, sabía que él tenía terror a hacerlo, lo vi en su mirada y no estaba dispuesta a pasar por otro mal momento, no lo estaba.

—Kendall...

—Necesito dormir, puedes quedarte en el otro cuarto.

—No quiero dormir separado de ti ni una noche más —murmuró entre lágrimas.

—Pues hoy me da que va a ser que sí —entré al cuarto que tenía pestillo y lo eché.

Me puse a llorar como una niña pequeña, sabía que algo me hizo que no me iba a gustar saberlo, sabía que algo pasó y ahora me iba a dejar mal por mucho tiempo.

Hoy no, hoy no estaba preparada para escuchar algo que me iba a matar viva.

Capítulo 4



Escuché a la pequeña riendo en el patio y me levanté de la cama, tenía un dolor de cabeza impresionante.

Fui al baño, me metí una ducha y me puse un vestido fresquito, en *Miami* en diciembre era como nuestra primavera casi verano, el clima era caribeño.

Tenía la cara de un muerto, ojeras, pálida y con unas bolsas de haber llorado en las que cabían por lo menos dos kilos de papas en cada una.

Salí y me encontré a Liam en el balancín tomando un café y la niña sentada al lado jugando, ni rastro de Alexandra y Luis.

Me acerqué a la pequeña y le di un beso, a Liam ni lo miré, acto seguido fui a prepararme un café y me senté sola en una silla de la otra mesa.

Alexandra apareció y me miró con tristeza, vi que sí que había estado hablando con Liam antes y que entraría adentro para cambiarse o algo.

—Da pena ver tu cara —se agachó para abrazarme y darme un beso en la mejilla.

—Estoy agotada del viaje, el cambio de hora y de todo, Alexandra.

—Te entiendo.

—Estoy cansada de mentiras, de vivir mendigando ser feliz, estoy que no puedo más y encima sin casa, sin vida y sin nada.

—No digas eso.

—No quiero enfrentarme a lo que me quiere contar Liam.

—Te va a doler mucho, no te voy a mentir, pero creo que lo perdonarás y con el tiempo te reirás de ello.

—No lo voy a saber, no lo quiero saber, todo murió aquel día en el que...

—Deja ya esa frase, hermanita, déjala y ahora es momento de zanzar todo el pasado y vivir un nuevo presente.

—Voy a terminar loca —rompí a llorar y me abrazó.

—Tienes que terminar de enfrentarte a todo y ahora hacer un punto y aparte, comenzar a ser feliz con Liam, que te quiere un montón.

—No me digas más nada, por favor, no me lo digas.

—Vale, pero deja de llorar.

Algo me decía que Liam estaba con otra o que se casó conmigo por algo, no sé, no iba a ser nada bueno y no estaba preparada, simplemente era eso, además, tenía en la cabeza que algo tenía que ver sus padres y que él lo permitió.

—Tengo que salir a comprar el puerco de esta noche, lo encargué y ya me lo tienen hecho.

—Tranquila, ve, estaré bien.

—No os enfadéis hoy, por favor, es un día especial y la niña va a vivirlo con sus padres.

—Tranquila.

Me levanté a prepararme otro café y le hice uno a Liam, nosotros lo tomábamos cortitos, por eso nos hacíamos varios.

Lo puse delante de él y me senté en el balancín, me miraba muy triste, la niña estaba en medio de los dos jugando con un peluche.

—Liam, no vamos a estropear estos días festivos, no quiero pelear, estoy muy cansada como te dije, no me encuentro bien y me noto muy nerviosa.

—No quiero que te pase nada.

—No me va a pasar nada, solo necesito paz, necesito prepararme para lo que me voy a tener que enterar, pero ahora mismo no lo estoy, un golpe más y no sé si lo soportaría.

—Hablaremos cuando estés preparada, pero no me mires mal mientras, no lo soportaría.

—Tranquilo —le agarré la mano y se la apreté.

—Tenemos una hija que amamos con locura, cada minuto con ella me siento increíblemente bien, no quiero que ella sufra por nuestra culpa, no quiero perderme más nada de ella ni de ti. Ayer cuando te vi aparecer cantando la canción de nuestra boda recordé ese momento, lo estaba volviendo a vivir y creo que volveré a recordar todo, hay mucho que no sabes.

—¿Crees que volverás a recordar todo?

—Sí, lo sé, me la jugaron desde el minuto uno de mi accidente, me metieron en algo que no me correspondía y tenía una pérdida temporal, no más de tres años, pero se encargaron de hacer que pensara lo contrario, ya me lo han confirmado, ayer me enteré de toda la verdad.

—¿Y lo que me quieres contar lo recordaste o te lo dijeron?

—Lo recordé, me reí al hacerlo, luego me lo confirmaron, pero cuando te vi aparecer pensé que no podía vivir con ese secreto y que lo que me sacó una risa al recordarlo a ti te iba a destrozar la vida —le caían las lágrimas.

—Pues no lo entiendo, o sea, a ti te saca una carcajada algo que a mí me va a destrozar la vida.

—Bueno, destrozar no, pero te hará mucho daño y te separarás de mí, lo sé.

—¿Estuviste con otra?

—¡No! Claro que no... —La cara le cambió por completo.

—Dímelo ya, vamos a hablarlo, ya veré como me lo tomo.

—¿Segura?

—Sí —murmuré afirmando con terror, me daba mucho miedo.

—¿Te acuerdas que siempre ponías como condición para casarte conmigo el que te compraran una novela?

—Sí, como no.

—La compré yo a través de un productor —se echó a reír llorando, así tal cuál —. Me quería casar contigo, lo deseaba con toda mi alma.

—Espera —me eché a reír también mientras lloraba —¿Nunca me compraron una novela para peli? —Negué queriendo coger el vaso y partírselo en su cabeza.

—Bueno sí, lo único que puse el dinero yo y por eso seré el que la haga como prota, pero no, nadie la compró más que yo.

—Vale —estiré las manos y solté el aire —. No me compraron la novela y lo grité a los cuatro vientos y es una de las cosas que más feliz me hizo —volví a resoplar —. Me engañaste para casarme contigo y encima yo pensé que tú te habías quedado todo mi dinero —me reí llorando, pero a carcajadas, pero lloraba de sentirme gilipollas —. Y conseguiste que me casara viviendo un sueño que no era realidad, estupendo. No contento con todo ahora resulta que te engañaron con que nunca recuperarías la memoria y resulta que sí. Dime Liam ¿Qué crees que debo hacer en estos momentos? No sé si darte una hostia y que te deje la mano marcada durante un mes en tu mejilla o echarme a reír, no lo sé.

—Dame la hostia si con eso te vas a sentir mejor.

—No, dime una cosa ¿No recuerdas más nada aún?

—No.

—Pues yo me alegro porque, te vas a acordar de cada día a partir de ahora, de como te lo vas a tener que currar para volverme a ganar, porque la boda la tuviste fácil, pero ahora volverme a convencer de que crea en ti, lo vas a tener jodido y lo peor aún, vas a tener que currártelo mucho para volver a ganarte un beso mío y como no recuerdas nada. Te recuerdo que estamos ahora mismo sentados en el mismo sitio que nos conocimos, así que la historia la vas a tener que volver a reinventar y esta vez, tienes una hija, pero también a una mujer que ya no se cree nada.

—Vale —murmuró con seguridad.

—¿Vale?

—Vale —se encogió de hombros —. Mañana te vienes para mi casa.

—No, yo vivo ahí —señalé el apartamento.

—Vale —sonrió con un ápice de ironía.

Capítulo 5



Veinticuatro de diciembre, Nochebuena. Esa noche mágica del año en el que se celebra el nacimiento de Jesús.

Primeras Navidades que pasaba con mi gordita, y con su padre, con mi Liam.

Sí, mío, porque así le sentía todavía, así había sido siempre. Le comencé a hacer mío cuando escribí aquella primera novela en la que vi, claramente, que el protagonista debía ser un galán rubio de ojos azules y sonrisa seductora.

Y me tenía loca desde aquel momento, a pesar de esa diferencia de edad. Pero bueno, siempre se ha dicho que el amor no entiende de edades, que simplemente llega, golpea y, ¡zas!

Enamorada, tejiendo lunas en la madrugada, como cantaría Malú.

Pues así estaba servidora desde hacía unos años, pero aquello era más un amor de esos platónicos que, cuando sabes que el hombre es inalcanzable, pues se convierte en lo que hoy en día se conoce como tu *crush*, vamos, lo que toda la vida ha sido el actor que te roba los suspiros.

Y sabía que nunca podría dejar de estar enamorada de Liam, y lo peor es que aún seguía haciendo que me excitara.

Prueba de ello, el día que vivimos en su casa de San Fernando, cuando se me revolvió todo y me dejé llevar por lo que realmente sentía.

—Toc, toc, toc —me rio al escuchar a Alexandra llamando a la puerta.

—Pasa, anda.

—¿Qué vas a ponerte para la cena?

—Pues unos vaqueros mismamente, con una camiseta de tirantes.

—Hala, ¡qué elegante!

—Hija, que vamos a cenar en el patio de tu casa, que es particular.

—Claro, claro, y cuando llueve se moja, como los demás. No te jode la escritora.

—¡Oye! Anda, que voy a vestirme mientras tú terminas la cena.

—Pues a eso vengo, tonta mía, a que te vistas, pero como Dios manda.

—¿Y cómo manda?

—Así de bonita, sexy y elegante —dice, dejando un vestido negro en la cama, que juro que

me quita hasta el habla.

Es precioso, de verdad. Largo, de cuello redondo sin mangas, y con los tirantes que salen del cuello, está todo anudado y cruzado en la parte de la espalda, que queda descubierta.

Tiene una caída perfecta, con vuelo, y una abertura en la parte de la pierna izquierda, que va desde casi la ingle, hasta el final de la falda.

—¿Dónde voy tan elegante? ¿Cenamos en casa de un director de cine, o algo?

—No, hija, aquí en mi casa, pero hay que ponerse guapas para esta noche. Yo llevaré un vestido rojo por las rodillas.

—¿Y a mí por qué me das el largo? Ni que hiciera frío.

—Para que tontees con tu hombre enseñándole un poquito de pierna.

—La madre que te parió, muchacha —rompí a reír, y ella conmigo.

Se marcha, dejándome sola, y empiezo a maquillarme de forma natural, con los labios bien rojos, y me peino la melena hacia un lado, haciéndole algunas hondas.

Pendientes, tacones negros y...

Sonrío al pensar en algo antes de vestirme, algo que sé que Alexandra no va a perdonarme, pero es que, como que seguro que mi diseño está mucho mejor así.

—Perfecto, ahora sí, a cenar con mi hombre y mi gordita —digo, dándome un último vistazo en el espejo.

En el jardín ya están todos sentados a la mesa, Alexandra se ve preciosa con ese vestido, y cuando ella ve que estoy ahí en la puerta, se lleva la mano a la frente al comprobar lo que he hecho con el vestido.

—Para matarte —soltó cuando me senté.

—Amiga, no te quejes, que así es mucho más manejable. Que yo esta noche quiero reír, beber y bailar.

—Lo de beber, lo dejamos para otro día —dijo Liam.

—Que te lo has creído, majete. Luisito, anda, ponme un vinito, corazón.

Luis mira a Liam, que niega levemente, pero para chula yo, así que, sin cortarme lo más mínimo, me sirvo una copita por lo bien que lo he hecho.

Mi gordita hace gorgoritos a mi lado, le cojo la manita y se la beso, ella ríe y sigue a su rollo. Qué envidia, esa inocencia de cuando se es niño y uno no se entera de nada de lo que pasa a su alrededor.

—¿Brindamos? —preguntó Luis con la copa en alto.

—Venga, yo primera —levantándome, y mirando a cada uno de ellos, despliego mi mejor sonrisa—. Por los reencuentros bonitos, el amor, la familia, la verdad que es primordial en toda relación.

—Kendall.

—¿Qué pasa, hija? A ver si una no va a poder brindar por lo que quiera —contesté a mi amiga, sentándome de nuevo.

Comenzamos a cenar y Liam no deja de mirarme, ni yo a él, las cosas como son, que está de un guapo el jodido, que me pone mala cada vez que me mira y me regala una de esas sonrisas.

Nada, otra copita para relajar mis nervios.

—Mañana nos vamos para casa —dijo Liam, muy seguro de sí mismo.

—Claro que sí, guapi. Tú a la tuya, y mi niña y yo, aquella de allí —yo señalé la pequeña casita, para que le quedara claro y no tuviera dudas.

Él empezó a buscar mi rodilla por debajo de la mesa, pero yo le quitaba la mano cada vez que intentaba tocarla.

Pero nada, que no dejaba de buscarme constantemente.

—Kendall, vamos a ir todos para la casa, así tenga que volver a secuestrarte.

—Por supuesto, por supuesto. Y yo que me voy a dejar, amorcito —aleteo de pestañas incluido que lleva mi Liam, faltaría más.

—No seas dura, mujer, si está que bebe los vientos por ti y por vuestra niña —dijo Luis.

—Mira, Luisito. Que, para que yo vuelva a la casa con este de aquí, me tiene que conquistar de nuevo.

Y así era, porque yo quería volver a ver al Liam que una vez conocí, en este mismo jardín, y que me terminó de enamorar cada día un poco más.

Ese que me mostró que la vida puede ser maravillosa cuando llega la persona indicada.

Terminamos la cena y yo ya no sabía si iba, o veía, pero tenía el vino en todo lo alto de una manera, que la resaca que me esperaba iba a ser monumental, vamos.

Tanto era así, que, en un arrebato de osadía y poca lucidez por mi parte, me arranco a bailar cuando empieza a sonar la canción Despacito, de Luis Fonsi cantando con Daddy Yankee.

Revoleando la falda, subiendo un poco y dejando ver más pierna, y eso que dejé el vestido corto a la altura de las rodillas, me planto delante de Liam, que está sentado en el balancín.

«Sí, sabes que ya llevo un rato mirándote

Tengo que bailar contigo hoy

Vi que tu mirada ya estaba llamándome

Muéstrame el camino que yo voy»

No me corto, y señalo a Liam, pidiéndole con el dedo que se acerque a mí.

¿Él se queda sentado? Obvio que no, se levanta y viene a pegarse a mi espalda, bailando como si llevara toda la vida haciéndolo de ese modo tan sensual.

Madre mía, ¿no era yo la que quería provocarle y ponerle nervioso? Porque se me está volviendo en mi contra. Y con el primer “Despacito”, me plantó un golpeteo con sus caderas en el trasero, que casi me muerdo.

—*Deja que te diga cosas al oído, para que te acuerdes si no estás conmigo. Despacio. Quiero desnudarte a besos despacio...*—me estaba cantando. Liam me estaba cantando al oído mientras bailaba conmigo de esa forma que me estaba poniendo mala, pero mala de verdad.

—¿Conoces a Luis Fonsi? Para que me lo presentes, a ver si el chiquillo me coge para un *videoclip*, como tú compraste mi novela.

—No le conozco, porque no quise.

—Pues que nos lo presenten a los dos.

Seguimos bailando y veo a Luis con *Beth* en brazos, bailando también, mientras mi pequeña se ríe a carcajadas.

Cuando acaba la canción me aparto para tomar otra copa, y así me paso el resto de la noche, entre risas, bailes y cócteles que entran como el agua, esa que iba a tener que beberme al día siguiente por litros, del resacón que iba a tener.

Y la noche la doy por finalizada cuando nuestros amigos dicen que se van a la cama, todos como rosas de frescos, y yo con un mareillo en el cuerpo, que ni recién bajada de una noria.

Pero cualquiera decía algo, que capaz era mi Liam de llevarme en brazos a la cama, y ya llevaba a la niña.

—*Si te pido un beso ven dámelo, yo sé que estás pensándolo* —canturreaba yo de camino a la casita, contoneando las caderas para que Liam me viera bien.

Según entramos, intenta meterse en la habitación conmigo, pero no se lo permito.

—Pisa el freno, Macareno —ya no sé si era así o no, pero vamos, da igual—. Tú a tu habitación, que aquí dormimos la niña y yo.

—No, la niña se viene conmigo.

—Vale, pero porque creo que estoy un poquito mareada. Me he tomado... dos copitas de más.

—¿Solo dos, Kendall?

—Sí.

—Anda, acuéstate y descansa. Cualquier cosa, por favor, me llamas al móvil.

—Sí, viejito mío —y hasta le mando un beso que me doy en el dedo índice.

En cuanto me quedo sola, caigo en la cama, y ya no recuerdo nada, absolutamente nada.

Capítulo 6



Tenía un martillo en la cabeza, pero de esos percutores con los que hacen agujeros en la calle. Madre del amor hermoso, qué dolor. ¿Tanto bebí la noche anterior?

Pues parece ser que sí, ya que tenía sobre la mesita de noche un zumo y dos pastillas que, seguramente, habría dejado Liam cuando se levantó, y no tardé ni medio minuto en tomarme.

Ni me había quitado el vestido para acostarme, así estaba aquello, todo arrugado.

Me levanté y tuve la sensación de que se movía la habitación, pero fue solo un momento, después ya estaba un poco mejor, pero solo un poco.

Fui directa a la ducha, dejando desperdigada toda la ropa en el camino, me metí bajo el agua y juro que solté un gemido de gusto al notarla, más o menos fresca, en mi cuerpo.

Nada mejor como eso para espabilarme un poco y quitarme el abotargamiento de la cabeza.

Tras quedarme ahí más tiempo del habitual, secarme el pelo y vestirme de persona y madre decente, dejé a la Kendall borrachilla de la noche anterior en esa casita y fui a dar el encuentro a todos, que estaban en el jardín a punto de desayunar.

—¡Buenos días!

—Tus muelas, Alexandra, ¡no grites! —proteste sentándome.

—Huy, que tenemos a la niña resacosa. Normal, si solo te faltó beberte el agua de los floreros.

—Mira, eso necesito ahora.

—Vuelvo enseguida —dijo Liam, poniéndose en pie para entrar en la casa.

Y regresó, con una jarra de agua grande y bien llena, que puso al lado de mi vaso después de servirme.

—Gracias.

—Lo que la mami necesite —me hizo un guiño y yo evité sonreír, que estaba un poquito enfadada todavía con él.

Sí, me había hecho gracia y me había reído cuando confesó que compró él los derechos de la novela para hacerla película y así poder casarse conmigo, pero no por eso dolía menos, que me había mentado.

Yo que estuve feliz porque iba a ver una de mis historias en la gran pantalla, con él como

protagonista, y había resultado ser todo un paripé, una estratagema suya para llevarme al altar.

Decíamos de Aitor, que me hizo decirle que me casaría con él con tal de que no perdiera su plaza para después que me soltara Liam ese bombazo informativo.

No, no tiene ni punto de comparación porque, tanto Aitor como su pobre madre me habían ocultado que ya estuvo casado, que tenía un hijo, y que me había contado esa mentira solo para que me casara con él y no perderme, pero Liam me engañó igual, aunque lo hiciera para conseguir tenerme vestida de novia.

—¿En qué piensas? No estás muy aquí, que digamos —escuché a Liam y le miré.

Tenía a la bebé en brazos y le daba de desayunar con un amor y un cariño, que me desarmaban por completo.

—No, la verdad es que estaba pensando.

—¿En qué? —preguntó limpiando la boquita a mi preciosa hija.

Me esperé a que dejara a *Beth* en su sillita y, cuando estaba dando un trago al café, solté yo la bomba de la mañana.

—En llevarte a la casita y que me dieras un meneíto como el del baile de anoche, que me quedé con ganas de un revolcón.

Y ahí que salió disparado el café de su boca, poniendo perdido a Luis, que estaba frente a él.

—Lo siento, lo siento —se disculpó, y fue a la casa a lavarse.

—Más bruta, y no naces, Kendall —reía Alexandra.

—Sí, sí habría nacido, y habría soltado algo peor.

—Y yo la creo —contestó Luis.

Cuando veo regresar a Liam, sonrío al tiempo que le saludo agitando mis deditos en el aire. Él pone esa media sonrisa que me mata, niega y se sienta a mi lado, dándome un beso en la frente.

—No tienes remedio, y vuelves a ser la que conocí.

—Espera, espera. ¿Recuerdas algo más?

—Estos dos me contaron algo de cómo eras, que lo sueltas como no quien no quiere y te quedas tan tranquila.

—Cierto, se lo contamos para que no le pillara de sorpresa cuando tratara contigo en España —respondió Luis.

—Vamos, que ibas con información privilegiada.

—No me sirvió de mucho, porque no actuaste así en ningún momento, y cuando lo hiciste mientras pensaba que estabas en Turquía, no sabía si ibas en serio o no.

—Pobre mi viejito. La de dolores de cabeza que te esperan —sonreí acariciándole el brazo, y él me cogió la mano para besarla.

Iba ganado puntos a pasos agigantados, las cosas como eran, pero yo no quería caer tan fácilmente como lo hice la primera vez.

Parecía tan lejano aquel día en que lo conocí, cuando creí que mi amiga me mentía y escuché a Liam hablar.

Terminamos de desayunar y mientras Luis entra para hacer unas gestiones de trabajo y Alexandra prepara la comida, Liam se sienta en el césped con nuestra pequeña a jugar, acompañados de la perrita que revolotea a su alrededor.

Beth no deja de sonreír, se la ve feliz, soltando carcajadas y algún que otro gritito cuando Liam la lanza al aire.

—Eres lo que más amo en la vida, pequeña, además de a tu madre —escuché que decía Liam, y yo me hice la tonta, como si no estuviera allí.

Disimulaba mirando una revista que había por allí, pero sin ver nada realmente, porque aquellas palabras me habían dejado en *shock*.

Pero eran eso, palabras, las que se lleva el viento y después casi nadie recuerda. Lo que me valían a mí ya eran los hechos, necesitaba ver con mis propios ojos que Liam estaba ahí para amarme de verdad, para conquistarme, para formar esa familia que empezamos a crear incluso antes de casarnos.

Quería estar completamente segura de que no volvería a dejarme tirada si le daba una neura mala, porque me moriría.

Y mi gordita también, lo sabía, esa niña era pequeña, pero no tonta. Estaba más que claro que había conectado con su padre desde el primer momento en que estuvieron juntos, como si el solo hecho de mirarse a los ojos, a mi niña le hubiera bastado para saber que él era su padre, ese que la quería incluso antes de nacer.

Se me estaban empezando a saltar las lágrimas, así que me fui a la casita excusándome en que iba al cuarto de baño.

Me encerré allí a llorar un momento a solas, lo necesitaba, porque se me agolpaban ciento de recuerdos en ese momento y se me estaba haciendo muy difícil.

Había amado a *Liam James* con toda mi alma, jamás le olvidé y supe que nunca podría hacerlo.

Y él me había entregado su corazón, su vida, y me dio a mi hija.

Esa bebé fue fruto del amor más bonito que jamás nadie podría imaginarse. Pero yo había estado en unos zapatos muy feos tras el accidente de Liam y tenía miedo de volver a pasar por eso.

No quería enfrentarme de nuevo al dolor, a la pérdida, a las noches de llanto desconsolado y en soledad.

No soportaría que mi niña sufriera el no volver a ver a su padre.

Porque, ¿quién puede asegurarme que, si Liam y yo volvemos, todo iría bien y seríamos felices?

Ya lo intentamos una vez, y no salió bien, por causas ajenas a nuestra voluntad, es cierto, pero no estaba preparada para volver a pasar por eso.

Regresé al jardín y escuché a mi niña reír, ese era el sonido más bonito que podía oír una madre.

Liam estaba tumbado en el césped, con *Beth* recostada en su pecho, y le hacía burlas, poniendo caras de lo más graciosas.

Me acerqué a ellos, arrodillándome junto a Liam, besé la frente a mi hija y a él le sonreí antes de volver a levantarme.

—¿Estás bien?

—Ajá. Voy a poner la mesa, no creo que tardemos en comer —contesté, sonriendo, mientras me perdía en esos ojos azules que una vez me miraron con tanto odio, que creí que jamás volvería a verlos.

Entré en la casa, y Alexandra estaba ultimando los detalles de la comida, la ayudé en lo que pude, puse la mesa y fui llevando todo.

Liam y Beth seguían en el césped, él le hablaba bajito y ella estaba callada, como si pudiera entenderle.

Eso me hizo gracia, y algo me decía que mi hija iba a tener una gran confianza con Liam.

Me alegraba, de verdad que sí, porque siempre quise y deseé que el padre que una vez fue, regresara para recuperarla a ella, y amarla.

Capítulo 7



Noté como Liam le decía algo a Luis y afirmaba entrando a mi apartamento y encerrándose en él.

—Liam ¿Qué pasa?

—Qué todo tiene que volver a ser como al principio —sonrió.

—No entiendo.

—Nos vamos para casa —me cogió en brazos y vi que Alexandra cogía a la niña riendo.

—¡Bájame!

—No, te vuelvo a secuestrar.

—¡Ni de broma! —grité riendo y me sentó en el sillón del copiloto y me ató, sí, la cuerda ya estaba preparada en el coche —¡Me cago en tu santa madre! Ah no, que esa de santa no tenía nada.

Vi como sentaban a la niña en la sillita suya de atrás y como Luis aparecía con mis maletas riendo.

—Adiós, querida amiga —me dijo el jodido después de darle las maletas a Liam.

—Eres un hijo de la gran puta, ¿Lo sabías?

—De toda la vida —me hizo un guiño y vi que ya Liam estaba al otro lado arrancando el coche.

Alexandra estaba en el quicio de su puerta muerta de risa con las piernas cruzada, ya la cogería, ya.

Y claro que me quería ir con él, pues claro, pero si de esto me hubiera enterado en otro momento, lo hubiera matado y odiado, pero ya era tarde muy tarde, eso sí, ahora se iba a tener que currar todo para que se le quedara en el recuerdo cada momento vivido conmigo.

El muy cabrón compró los derechos, vamos puso el dinero y metió a un amigo de por medio para hacer el trato, en fin, era para comérselo y matarlo a partes iguales.

Entrar por las puertas de casa de Liam fue como algo que no me esperaba, al igual que cuando vi bajar del coche a la perrita, ni me había dado cuenta de que iba en el suelo detrás.

—¿Vuelve a ser nuestra? —pregunté emocionada mientras me soltaba.

—Nunca dejó de serlo, solo con la condición de que volviéramos algunos de los dos.

Cogí a la niña y él las cosas mías y de ellos que llevaron para la casa de Alexandra, nos dirigimos hacia dentro, fue abrir la puerta y ver el barco con mi nombre al fondo y se me saltaron las lágrimas, creo que me emocionó tanto como la primera vez y juro que ni me acordé nunca de si seguiría mi nombre o no.

Vi que al verme llorar miró hacia donde estaba mirando y al verlo sonrió.

—En el otro lado está el de *Beth*.

—No me digas que en la parte trasera está el de tu madre porque ya rompes todos los puntos que te acabas de ganar.

—No, no está —se echó a reír y la pequeña al verlo soltó una carcajada.

—Uf que alivio me entró, que anoche creo que soñé que estaba a los pies de mi cama.

—¿Crees? —reía.

—No me busques —le señalé con el dedo y me puse a mirar la cocina, hacía casi un año que no entraba por esas puertas —¡Coño! —grité al ver a una señora de cincuenta años con un plumero en la mano.

—Ella es Katherine, le llamo Katy, se vino a trabajar por estos días para ayudarme con la casa mientras yo me encargaba de la niña.

—Un placer, Katy, yo soy la ex mujer de este —le señalé con el dedo—. La mamá de esta —señalé a la niña— y casi la dueña de esta casa, pero me estafaron —sonreí—. Por cierto, me llamo Kendall, pero me puedes llamar jefa —le hice un guiño sin que me viera Liam y ella me entendió, lo vi en su rostro, se veía graciosa, me iba a llevar bien yo con la Katy con K.

—Katy, es muy bromista, no permitiría que la llamas jefa, se moriría antes.

—La llamaré jefa —murmuró Katy, se giró y me hizo un guiño.

—Así me gusta, alguien que me toma en serio —solté y Liam se echó a reír mientras que Katy, lo hizo literalmente.

—Bueno, voy a preparar la cena para dejarla reposar. Encantada, estaré feliz de verla durante estos días.

—Que no —dije aguantando la risa y poniendo cara de circunstancias—, que él te contrató por dos semanas, pero yo le propongo que se quede todo el año.

—Yo encantada, me hace mucha falta trabajar y mandar a Perú dinero a mi familia.

—Pues tranquila que me encargaré de que no les falte —miré a Liam y carraspeé.

—Bienvenida a la familia, por supuesto.

—Esto merece meterse en la piscina con una granizada de fresa y un cigarrillo para el pecho por tener los ovarios de haber vuelto a dónde me echaron de una patada en el culo —lo dije a modo de canto y terminando como el sorteo de Navidad, con lo de culooo.

—Te coloco yo las maletas mientras distraigo a la pequeña.

—Di que sí, ahí los hombres buenos de la casa.

—Una pregunta ¿Tú te has propuesto volverme loco para que te deje en paz?

—Más te vale que me traigas la granizada, me guardes la ropa y me trates como una princesa hasta el día de Fin de Año.

—¿Y en Año Nuevo que pasará?

—Me tendrás que tratar como a una reina —le hice un guiño y me tiré con el vestido a la piscina, me había propuesto volverlo loco, ahora quería una cosa, ver hasta donde llegaba el aguante de este nuevo Liam.

—¿Quieres que te compre una corona?

—Sí, la quiero hoy y ya, en la piscina, me la traes rapidito, una hora tienes.

—¿Qué quieres primero? ¿La corona, que te deshaga las maletas o la granizada? —aguantaba la risa con su media sonrisa.

—Primero la granizada, luego date patadas en el culo para traerme una corona y otra a tu hija, que no se te olvide —me zambullí.

Me lo estaba pasando pipa y mira que tenía ganas de ponerlo en pelotas frente a mí y comerle hasta las ideas.

Ni cinco minutos y ya tenía mi granizada en la mano, entregada con esa sonrisa que nadie más que Liam tenía y es que eso no lo había perdido.

Me quedé mirándole el culo cuando entró para la casa y lo vi salir por la puerta al jardín de los coches, capaz y todo de irse a comprarme una corona, lo estaba viendo venir.

Me encendí un cigarrillo y vi a Katy con la niña en el sofá enseñándole lo que parecía un libro de colores o algo así. Sonreí. ¿De verdad estaba aquí de nuevo y sin miedos? No me lo podía creer, pero sí, había vuelto para quedarme en el lugar que nunca me debí de ir.

Miré al barco y sonreí de nuevo viendo mi nombre, yo pensé que lo había quitado con un martillo o algo del odio que pensé que tenía cuando lo vio después del hospital.

Capítulo 8



Liam apareció con una bolsa de papel en la mano, era preciosa ¿Dónde cojones había ido? En un chino ni de coña tienen esas bolsas con tanta clase, aunque no veía yo a Liam muy de chinos.

—Ya estoy aquí —entró dejándola a un lado y quitándose la ropa para meterse en la piscina, cogió la bolsa y la puso sobre el borde.

—¿Y esto?

—Las coronas —sonrió entrando y poniéndose a mi lado.

Cogió la bolsa, la abrió, pero ya vi que era de una joyería y sacó la típica corona de novia, dos iguales, una pequeña para la niña.

—¿En serio, Liam? —me reí negando.

—Ah y mañana he invitado a comer a Luis Fonsi, llegará a las dos.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Claro —me dio una palmada en el culo y me pegó a él.

—¡Quita, abusón! —Me aparté y coloqué la corona sobre mi cabeza —Para tocar a una reina, te falta mucho por adquirir.

—¿Algún deseo más antes de irnos mañana de crucero por el Caribe? —Me hizo un guiño y señaló con su cabeza el barco.

—Te vas a enterar ahora que me conozco el Caribe, te vas a enterar, no sabes con la ventaja que voy.

—Yo conozco el Caribe, tengo recuerdos de otros viajes, aunque no de la luna de miel que espero que algún día aparezcan —carraspeó.

—Pues de este viaje será del que más te acuerdes a partir de ahora —le devolví el guiño y absorbí de la granizada que ya estaba más que acabada.

—¿Me das un abrazo?

—No vayas a empezar con las niñerías, que eso te resta puntos, me gustan bien hombres.

—¿Me das una mamada? —era la primera vez que me soltaba algo tan bruto, me eché a reír mientras él apretaba los dientes, casi me meo en la piscina.

—Te juro que te acabas de ganar mis felicitaciones, definitivamente, tú no eres mi Liam, pero

me vas gustando —seguía muerta de risa.

—Es broma, ni soy así ni lo seré, eso te lo dejo a ti que tienes más gracia, pero yo no —volteó los ojos mordiéndose el labio.

—Sé que no eres así, pero que de vez en cuando soltar una no está nada mal.

—¿Te has sentido bien al regresar?

—Sí —no puede negarlo —, me sentí como en casa.

—Es tu casa.

—Tengo casa que es de mi ex y donde yo no puse un duro —me reí y él soltó una carcajada que me enamoró más aún si podía.

—Sabes que me vas a perdonar aquello.

—Bueno, pero tú eres consciente de que te lo vas a tener que currar mucho, por chulo.

—Estoy convencido de hacerlo, con ganas, me muero por besarte.

—Liam, échate hacia atrás que no, que no lo intentes, que te quedan muchas coronas por regalarme.

—¿Voy y compro una docena?

—No —me reí negando —, deja de gastar que le tienes que dejar una buena herencia a tu hija.

—¿Sabes?

—Dime.

—El día que te vi bailar es el día que más se me quedó clavado de todos, fue impactante y muy inesperado, no me podía imaginar que la chica de los videos y las fotos fuese capaz de expresar tanto en un escenario y con esa elegancia y gestos que hacían que te metieras en la historia de ese baile.

—Por poco me jodes el espectáculo —me reí.

—¿No me esperabas?

—Por nada del mundo, para nada —negué recordando.

—Verte llorar al verme y sin dejar de hacer espectáculo fue increíble.

—¿No iba a llorar si tenía delante al mismísimo Diablo? —me apoyé en el borde para reírme.

—No me veías así.

—No, claro que no —noté que se puso detrás de mí.

—Y las canciones que colgué antes de ir ¿Las escuchaste?

—Unas cuantas veces —murmuré casi conteniendo el aire.

—Dime algo —su cara estaba más cerca de mí.

—Liam...

—Dime si ahora mismo deseas tanto como yo que te abrace.

—Liam...

—Respóndeme, por favor —noté sus manos debajo de mis caderas.

—Sí, pero no te atrevas a hacerlo —murmuré en tono serio.

—Vale, solo quería saberlo —se apartó y se fue hacia las escaleras—. Voy a traer otras dos granizadas de fresa.

—Échale la mitad de ron —pedí ahora sí, riendo.

Me hizo un guiño y se fue sonriendo. Se secó, entró, cogió a la niña y se la trajo con el balancín fuera de la piscina, debajo de una sombrilla de paja.

La miré, comencé a decirle cosas y se moría de la risa, lo que pasa que estaba engreída con quitarle los pelos a un peluche con el que andaba de lo más entretenida y pasaba de mí.

Su padre apareció y puso las dos copas en el borde y antes de entrar a la piscina le dio unos besos a la pequeña.

—Me encanta lo bien que se lo pasa con su peluche —dijo poniéndose a mi lado, apoyado en el borde mirando a la niña y en medio nuestras copas.

—Hasta que no lo deje calvo, no parará, sale a la madre en eso.

—La madre es incapaz de matar ni a una mosca.

—Bueno, hoy en día soy capaz de muchas cosas —respondí mirando a mi hija, por ella sacaba los ojos.

—¿Lo echas de menos?

—¿A quién, a Aitor?

—¿Hubo más hombres?

—¿Qué dices? —me reí negando —Y no, no lo echo de menos, es más, casi ni me acuerdo de él.

—¿Te hacía feliz en la cama?

—Liam, ¿en serio me vas a preguntar eso? —Lo miré incrédula.

—Quisiera saberlo.

—No, no lo vas a saber y haz el favor de pensar las cosas antes de preguntarlas.

—Lo necesito saber.

—Yo he necesitado muchas cosas que no tuve y nadie me va a devolver —me salí de la piscina, cogí la copa y me senté al lado de la niña.

Fui a ducharme y me miré al espejo con la corona puesta, me eché a reír, pero vamos que no me había hecho ni puta gracia el que me preguntara eso ¿A qué venía? ¿Le pregunté yo algo de las de tía que colgó en las redes?

Cuando salió él ya estaba duchado y la niña también, yo la verdad que me tomé mi tiempo en el baño del pasillo.

Cenamos una ensalada riquísima que nos preparó Katy, e hicimos una sobremesa muy buena charlando sin enfadarnos, de vez en cuando había que dar tregua.

Me pidió que durmiera con él y le dije que ni muerta, me dijo que iría a todas las camas a

dormir conmigo y entonces recordé la primera vez que dormí aquí.

—Pues duermo en la cama balinesa —la señalé, estaba a un lado de la piscina.

—Dormiremos ahí como la anterior vez —sonrió y negué mirándolo.

Lo amaba, pero con todas mis fuerzas, así mismo, ya me daba igual quién fuera, lo principal lo tenía claro y es que era el padre de mi hija y el hombre que más veces me hizo feliz.

Esa noche la pequeña la pusimos en medio de nosotros, aquello era grande y estaba resguardado por un buen techo, la tapamos bien y nos quedamos ahí charlando, mirando a las estrellas.

—Así que para casarte conmigo, fingiste que me habían comprado la novela —me reí negando y me hizo un gesto de que aflojara por la niña que estaba en medio.

—Sí, fíjate a lo que estuve dispuesto, a regalarte la mitad de mi casa —sonrió.

—Claro, tenías el seguro materno, ese que no iba a permitir que nadie se quedara con nada —reí.

—No, sabes que pudiste pelear por lo tuyo, eres tú la que no quisiste nada.

—Parece que me lo olía —reí.

—Algo de ti sabía que volverías al lugar que te pertenecía.

—No te pongas romántico que, entre las estrellas, el entorno y tú, me están dando ganas de levantarme y hacer una escena para mis novelas.

Nos quedamos un rato charlando antes de quedar dormidos, los dos mirando hacia el centro, hacia nuestra hija, esa que nos unía y nos separaba en estos momentos a la vez.

Capítulo 9



Desperté con una ligera brisa dándome en el rostro, abrí los ojos y me encontré la estampa más bonita, esa que jamás, por muchos años que pasaran, podrían olvidar.

Liam seguía dormido, mirando hacia el centro, donde había pasado la noche nuestra hija, que estaba abrazada a la mano de su padre.

Se me empezaron a saltar las lágrimas y no pude evitar llorar al pensar todos los momentos bonitos que Liam se había perdido, desde esos últimos meses del embarazo, a las noches en que mi niña se quedaba dormida con el pipo en la boca mientras yo le acariciaba la espalda.

Me sequé las mejillas en cuanto vi que Liam se movía, cuando se despertó, miró a la niña con una sonrisa en los labios y después a mí.

—Es tan bonita, que me gustaría que se quedara así para siempre —dijo, besándole la manita.

—Pues tiene que crecer, y verás, que esta va a ser tan guapa como la madre, y te va a llevar por la calle de la amargura. Se echará un novio punki de esos con cresta de colores y te pondrás malo.

—Calla, no me alteres que tengo una edad —rio.

—Es verdad, es verdad. Que el viejito se me muere de un infartito y la liamos. Bueno, espera, antes de que te vayas a ver a San Pedro, deja por escrito que todo lo tuyo, es de tu hija, no sea que venga tu madre después de irse a decirme que deja a mi niña con una mano delante, y otra detrás.

—Qué bruta eres, Kendall —soltó una carcajada.

—No, precavida, que esa señora ya me la lio una vez, a mi niña que no la roce ni el aire, que, por ella, mato —le señalé con el dedo y él hizo por darme un mordisco, pero lo aparté a tiempo — ¿Tienes hambre? Que te veo muy lanzado a morderme.

—Otra cosa haría, pero no me ibas a dejar.

—A ver, pruebas, que igual me levanté de buenas.

Cuando lo veo acercarse, mirándome a los labios, me aparto rápidamente evitando que me bese.

—Por ahí no vas bien, eso ya te dije que no iba a pasar.

—Tienes ganas, igual que yo.

—Lo dirás tú.

—Me lo dicen tus ojos, Kendall. Y esa forma en la que, sin darte cuenta, a veces te mordisqueas los labios.

—¿Qué dices? No hago eso —o al menos eso es lo que yo pensaba, porque ya no sabía ni de la misa la mitad.

¿Me mordisqueaba el labio inconscientemente? Por el amor de Dios, lo que me faltaba, ser yo ahora la que tuviera esas leves lagunillas de memoria.

—¿Has dormido bien?

—Como una reina, por cierto, ¿dónde está mi corona?

—Aquí —contestó cogiéndola del suelo.

Después de quitársela, me levanto de la cama y procedo a colocármela, como haría una verdadera reina.

—Listo, podemos empezar con los quehaceres reales —dije, con la mejor de mis sonrisas, a lo que Liam, sin cortarse, soltó una carcajada.

—Vamos a empezar por el desayuno, que yo tengo hambre.

En ese momento se despierta nuestra hija, que sonrío y nos mira a los dos.

—Princesita, ven que te ponemos a ti también la corona —y eso mismo hice, mientras Liam nos miraba y sonreía.

Antes de que me diera cuenta, ya nos había tirado una foto.

—Esta me la guardo para recordaros siempre.

—Pues que no te den un mal golpe en la cabeza, que te dejan tonto del todo. Y ahí sí que contigo no carga servidora, ¿eh?

—Serás...

Cuando lo veo ponerse en pie para venir a cogerme, salgo corriendo y entro en casa para meter a la niña en el baño y darle un bañito rápido, me ducho yo después y salimos a desayunar con Liam, que también se ha duchado y cambiado de ropa.

Qué guapo está el muy jodido, la madre que lo parió.

En la mesa hay de todo, y es que en eso no ha cambiado mi Liam, no escatima a la hora de poner comida para empezar el día con energía, según sus palabras, no las mías.

Me siento y no tarda en coger a la niña de mi falda y sentarla en la suya dándole un beso en la frente.

Se gira así, como quien no quiere la cosa, e intenta besarme a mí, pero soy más rápida.

—Que no me pillas, coyote, soy como el correcaminos.

—¿Tan rápida? —preguntó él.

—Y más.

Estamos casi acabando el desayuno cuando llegan Alexandra y Luis con sus maletones.

—Buenos días nos dé Dios —saludó Luis.

—Buenos días, hijo, buenos días. ¿Os mudáis de casa, o qué? —pregunté, señalando el equipaje.

—No. Nos vamos con vosotros en el barco, que me han chivado que hacemos el mismo recorrido que la otra vez.

—Dime que estás de coña, Alexandra.

—No lo estoy. Venga, termina de engullir y vamos a preparar todo, anda.

—Hazla caso, Kendall, que en nada nos vamos de viaje los cinco —Liam me hizo un guiño y no tardé en levantarme para ir a la habitación a preparar cosas.

Ahí se quedaban todos cuidando de mi niña mientras yo empezaba a empacar cosas tuyas y mías en las bolsas. A ver, que yo no tenía tanto, solo lo que había llevado para mi luna de miel, pero, en fin, que tenía que hacerlo.

Liam no tardó en aparecer por la habitación, y se pegó a mi espalda mientras yo estaba mirándome en el espejo con uno de los vestidos que había llevado.

—Te queda bien —dijo, agarrándome las caderas.

—Liam, para, que nos conocemos.

—¿Nos conocemos? Mira que creo que no del todo, ¿no?

—Serás —reí, dándole un leve manotazo en el brazo.

Y volvió a mirarme a los labios, y yo en ese momento pensaba que, si me besaba, ¿para qué evitarlo? Mejor sería dejarle, que lo hiciera, porque me volvía loca y quería sentir de nuevo sus labios en los míos.

Pero no, cuando llegaba el momento de la verdad, mientras él se inclinaba para besarme, me aparté mirando hacia un lado.

—Algún día volveré a besarte.

—Claro que sí, en tus sueños.

—Ahí te he hecho otras cosas, preciosa —me hizo un guiño y salió de la habitación tal y como entró.

Me quedé muda, pero vamos, que lo había soltado y quedado tan tranquilo.

Cuando vuelvo al jardín ya están todos listos esperándome para subir al barco, así que eso hacemos, dispuestos a emprender de nuevo ese viaje por aquellos lugares que vieron crecer, poco a poco el amor entre Liam y yo.

Capítulo 10



Con todo listo en el barco, incluida la comida para ese día, así como la cena, ponemos rumbo de navegación a Punta Cana, en República Dominicana, como primer destino.

Mentiría si dijera que no me hacía ilusión este viaje, porque en él iba a revivir todo aquello que pasó la primera vez, esos momentos bonitos que yo recordaba y que me habían acompañado durante meses, llorando porque él los había olvidado todos.

Llegaríamos al destino por la mañana, así que me preparaba para comenzar esas mini vacaciones, sentada en uno de los sofás con mi niña en brazos, que miraba al mar sorprendida.

—Menos mal que Katy nos preparó todo para comer y cenar, porque no tengo ganas de cocinar —dijo Alexandra.

—Pues nada, estas vacaciones, que cocinen ellos —dije, señalando a Liam y Luis.

—Claro, faltaría más —contestó mi amigo—. Yo bajo encantado a cualquier bar a por comida, no se preocupen ustedes, señoras.

—Che, señorita, que estoy soltera y libre como el viento —respondo, señalándole con el dedo.

—Disculpe, señorita.

—Por poco tiempo, si la cosa se da bien —murmura Liam.

—El que haga falta, yo otra vez no me caso con prisas con nadie, que mira las dos veces que lo hice. Los dos me engañaron.

—Ya sabes por qué lo hice yo, lo del otro, no tiene nombre. Quería quitarme lo que siempre fue y será mío.

—Liam, te estás adueñando de mí, y no me gusta que vayas por ahí. No soy de nadie, ¿estamos? Bueno, sí, mía y de mi niña —me la comí a besos a ella, que no dejaba de reír con cada uno que le daba.

Ellos sirvieron la comida y la bebida, yo el vino como que no lo quería ni ver, pero bueno, una copita me tomé, más no, que no quería acabar como en Nochebuena, cantando por Luis Fonsi.

La niña tomó su papilla y ya estaba quedándose dormida poco después, así que la tumbé en el sofá rodeada de cojines, a mi lado, mientras nosotros disfrutábamos de un café, que me supo en ese momento mejor que nunca.

Y es que aquello era una maravilla, me encantaba sentir el viento en la cara y el olor del agua salada.

Hasta me habría dado un baño en el mar, pero igual me acababan dejando ahí en mitad de la nada estos tres locos, y se llevaban a mi niña.

Hay que ver, lo que se le puede pasar a una persona por la cabeza, vamos. No creí que Alexandra me dejara tirada a mi suerte, pero oye, nunca se sabía.

Luis y Alexandra se fueron a la habitación un rato, mientras Liam seguía surcando el mar como si fuera un experto capitán de barco.

Me acabé riendo yo sola al imaginarme al rubio con melena, un pendiente en la oreja, y un pañuelo en la cabeza, al más puro estilo pirata, como Sandokán.

—¿De que te ríes? —preguntó él, dejando el barco seguir solo, sentándose a mi lado.

—De nada, de nada —contesté, muerta de risa.

—Venga, cuéntamelo y así nos reímos los dos.

—Pues, verás, es que...

Se lo conté y acabó arqueando la ceja, con esa media sonrisa que me decía que algo se le estaba pasando por la cabeza.

—Si escribes la historia, hago la película.

—¿Comprando tú también los derechos? —dije, cruzándome de brazos.

—Sí, pero esta vez ya te lo aviso para que luego no te enfades.

—¿Y volverás a querer que nos casemos después?

—Quién sabe.

—Mira, si nos casamos, lo hacemos al estilo pirata, que me quiero ver yo con un vestido así, sexy y escotado, como las mujeres de aquella época.

—Tú estás sexy con lo que te pongas, Kendall —susurró, con ese tono de voz que me conocía perfectamente.

Sentía que me latía el corazón de una manera rápida y como si fuera un tren de la velocidad que llevaba.

Eso no era normal, que me moría de ganas porque me besara y a la vez no quería que lo hiciera. Me iba a volver loca.

Liam me miraba con esos ojos llenos de deseo, y entonces me di cuenta de que me estaba mordisqueando el labio, lo que hizo que él sonriera de ese modo tan suyo.

Se empezó a inclinar un poco más, y otro poco más, y más, y...

—No, Liam, no te atrevas a besarme.

—Lo estás deseando.

—Eso no lo sabes.

—Te has mordisqueado el labio, Kendall, así que, no niegues lo evidente.

—Me estás poniendo nerviosa.

Menos mal que mi pequeña empezó a llamarme de ese modo en que lo hacía siempre, con ruiditos leves y cortas risitas.

La cogí en brazos y empecé a hacerle caras para que se riera aún más.

Liam fue a prepararle un biberón fresquito, aquí a pesar de ser diciembre hacía tan buena temperatura, que no queríamos que a la niña le diera una insolación o se deshidratara.

Pasamos la tarde los tres ahí sentados, simplemente jugando con nuestra hija y disfrutando de ella.

Cuando Luis y Alexandra salieron de la habitación, servimos la cena y hasta nos tomamos una botella de champán para celebrar ese viaje que íbamos a recordar.

Era bien entrada la noche cuando nos fuimos a acostar, y Liam y yo íbamos a tener que hacerlo juntos, sí, en la misma cama, y la niña dormiría a un lado en una cuna especial que su padre se había encargado de llevar.

Metí a *Beth* en la cuna después de que ambos le diéramos un beso fuerte, fui al cuarto de baño a cambiarme y al mirarme al espejo vi que estaba temblando.

Iba a volver a estar con él en la misma cama, y tenía miedo de que pudiera pasar algo.

¿Me apetecía? Claro que sí, no iba a negarlo, pero no quería que lo nuestro empezara de nuevo de un modo tan rápido, como la primera vez.

Salí y él estaba sentado en un lado de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las manos cruzadas, mirando hacia el suelo.

Cuando me escuchó, me miró y se le dibujó una preciosa sonrisa.

—Puedo dormir en el sofá de fuera, si quieres —dijo, y se me cayó el alma a suelo, no lo iba a dejar dormir a la intemperie.

—Anda, tú en un lado de la cama, y yo en el otro —contesté, metiéndome en ella, justo al lado de la cuna de *Beth*.

Liam apagó las luces y no tardé en notarlo, pegado a mi espalda. Iba a decirle que se apartara, pero no podía hacer eso, porque yo también quería sentirlo cerca.

—Buenas noches, Kendall.

—Buenas noches, Liam.

Capítulo 11



Me desperté sintiendo que estaba en el balancín y no vi a nadie en el camarote, subí a la cubierta exterior y ahí estaban todos incluida mi niña que desayunaba felizmente en la falda de Luis.

—Buenos días a todo el mundo que hay en este botecito —bromeé acercándome a la pequeña y dándole un beso en la mejilla.

—Buenos días, reina del bote —murmuró Alexandra, mirando mi corona, me la había puesto a posta, me había levantado esa mañana cañera.

—Estás preciosa —murmuró Liam, cuando me senté a su lado.

—Por curiosidad ¿Cuánto te costaron?

—Diez dólares las dos.

—Me estás vacilando, eran de una joyería de mucho prestigio.

—La bolsa lo era, el contenido era del asiático de *Miami Beach*.

—¿En serio? —me eché a reír.

—No, pero tampoco te diré cuanto me costaron —sonrió mirándome de esa manera que me cortaba la respiración.

En ese momento encendí mi móvil y vi que todos me miraron.

—¿Pasó algo?

—Míralo —murmuró Liam.

Y tanto que lo miré, estábamos en todas las noticias, salíamos en el barco navegando y se hablaba de que había sido el divorcio más rápido de la historia ¡Ni que me hubiera casado!

Me tiré como cinco minutos muerta de risa leyendo todo lo que se decía.

“Liam recupera a Kendall después de casarse días antes”

“Kendall deja a su marido tres días después y regresa con el actor de cine”

“La pareja más mediática vuelven horas después de que ella se casara con el pediatra”

“Liam y Kendall se escapan en barco olvidando el reciente enlace de ella con su hasta ahora pareja”

“Kendall deja en el altar a su prometido y huye a Miami a los brazos de Liam”

—Les faltó decir que nos hicimos un poliamor —murmuré mirando a mí pequeña y sacándole la lengua.

—No, por favor, algo así no —murmuró Liam sonriendo.

—Pues yo te digo una cosa, los medios al final son traficantes de noticias más ficticias que las historias de mis novelas, no entiendo cómo pueden poner titulares de los que no tienen ni la más mínima idea y que solo sacan conjeturas de lo que imaginan o piensan.

—Siempre es así, por desgracia no contrastan las noticias —murmuró Liam.

—Pues se van a cagar, dame un beso —cogí el móvil y lo puse en modo selfi.

—¿En los labios?

—No, joder, en la mejilla —me reí.

—Vaya.

—Y no te quejes, demasiado que te dejo rozarme después de que me compraras como un cordero en un puesto de la plaza para casarte conmigo.

—Eso no fue así —se rio y se colocó para la foto.

La subí a la red sin dudarle y puse algo alto y claro.

“No me casé con otro porque no podía olvidar el olor de tu piel”

A la mierda, ahí tenían carnaza para entretenerse y nos iban a seguir hasta los de la NASA para conseguir información, que me lo veía venir.

Después del desayuno nos fuimos a la playa en la Zodiac, a ese restaurante donde nos tumbamos en sus hamacas a disfrutar de esa música bachatera y el día espectacular que hacía.

—Por favor, Liam, la niña parece una momia deja de echarle ya protección, no se puede echar cada cuarto de hora.

—¿No?

—No —me reí negando.

Me puse a escuchar música mirando al mar con una piña colada en la mano, al lado jugaba Liam con la pequeña, que no la dejaba ni a sol ni sombra, Luis y Alexandra estaba en la barra de aquel chiringuito.

Estaba pensando que ahora me sentía más libre, desde que llegó Liam a nuestras vidas. Antes era veinticuatro horas con mi hija, comía, despertaba, cagaba, me vestía, todo con ella.

Y lo hacía gustosamente por muy agotada que estuviera, pero ahora después de tantos meses así, la dejaba volar de brazo en brazo, yo un poco y ya. Quería que disfrutara de esta familia, de su padre, de los chicos, de esos con los que había pasado muy poco tiempo realmente.

Ahora quería tomarme unos días de libertad, obvio que, con mi niña, pero sin el estrés de fumarle un cigarrillo a la carrera, tomarme algo sin estar pensando que no puedo y que tengo que estar con ella distrayéndola, mil cosas que no me hacían sentir mal o egoísta, todo lo contrario, era madre, pero ahora me tocaba también respirar, eso que me costó tanto tiempo

hacer.

Se me saltaban las lágrimas en ese momento que miraba al mar con mis brazos rodeando mis rodillas y esa copa a mi lado, me venían tantos recuerdos, tan bonitos y luego tan tristes que aún me hacían que se me encogiera el corazón.

—¿Estás bien? —preguntó Liam, poniéndose a mi lado y echándome la mano por el hombro.

—Sí —sonreí sin dejar de mirar al horizonte—. Se me pasaron por la cabeza tantos recuerdos de golpe...

—Tú sabes que te quiero con toda mi alma, ¿verdad?

—Yo sé que todo el mundo de alguna manera u otra, me engañaron en mi vida, yo sé que tú me quisiste de verdad, pero joder, eso no se hace.

—Te estoy diciendo que te quiero con toda mi alma —noté su mano en mi cadera.

—Liam, distancia de seguridad.

—¿De seguridad? —me agarró desprevenida, me puso abrazada mirando a él y me besó.

—¡Joder! Me has robado un beso, eso no es así, así no se conquista.

—Estoy seguro de que la anterior vez te robé muchos otros.

—Dime una cosa Liam —dije soltándome y poniéndome de nuevo abrazada a mis rodillas —
¿Por qué querías saber si había sido feliz en la cama con Aitor?

—Porque yo me acosté durante dos meses con muchas mujeres, todas me sobraban antes de correrme, no fui feliz, probaba por llegar a encontrar ese punto de excitación, deseos, morbo, pero no lo conseguía y fue hacerlo contigo y supe que eso sí es lo que quería.

—¿Fueron muchas?

—Unas cuantas.

—Eso me dolió mucho cuando lo vi, no eras tú, cuando te conocí pensé que eras así, pero me di cuenta de que ni por asomo, eras un hombre especial, espectacular, leal, con un amor infinito hacia las personas...

—Así me siento ahora —acarició mi pelo.

—¿Cómo te ves dentro de diez años?

—Cuidando a mi familia, ustedes lo son todo para mí.

—¿Y si yo no quiero?

—Querrás, porque de lo contrario no habrías venido.

—Me quede sin boda y sin luna de miel.

—Lo estabas deseando.

—Sí, pero también te digo que me he llevado un palo muy grande con saber lo de la novela, me sentí mal...

—Lo sé, te dije que te dolería, pero estoy seguro de que por mucho que recuerde, nada más habrá pasado que te pueda hacer daño.

—Joder, que eso no es poco —me reí y vi que la niña me tiró los brazos —¿Quieres conmigo, mi vida? —me la comí a besos y me la llevé hasta el agua para bañarla conmigo. Liam nos siguió.

La pequeña reía con el contacto del agua, le encantaba, movía las piernecitas rápido.

—Kendall, si yo te pidiera que desconectaras unos meses de escribir y disfrutaras junto a nosotros...

—Si yo te dijera que me tendrían que conquistar mucho para eso...

—Lo haré, te juro por mi vida que lo haré —sonrió y cogió a la pequeña que le tiró los brazos.

Pasamos dos días preciosos en aquella playa en la que me robó algún que otro beso y se lo puse muy difícil todo, como se lo seguiría poniendo el resto de los días.

Esa noche puso el barco en dirección a Jamaica, allí sabía yo que me lo iba a pasar genial y que le iba a dar algún que otro quebradero de cabeza, pero, ¿qué era la vida sin eso?

Capítulo 12



—¡Buenos días, Jamaicaaa! —grité al aparecer para desayunar, la última, me quedé pegada a las sábanas.

—Joder, como gritas —se quejó Alexandra.

—Eso es que no me escuchaste follando —sonreí con ironía y vi como volteaba los ojos sonriendo Liam.

—La niña —murmuró Luis, quejándose por esa palabra.

—A esa la parí yo y esa no tendrá el valor de decir ni una palabrota hasta que no sea una mujer hecha y derecha como yo —me reí—. Bueno, aunque si estoy un poco doblada es por culpa de los energúmenos que pasaron por mi vida —sonreí con ironía mirando a Liam.

—Más te vale que así sea.

—Mira Liam, que sé cómo educar a mi hija, aunque no haya nacido en *Miami*.

—No lo dije por eso.

—Bueno, pues quedas contestado.

—Haya paz, chicos —murmuró Alexandra, poniéndome un cigarrillo en la mano para mandarme a callar.

La cara que le puso Liam fue para grabarla.

Bajamos al restaurante de la otra vez y aún seguía el mismo camarero que le vendió los cigarrillos de la risa a Alexandra.

Me fui a ir para él y me agarró del brazo Liam.

—No te pases, por favor, no quiero que te pase nada.

—Lo único que me va a pasar es que me voy a pasar el día riendo —me solté y caminé hacia la barra.

Nada, tres minutos y ya tenía media docena de ellos que metí en el paquete de tabaco.

Regresó y el chico me acompañó con una bandeja de cervezas, Liam estaba un poco serio, pero me daba igual, sabía que le habían contado de ese día y tenía miedo a que me pusiera mal.

En ese momento cogí un cigarrillo de esos y me fui a la orilla, necesitaba conectar con aquel lugar, con todo, estaba muy sensible ese día.

—¿Puedo? —preguntó Liam, acercándose para estar conmigo.

—¿Has cogido un cigarrillo de la risa? —pregunté mirando su mano.

—Los chicos se hacen cargo hoy de la pequeña, no fumarán ni beberán, mañana nos toca a nosotros quedarnos a cargo y haremos lo mismo.

—Negociando a mi espalda...

—Quiero disfrutar de ti un día, aunque obvio que estaremos pendiente a ella también, somos responsables.

—Bueno, unas más que otros —me reí.

—Dime algo, ¿me sigues deseando con todas tus fuerzas?

—No pienso hablar sin presencia de mi abogado —di una calada y le tiré todo el humo a la cara.

—Conmigo jamás necesitaras uno.

—Bueno, cosas peores escuché que luego quedaron en cenizas.

—Sabes que no era yo.

—Ni ahora lo eres.

—No me vuelvas a decir eso, por favor, me duele mucho.

—Pues imagina a mí —me senté en la orilla y él también.

—Me he leído un par de veces todas tus novelas, las últimas después de nuestro divorcio fueron desgarradoras, aunque no fuera nuestra historia había demasiado dolor en ellas, las chicas sufrían mucho y al final todo terminaba muy bonito.

—Es romántica, hacer un final duro es hacer sufrir al lector, prefiero que cierren una historia con un buen sabor de boca y no con un dolor innecesario. La lectura es para evadirse, para vivir mil vidas, para dejarse llevar por diferentes puntos de vista del amor, pero con un punto en común, es amor y el amor tiene que triunfar.

—Siempre.

—Siempre —sonreí sabiendo por donde iba.

—¿Qué te gustaría que pasara a partir de ahora?

—Me lo has preguntado muchas veces. Quiero creerme lo que viva, quiero no tener ninguna duda y quiero que tu sientas como lo hiciste un día.

—¿Y por qué crees que no lo hago?

—Creo que estás en el camino perfecto, pero no sé, me falta algo.

—¿Qué te falta?

—Que no me vuelvas a mentir en lo más mínimo.

—Te prometo por lo que más quiero y sabes lo que es, que jamás lo volveré a hacer.

—Pues demuéstramelo.

—¿Hay beso?

—No —me reí —, sigue currándotelo como hiciste en el otro viaje —le hice un guiño y no me dio tiempo a reaccionar cuando me agarró y me dio otro beso.

—Te he dicho que no —me despegué riendo y mojé el cigarrillo.

—Toma este.

—No, nos lo fumamos a medias, además no me lo pensaba fumar entero —me reí.

—Te resistes a que te bese, pero cuando lo hago a pesar de retirarte noto como tus labios no se quieren resistir a ello.

—Déjame —le di un codazo en los riñones y me abrazó riendo.

—Sabes que las estrellas que salen por las noches son para iluminarnos a nosotros.

—Bonita frase para algunas de mis novelas.

—Puedes ponerla, pero, por favor, que sea la historia de amor más bonita que jamás hayas escrito.

—Anda, quita, que estás de un meloso... —me reí.

—Estoy enamorado, aunque no lo quieras ver, lo estoy hasta donde no te puedes imaginar.

—Liam —lo miré y le quité el cigarrillo para darle una calada —, lo también te amo, pero no te lo pienso poner fácil —corrí hacia la mesa y vino detrás.

Alexandra me miraba riendo. Dejé el cigarrillo en el cenicero, me lavé las manos con un gel que siempre echaba a una botellita y me senté con la pequeña en la arena a jugar un poco.

Luego se fueron al barco tras comer, nos quedamos en la playa solos Liam y yo, nos tiramos una foto preciosa y la subí la red.

“Disfrutando de nuestra segunda luna de miel”

—Van a pensar que nos hemos casado.

—Total, piensan lo que le salen de las narices —contesté riendo.

Pasamos un día inolvidable de esos que se quedan en las retinas, nos reímos de que no podíamos más.

Subimos al barco y me tapaba la boca para no despertar a la niña que dormían junto a Alexandra y Luis, y es que a nosotros nos dio la una de la madrugada en aquella playa.

Se pegó por detrás, abrazado a mí y así quedamos dormidos.

Al día siguiente subimos a la vez a desayunar y nos dieron a la niña del tirón, como diciendo que ahí que nos tocaba, nos echamos a reír.

La verdad es que también me encantaba disfrutar de cada momento de mi pequeña junto a su padre, millones de veces fantaseé con ello y la verdad es que no podía tener ni una queja de la manera que ejercía su papel de padre, ni cómo me trataba a mí.

Ese día lo pasamos los cinco juntos, los chicos estaban calmados y no querían pasar el día de copas, eso sí, terminamos todos dando caladas, pero sin pasarnos, nos entraron unos ataques de risa que, para qué.

Capítulo 13



*“Por la parte del Caribe, así se escribe
Cuando una canción de amores, canción tan rica
Se la dedican los trovadores...”*

Así soy yo, que como se me meta una canción en la cabeza no me la saca ni Dios. Y tan pronto toda la expedición al completo puso un pie en mi querida Habana, me acordé del célebre Carlos Cano y de sus archiconocidas “Habaneras de Cádiz”, que tantas veces había canturreado en mi vida.

...Mi vida, esa que ahora parecía volver a encauzarse, por fin. ¿Sería verdad o se trataría de un sueño? En momentos así, en los que se me caía la baba viendo a mi pequeña descender del barco en brazos de su padre, no podía evitar acordarme de mi fallecida madre y de cómo su muerte había marcado un antes y un después en mi existencia.

En definitiva, a lo que me estoy refiriendo es a que me sentía un poco ñoña, y no es que estuviera en uno de esos días en los que las hormonas llaman a tu puerta, como si del mismísimo Avon se tratara, para recordarte que te van a volver majareta.

Vaya que, si yo estaba majareta, nada tenían que ver las dichosas hormonas, sino más bien con mi historia con Liam, que suponía para mí una especie de montaña rusa. En ese preciso instante me sentía en uno de los picos superiores, la reina del mundo, a lo “*Titanic*”, pero con los pies una chispita más en el suelo por si me volvía a dar el ostión del siglo.

—¿Qué miras? —me preguntó con esa sonrisa de medio lado que debía tener complejo de Rexona, porque no lo abandonaba en ningún momento.

—Que esta chiquitina está loquita con su padre, eso es lo que miro.

—¿Saco un babero? —me preguntó Alexandra y caí como una pardilla.

—No, no le hace falta, está perfecta, ¿es que le ves alguna manchita o algo? —le pregunté a mi amiga, que para eso mi niña iba a todos lados como un pincel, igual que su santa madre, que es servidora.

—Si no lo digo por la niña, mujer—me sonrió pícaramente y los tres adultos se rieron, un gesto que imitó mi *Beth*, que estalló en carcajadas sin ton ni son.

Las carcajadas más bonitas del mundo, sin duda. Mi *Beth* y su risa, qué no daría yo por ese cuerpo chico tan bonito. La niña no solo se había encargado de llevarse partes de mis energías cuando nació, en esas primeras noches en las que le costaba conciliar el sueño, sino que con ellas había sacado mi corazón del pecho y lo había metido en el suyo, porque ahora era ahí donde latía.

Y si esa pequeña ladrona se había llevado para sí mi corazoncito, no digamos ya lo que había hecho antes el truhan de su padre, que era un auténtico especialista en poner mi vida patas arriba. Y lo digo literalmente, porque no se había conformado con darle un giro de ciento ochenta grados a mi existencia, sino que sus ojos de deseo me indicaban las muchas ganas que tenía de hincarme el diente...

...Hincarme el diente, como si fuera un lobo, pero es que así lo veía yo, con esa parte salvaje que tenía y que me ponía tanto, que cualquier día me mataba yo solita de un patinazo mientras lo miraba. Creo que me estoy explicando. Era poner los ojos sobre él y chorrear, qué se le iba a hacer.

Allí estábamos de nuevo en La Habana y es que ya lo dice Beret, ese cantante con aire melancólico que me había acompañado en muchas de mis noches de desvelo:

*“Donde fuiste tan feliz siempre regresarás,
Aunque confundas dolor con la felicidad”*

Pero no, no iba a ser pájaro de mal agüero, yo ya sabía ponerles nombre a las cosas y lo que estaba sintiendo en ese instante era felicidad y no dolor.

Es sencillo: la felicidad me la producía ver la sonrisa de complicidad de Liam con *Beth*. Dicen que entre madres y bebés hay un vínculo eterno, creado por un cordón umbilical que jamás llega a cortarse, por mucho que el ginecólogo se empeñe en ello.

Sin embargo, aunque Liam no la hubiese llevado en sus entrañas, aunque ni siquiera hubiera asistido a su parto, aunque se hubiera perdido sus primeras sonrisas...entre ellos también había nacido ese vínculo. Y eso era algo que me hacía irremediamente feliz.

—¿Me la vas a dejar o tus abogados ricachones se han encargado de que firme contigo un contrato de exclusividad? —le pregunté y él se partió de la risa.

La risa... esa que había vuelto nuevamente a su vida, sustituyendo a la amargura que protagonizó aquel momento en el que, agonizante, recibí su mirada de desprecio, tras perder la memoria... Pero todo eso había quedado atrás, muy atrás.

Tan atrás como ya quedaba el embarcadero conforme íbamos avanzando por aquella ciudad que me olía a esa exquisita mezcla que conforman las especias, la caña de azúcar verde y las clásicas hojas de tabaco que son símbolo de esa tierra que ya consideraba en parte mía.

Y como todo llega, en medio de aquel ambiente tan alegre y festivo, que para eso los cinco íbamos como unas castañuelas, llegamos a esa Plaza de la Catedral que tantos recuerdos evoca

en mí.

No pude evitar pensarlo, ¿cómo iba a hacerlo si dicen que la venganza se sirve en plato frío y yo había tenido mucho tiempo para serenar mi mente? Que no cunda el pánico, que no se trataba de ninguna maldad extrema, pero sí a una pequeña que estaba llamada a darme mucho juego.

A lo que me estoy refiriendo es a que en esa Plaza de la Catedral nos encontramos con un puñado de cantantes callejeros que, a pleno pulmón, cantaban salsa. Y para que me recordara todavía más a mi Cádiz natal, por si ya La Habana de por sí no se encargaba de hacerlo lo suficiente, entonaban en ese momento ese himno de la alegría que es “La vida es un carnaval” de la mítica Celia Cruz.

Si digo que los pies se me fueron solos, no exagero en absoluto, por lo que corrí hacia ellos como alma que lleva el Diablo. ¿No bailó en su día Liam con las cubanas hasta cabrearme más que a una mona? Pues ahí tenía.

No es porque yo lo diga, pero lo di todo en la improvisada pista que supuso para mí aquella plaza que tantas veces soñé con volver a pisar en su compañía.

Monísimos, para que no faltara de nada, aquellos cantantes eran monísimos, y uno de ellos, sin encomendarse a Roma ni a Santiago, comenzó a bailar conmigo de lo más sensual mientras sus compañeros seguían dando el do de pecho con la cancioncita de marras.

La cara de Liam... esa era un poema, viendo cómo el chaval me tomaba de la mano y me hacía dar vueltas cual peonza delante de sus indignadillos ojos azules, esos que competían en intensidad con un cielo que nos ofrecía el más bonito de los tonos, gracias a un sol que lucía como solo puede hacerlo el astro rey en escenarios como aquel.

Vuelta por aquí y vuelta por allá, yo también cantaba sin cesar...

“Ay, no hay que llorar (No hay que llorar)

Que la vida es un carnaval

Y es más bello vivir cantando...”

Y el chaval, embelesado, que igual ponía su mano sobre la mía, que sobre mi hombro y mi cadera... Y Liam, que lo miraba con cara de “eso es mío y no se toca...” Y yo que me desternillaba y disfrutaba con la escena como lo hacía *Beth* cuando le poníamos un caramelo en las manos.

Así me sentía, su caramelito. Un caramelo que él se moría por degustar y yo... Yo lo que sentía era la felicidad recorriéndome de la punta de la cabeza a la de los pies, que para eso había conseguido despertar en el padre de mi hija el fantasma de los celos, pero a lo grande...

Una canción me bastó. Tampoco quise ser más perruna, que además mi *Beth*, que parecía entrenada por su padre, también me echó los bracitos y comprendí que era momento de dar por finiquitado el baile.

Un par de besos me arreó mi improvisado compañero de farándula antes de irme. A Liam ni lo

miró, por lo que se perdió la oportunidad de comprobar que le había dado celos a uno de los mitos vivientes del cine, cosa que le advirtieron sus compañeros en cuanto se acercó a ellos. Yo lo vi por el rabillo del ojo y lo disfruté de lo lindo.

—Te habrás quedado a gusto—me dijo con cara de malas pulgas en cuanto me acerqué.

—Sí, mira. Resulta que tenía como una contractura en el hombro y bailar con ese chico me la quitado. Es el baile, que obra maravillas.

—Y encima graciosa. Si tenías una contractura me lo podías haber dicho y te habría llevado a un buen fisio. Incluso a mí mismo no sé me da mal quitarlas.

—¿Y perderme la cara que has puesto? Ni en mil vidas. A mí no me gobiernas, te recuerdo que no soy tu barco.

—Lo dicho, la muchacha se ha levantado hoy graciosa, pues a mí no me ha hecho ni pizca de gracia.

—Pues ya sabes lo que se dice: “para el mosqueo, pastillas Timoteo”.

—Dame un beso.

—Sí, hombre, por tu bonita cara—me eché a reír. Bonita, pero bonita, eso lo sabían hasta los hebreos, pero a mí no me arrancaba un beso allí en medio porque no me daba la real gana.

Liam me fue a echar mano y yo salí corriendo, como una chiquilla, chillando y con todo el mundo mirándonos.

—Vas a hacer que salgamos en todas las portadas y lo sabes—se quejaba.

—Ni que eso fuera una novedad. Te aguantarás con lo que te toque y punto.

—Eso es lo que quiero yo, tocarte, que no te imaginas cómo me he sentido cuando ese te ponía las zarpas encima.

—El chaval no ha hecho nada. Y serían las manos, que para mí que no era un felino, o al menos yo no he comprobado sus dotes como tal—me gustaba más buscarlo que a un tonto un lápiz.

—No sigas por ahí que me encuentras. Tú no vas a comprobar las dotes felinas de ningún otro que no sea yo.

—Porque tú lo digas, yo soy la dueña y señora de este cuerpo serrano y haré con él lo que me venga en gana.

Así nos pasamos hasta la hora del almuerzo.

—Vaya la que nos estás dando con el temita de los celos, Liam—le recriminó Luis en broma y yo vi el cielo abierto.

—¿A que sí? Es que es muy cansino.

Nos habíamos sentado a ponernos las botas. Eso sí, fue tomar asiento y lanzarse sobre mí para robarme un beso, que en el fondo no pude esquivar. Lo que disfruté ese nuevo beso solo yo lo sé, cada uno de los que lograba robarme y depositar en mi boca representaba para mí un triunfo

mayor que para él, que para eso lo hacía sudar tinta.

El almuerzo nos supo a gloria, pues después de una extenuante caminata teníamos más hambre que Carpanta, por lo que nos pusimos ciegos y, a falta de una buena siesta, que hubiera pegado más que la cola en ese momento, decidimos seguir inspeccionando cada rincón de aquella bella ciudad haciendo tiempo para tomar unos mojitos en “La Vieja Habana” a media tarde.

—Mira que te veo venir, tú lo que quieres es que me tome otro para abusar de mi inocencia— le aseguré con cara picara.

—Nada de eso, estoy enfadado contigo, ahora te vas con el salsero—me espetó, no se le iba de la cabeza, ni bien ni mal.

—Ah, vale, si cuento con tu beneplácito...—Hice ademán de levantarme y casi le da un síncope.

—Ehh, quieta ahí, que me vas a matar de un disgusto.

—Cierto, viejito, que no recordaba que estás mayor y te puede dar un susto el corazón, no vaya a ser que al final tengan que ponerte un muelle.

—¿Un muelle? No te voy a decir dónde tengo yo un muelle para saltar sobre ti, preciosa.

—Huy, huy, que a ti no es la noche lo que te confunde, como a Dinio, sino que son los mojitos. Sobre mí tienes que currártelo mucho para volver a saltar, antes te veo haciéndolo en los Juegos Olímpicos.

—Eres mala de condición.

—“*Me has enseñado tú, tú has sido mi maestro para hacer sufrir...*” —canturreé por Malú, mientras en esa ocasión era él, quien se mordisqueaba el labio.

Llegamos exhaustos al barco, como quien acaba de culminar una larga expedición. *Beth* ya estaba fritita en brazos de su padre que, amoroso, la dejó caer sobre la camita, dándole un beso en la frente.

A continuación, dejó de fruncir el ceño, pues llevaba todo el día con ese gesto desde que me vio bailar, sensual como yo sola, con el cubano.

—Mejor así, que se te va a arrugar la cara y ya tienes una edad.

—¿Otra vez con eso? Déjame demostrarte que estoy en mi mejor momento.

—Dime que lo que sobresale de tus pantalones es el móvil—le dije risueña, dado que algo bien abultado, que no era precisamente el móvil, se restregaba contra mi trasero.

—Si quieres te lo dejo, para que juegues un rato con él.

—Ni en tus mejores sueños. Si quieres, marca tú solito sus números, que a mí plin, yo duermo en Pikolin.

—Lo dicho, eres mala—me soltó mientras me daba la vuelta y me robaba un nuevo beso.

—¿Cuánto de mala? —le pregunté, siguiéndole un poco el rollo.

—Lo suficiente como para que te persiguiera a cualquier sitio con tal de poseerte una vez más, al mismísimo infierno si hiciera falta.

—¿Qué dices? Que allí no hay aire acondicionado y encima está el Demonio, que dicen que tiene un rabo que no veas e iba a competir con el tuyo...

—No sigas por ahí, que hasta eso me da celos.

—Te jodes, como Herodes...

Poco más que decir aparte de que volvió a velar nuestros sueños una vez más, cogiendo a la peque con una mano y a mí con la otra. Para el resto, tendría que seguir esperando...

Capítulo 14



Un nuevo día y regalo... Varadero ante nosotros.

Qué decir del contraste entre La Habana y aquel paraíso turístico que no se haya dicho ya.

Pero antes de eso, antes de perdernos en la muchedumbre de sus calles y entrar en sus tiendas, antes de recordar por qué era el lugar que tantas personas elegían cada año para pasar allí algunos días y disfrutar del relax que solo el Caribe puede ofrecernos, disfruté de otro espectáculo.

Que conste que no me estoy refiriendo a nada sexual. Y eso que ver a Liam recién levantado era una verdadera atracción turística, con esa preciosa sonrisa dibujada en sus labios y esa tienda de campaña que se le montaba sola en el sur de su ombligo.

Viendo sus ojillos de deseo, y sabedora de que en el camarote me volvía más indefensa a sus ojos que en ningún otro lugar, salí corriendo hacia la proa para ver el amanecer.

Lo que me encontré fue un espectáculo natural de esos que no hay suficiente dinero en el mundo para pagar, con esa mezcla de tonalidades que anuncian la llegada de un día cargado de emociones que estaban por llegar.

—¿Qué piensas? —me preguntó agarrándome por detrás.

—Nada, mi cabeza es un lienzo en blanco ahora mismo.

—Y la nariz te está creciendo como a Pinocho.

—Porque tú lo digas, a ver si te crees que, porque a ti te crezca lo que tienes en la entrepierna, a los demás nos va a pasar lo mismo—reí.

—Lo dicho, mala de condición. Abandonado me tienes en ese sentido, ya no quieres nada conmigo.

—No, que tienes mucho peligro. Y luego llegan los olvidos y el sufrimiento, a mí me dejas.

—No es mi culpa, aunque ayer recordé más cosas recorriendo La Habana, como cuando bailé con aquellas chicas y te enfadaste. Me vienen como frases.

—Pues eso será mejor que se me olvide a mí, que me viene como mala leche.

—Deja, deja, que ayer bien que te vengaste. Hasta pesadillas he tenido de que te ibas con el salsero, ¿no me has escuchado relatar a medianoche?

—De eso nada, que yo desconecto y punto. Salvo que sea la niña la que se mueva, que

entonces ni te cuento, pongo las parabólicas que da gusto.

—Es que eres una madraza—menudo pellizco que me arreó en todo el culo.

—Eso es lo que estás deseando tú, hacerme madre de nuevo, pero te queda tela para trincarme.

—Joder, ¿todavía me queda tela? Pues sí que voy a coger complejo de *Tom Cruise*.

—De *Tom Cruise*, ¿por qué?

—Porque él fue quien rodó “Misión imposible”, que anda que no es difícil reconquistarte.

—Más que a Granada, tenlo en cuenta, que para eso yo lo valgo.

Me pavoneé delante de él, meneando mi melena mientras me mordisqueaba el labio, momento que aprovechó para sacar parte de mi cuerpo por la proa y amenazarme con que iría al agua si no era yo quien lo besaba.

—Tírame y eres hombre muerto, que lo sepas.

—Soy un hombre muerto igualmente si no me besas—se quejó.

—Un mártir, eres un mártir, eso es lo que eres...

Ni de coña lo iba a besar. Ese iba a pasar las de Caín, hasta que un gesto así saliera de mí. El balbuceo de *Beth* en el camarote puso fin a “la amenaza”.

—Me sueltas o te muerdo, que la niña me está llamando.

—Me está llamando a mí, pero no quiero quitarte la ilusión.

—Porque tú lo digas, está llamando a la madre que la parió.

Salimos corriendo para el camarote y él se puso delante.

—*Beth*, vente conmigo, anda—le susurró mientras yo hacía lo propio desde atrás.

Me quedé con toda la cara partida, que para eso la chiquitina le echó a él los bracitos.

—Tú eres un roba niñas, eso es lo que eres—le recriminé.

—Arte que tiene uno—me dijo, mientras se daba la vuelta.

—¡Tramposo, que eres un tramposo! La has comprado, así cualquiera.

El muy puñetero debía tener una piruleta en el bolsillo de las bermudas y eso fue lo que le ofreció a la peque para que saliera disparada hacia él. Y la pitufa se dejó comprar...

—Unos lo llaman trampa y otros lo llaman arte...

—Y yo lo llamo que te voy a abrir la cabeza como la niña comience a querer darle un lametazo a la piruleta a esta hora.

—Claro que no, que ahora se la hago desaparecer y la soborno con unas cosquillas. Y a la madre con otras...

Estaba en pleno “acto cosquillero” cuando se levantaron nuestros amigos y todos decidimos que necesitábamos un café urgente que nos tomamos tal cual desembarcamos.

Beth dio cuenta de su biberón con ansia y, para regocijo de su padre, se olvidó del caramelo. Más que eso le gustaba estar en sus brazos. Y lo que toca a mí, me volvía loca verlos.

Tocaba jornada playera, para lo que yo bajé maqueada cual diva, con un precioso trikini rojo que contrastaba con mi bronceado y una maravilla de kaftán bordado que por todos sus orificios dejaba igualmente ver el moreno de mi piel. Pamelón a juego y cuñas de esparto, que una antes muerta que sencilla, y yo en chancas no iba ni al baño.

Mi niña iba ataviada también con una braguita de baño roja, que era un caramelito y un monísimo sombrero de pescador que enmarcaba esa sonrisa tan rica que mostraba a todas las horas del día. A quién saldría...

La jornada de playa fue de lo más relajante, dado que Liam se ocupó en todo momento del bellezón de pequeñaja que teníamos, lo que se pudo reír ella cuando le hizo un castillito de arena y luego la tomó por los hombros para que lo deshiciera con el pompis...

—Ahora toca un bañito juntos, que los bombones como tú no se pueden dejar derretir al sol— me sugirió.

—Venga, va, pero lo hago por mi niña.

Me cogió de la mano y salimos andando, mientras con la otra la portaba a ella.

—Muy suelto te veo, rollo familia feliz.

—Es lo que somos y lo sabes, yo contigo me vuelvo a casar así se caiga el mundo.

—Pues mira, para mí que ya se va tambaleando, yo noto como que se mueve algo bajo mis pies.

—No es por nada, pero es un cangrejo.

—Muy gracioso, pero a mí no me acojonas tan fácilmente.

—Ni lo pretendo, pero no te muevas que te va a morder.

—Sí, hombre, porque tú lo digas, como que yo me lo voy a creer...

Me dio la niña y se agachó. De inmediato sentí como que me mordían en el dedo, qué gracioso él, menudo escozor.

—¡Toma, por simpático! —Le arreé un cate con todas mis ganas, porque el dedo lo tenía con palpitaciones, como si contara con vida propia.

—¡Encima! —se quejó y, para mi sorpresa, sí que tenía un cangrejo en las manos, por lo que me dejó muda.

—Perdona, yo pensaba que...

—Que era coña mía, pero eso te pasa porque ya no confías en mí. ¿Te imaginas por lo que estoy pasando?

—Pobre mártir, te aguantas, que para eso te lo has ganado a pulso.

—¿Y encima te cachondeas de mí? Corre para el agua si no quieres que te dé unas azotainas en el culo.

—MMMM...

—No me mires así, que dejamos a la niña con Alexandra y Luis y te hago otro en menos de lo

que canta un gallo.

—Tus ganas, ve a echarte agua fresquita, que falta te hace...

Se miró a la entrepierna y, efectivamente, corrió hacia el agua, antes de que el monstruo que llevaba dentro del bañador creciera como el del Lago Ness. Yo salí detrás y, cuando alcanzó el mar, la niña y yo nos dedicamos a salpicarlo a lo grande, tanto que hasta en los ojos le entró el agua y no podía ni abrirlos.

—Me la has jugado, no paras de jugármela—me dijo, agarrándome por la cintura y atrayéndome hacia él.

—Tú sí que te la estás jugando, pero por lo militar, con tanto restregón. Ten cuidadito, que te la vas a cargar...

—Me dan igual las consecuencias, tengo que hacerte mía antes que después.

—Que no te enteras, Contreras, que te queda tela del telón para eso.

—Joder, esto parece como una condena, pero a la inversa. Pase el tiempo que pase, cada vez me falta más...

—Pues es lo que hay y punto. Y si no, te lo hubieras pensado antes de joderme la vida.

—Yo no quería joderte nada. Bueno, corrijo, tú ya me entiendes...

Así nos pasamos un día en el que todavía salió a relucir, en determinados momentos, el episodio de mi baile con el salsero, que no se le había olvidado.

Después de una mariscada que nos tomamos a modo de cena en el barco, regada con unas buenas copas de vino, tocó ir de nuevo al camarote. Y junto con ello, tocó hacer eso que cada vez me costaba más, esquivarlo.

Mientras la niña dormía, sigiloso, se metió conmigo en el baño.

—No me resigno a no volver a probarlas—me dijo mirando a aquel par de gemelas que sobresalían con gracia de mi torso.

—Tranquilito, que no hay barra libre.

—Pues entonces solo un sorbo.

—Ni uno, ni medio.

—No seas mala, que me estoy muriendo por ti.

—¿Llamo a un médico? —me reí a carcajadas.

—No, mejor me haces de enfermera sexy.

—Tus ganas...

Capítulo 15



Si algo no podía negársele a Liam, era la extrema capacidad que tenía para hacer de un viaje, el más asombroso de los sueños.

El siguiente destino fue colosal y el punto en el que desembarcamos no fue otro que ese paraíso terrenal que es Cancún.

—Tú lo que estás queriendo es llevarme al huerto—le dije disfrutando del entorno— y, como no puedes, me traes al mismísimo paraíso.

—Lo que se merecen mi reina y mi princesa. Por cierto, que hace unos días que no os veo las coronas.

—Si es que no paramos y no nos da tiempo de llevar a cabo nuestros quehaceres reales, pero tienes razón. En cuanto suba esta noche me la coloco y no me la quito hasta por la mañana.

—Ya veremos, esta noche tengo para ti otros planes.

—¿Otros planes? Cuidadito con los planes nocturnos que suelen tener más peligro que una piraña en un bidé, y yo no tengo el chichi para farolillos, advertido quedas.

—Tú sabrás que, cuanto más difícil me lo pongas, más voy a luchar por ti, ¿no?

—Masocas ha habido de toda la vida de Dios y los seguirá habiendo, la verdad sea dicha, pero yo de ti no me afanaría en hacer el ganso, que no te va a servir de nada.

—¿Yo masoca? No me lo había planteado, pero creo que, por ti, hasta me dejaría zurrar.

—Pues mira, igual por ahí si vas bien, que lo mismo te atrinco rollo, saco de boxeo y te doy las del pulpo. Lo mismo así me saldría parte de la mala baba que llevo dentro.

—Esa mala baba es ya más parte de la historieta que te estás montando en la cabeza que otra cosa, y lo sabes.

—Yo en la cabeza no me estoy montando nada, a excepción de la corona de reina.

Así íbamos por la calle, como el perro y el gato, mientras que nuestros amigos empujaban la sillita de *Beth*. Él que me cogía la mano, y yo que se la soltaba, así, sucesivamente.

Aquel juegucito de “quiero, pero no quiero” me estaba poniendo como una moto, dicho sea de paso, que Liam seguía teniendo esa sonrisa y ese cuerpazo que de siempre me habían puesto los vellos como escarpas. Es más, “el viejito”, como a mí me gustaba llamarlo para darle en

todas las narices, parecía que ganaba como el vino, con el tiempo.

En Cancún, como no podía ser de otra manera, tocaba nueva jornada playera.

—Estate quietecita, que para algo estoy yo, ¿no crees? —me dijo cuando comprobó mi dificultad para extenderme la crema por la espalda.

—¿Aparte de para estorbar? —Le guiñé un ojo, más malilla y no nacía.

—Me partes el corazoncito cada vez que me dices esas cosas—puso carita de cordero degollado.

—A otro perro con ese hueso, que a mí no me das pena porque no, que lo tengas muy clarito.

—Un hueso duro de roer estás hecha tú, que me tienes a pan y agua.

—Y así vas a seguir, como los presos.

—Joder, lo que yo te diga, una condena...

—Pues yo te veo cumplirla con mucho gusto, no es por nada...

—Si con gusto la cumplo, pero es que hay momentos en los que creo que voy a explotar, ya no puedo más—me confesó.

—Pues mira para otro lado cuando te pase, no vayas a salpicar.

—¿Cuándo te volviste tan malilla?

—¿Cuándo tú me enseñaste a serlo? ¿O es que tengo que volver a cantarte por Malú?

—¿Te bañas conmigo? —me pidió.

—No, si quieres, te bañas tú conmigo.

Entrábamos en el agua cuando la peque nos divisó y, la muy actriz (dichosa la ramita que al tronco sale), nos formó una tangana de mucho cuidado para que nos la llevásemos con nosotros.

—Joder, ni que la estuviéramos matando aquí en la orilla, lo que tira la sangre—se quejó Luis entre risas.

—Tú vente conmigo y déjalos, que *“no hay nada más lindo que la familia unida”* — nos canturreó la irónica de Alexandra.

—Familia, qué bien suena—prosiguió Liam, mientras nos adentrábamos en el agua.

—Pues no te hagas tantas ilusiones. Tenemos una hija, pero hasta ahí.

—Tenemos una hija y tenemos una cita—matizó él.

—¿De qué diablos hablas? ¿Todavía te parece poca cita este nuevo secuestro que has llevado a cabo?

—Sí, yo te veo pasándolo fatal. Esto es algo que me debías, y una cita también me debes.

—Lo único que te debo es una somanta de palos y cómo te pongas farruco, te la doy aquí mismo.

—Dame lo que te dé la gana, como si me quieres dejar la cara como un mapa y te quedas a gusto del todo, pero esta noche vamos a salir tú y yo.

—Sí, hombre, y la niña me la meto por donde salió. Que, por cierto, como no estabas allí, no

sabes por dónde fue—bromeé.

—Una ligera idea sí que tengo, porque además es uno de esos lugares donde uno está deseando volver.

—Y donde te va a quedar con toditas las ganas, que a mí no me pones una mano encima.

—Vamos por partes, primero me das un beso y luego esa cita—me agarró por la cintura, aprovechando que yo portaba a la peque, y me atrajo hacia él, dándome un besazo que arrancó sus gorgoritos (los de la niña digo, que a mí me dejó muda).

Y así, robándome un beso por aquí y otro por allá, se pasó el día completo.

Por la tarde volvimos al barco, él con el tiempo calculado para esa cita que yo deseaba con todo mi corazón, pero que no estaba dispuesta a concederle tan fácilmente.

—¿Has elegido ya lo que te vas a poner? —me preguntó después de ducharse.

—Sí, hombre, ahora mismo saco un Armani que llevo en la maleta, ¿no ves que vengo preparada para cenas de gala?

—Ni falta que hace, tú con cualquier trapito estarás preciosa.

—¿Me estás llamando andrajosa? Pues ahora por listo te has quedado sin cita.

—Y a mí que me da que diga yo lo que diga, el resultado va a ser el mismo, que me quedo sin cita...

—De eso nada, que los titos Luis y Alexandra ya estamos preparados para hacer hoy de canguros, peli de Disney seleccionada y todo—nuestra amiga estaba por la labor de hacer de Celestina, que era un gusto.

—Para mí que estáis compinchados, pues como yo salga con una barriga me pongo a repartir obligaciones a diestro y siniestro y se os acaba a todos el cachondeo.

—Pero, ¿tú no eres la que dice que no me vas a tocar ni con un palo? Entonces, ¿a qué tanto miedo?

—¿Miedo yo? Ahora sí que te la has cargado, chaval, espero que tengas reserva en el mejor restaurante de Cancún, porque me vas a tener que sacar con todas las consecuencias.

Enarcó una ceja como diciéndome si yo lo dudaba. *Liam James* tenía reserva donde le saliera del alma con un solo chasquido de dedos, menuda tontería acababa yo de soltar por la boca.

En cuestión de una hora ya estaba él listo como Calisto, con un traje en azul que le hacía juego con los ojos. Solo le faltaba que me lo envolvieran para regalo. ¿Cómo podía llevar tantas cosas en un simple camarote?

Capítulo 16



La visión de aquel restaurante me hizo saber que no me había equivocado. Nada lejos del puerto, fuimos andando hacia él...

Lo primero que hizo, sobra decirlo, fue cogermelo de la mano. Y yo, que por un lado lo estaba deseando, y por otro llevaba los únicos taconazos que eché en la maleta para mi luna de miel, me dejé querer.

De cogermelo la mano a abrazarme por la cintura, solo hubo un paso.

—¡Que corra el aire, que después vienen los niños!

—A pares te los haría, no me provoques.

—Claro que sí hombre, ¿tú me has visto a mí cara de coneja? —Le di tal pellizco en el costado que saltó y todo.

—Tienes un punto salvaje que me puede, te juro que me puede.

—Y tú tienes un punto de loco que te va a costar la salud. Y los cuartos, por cierto, que ya veo el sitio al que vamos.

—¿Te imaginas que el dinero fuera un problema? —me sonrió.

—¿Te imaginas que se me haya olvidado que compraste nuestra boda con dinero?

—No digas eso, que suena muy feo. Yo solo di un empujoncito para que nuestro matrimonio llegara a buen puerto.

—Sí, sí, es que tú eres especialista en lo de dar empujones. Y, respecto a lo de que llegar a buen puerto, no me hagas hablar que se me calienta el pico, pero, en lugar de en un pato, me convierto en un puerco espín.

—Si es que me gustas hasta cuando te pones arisca...

Entramos en el restaurante y al metre solo le faltó hacernos una reverencia. Ese se había creído de verdad que yo era una reina y Liam un rey. Aunque en realidad sí que lo era para mí, mi rey de corazones, pero sus oídos estaban todavía muy lejos de volver a escuchar algo así de mi boca.

Aluciné con el escenario en el que transcurriría esa cena. Primero, he de decir que parecía que estaba subida en el *Scalextric*, porque nos condujeron a una primera planta desde la que se

divisaba la playa y, desde allí, nos bajaron hasta la mismísima arena donde, entre candelabros, se desarrollaría la que estaba destinada a ser la cena más romántica del planeta.

—Reconozco que te lo has currado, pero no te vayas a creer que, porque ahora vayas de romanticón total, ya me tienes abierta de patas en el catre.

Me salió así, de lo más fino, como siempre que quería soltar una barbaridad de esas que me dejaban de lo más relajada. Y a él lo que le salió fue una carcajada que debió escucharse en todo Cancún.

—Olvídate de ningún objetivo, por fi, y solo disfruta...

Y disfruté, y disfruté. Y no solo de su compañía, que volvía a ser inmejorable, sino de la langosta que nos sirvieron, que debieron traerla en una carretilla porque tenía tal peso, que me hubiera costado sostenerla en brazos.

Vale, que un poquillo estoy exagerando, pero es que, para el momento en el que la sirvieron, yo ya llevaba un par de copitas de vino. Y como hacía un tiempo que estaba desentrenadilla en eso del beber, noté que me hicieron bastante efecto.

Lo que quiero explicar es que, cuando me sirvieron la langosta, yo ya no sabía si traía dos pinzas o cuatro. La madre que me parió y la que parió también a Liam, que a esa la tenía un poquillo entre ojo y ojo... Hasta a ella la mencioné en una cena que comenzó de lo más romántica, pero que acabó con ambos tomando el postre sobre la arena y con un par de copichuelas de más.

—Yo no sé si deberías seguir bebiendo, reina mora, se te está subiendo un poco a la cabeza—me comentó al meterme en la boca la última cucharada del delicioso mousse de chocolate que compartimos.

—¿Qué dices? Me echas otra copita, que vas a salir ganando. Y, por cierto, no es solo el vino a mi cabeza lo que se está subiendo aquí.

Sin más, y borrachilla como empezaba a estar, me desinhibí por completo y le eché mano al paquete, ese que comenzaba a apuntar para fuera como la cabeza de un misil.

—Pero bueno, venga ya, que luego vas a decir que he abusado de que anduvieras borrachilla y no es así como quiero que sucedan las cosas.

—¿Cómo? Perdona, a mí no me dejas con este calentón. Mira, vamos a hacer una cosa—me eché mano al escote, ese que sabía que era su delirio.

—No hagas nada de lo que luego te puedas arrepentir, por lo que más quieras no me provoques más.

—Pero vamos a ver, ¿no eras tú el que quería barra libre de estas? —Yo ya me había desabrochado el cuello del elegante vestido con cuello *halter* en lima que me había comprado esa misma tarde en una boutique de la playa, por si se terciaba y al final salíamos, que una era previsora.

—Sí, mujer, y guárdalas, pero te repito que no así. Prefiero que estés en tus cabales o mañana eres capaz de darle leña al mono, que seré yo, y saldré descalabrado.

—Descalabrado vas a salir como no consumemos, que me llevas poniendo hirviendo como una plancha durante días y a mí no me vas a dejar colgada como al mono de Marco.

—Pero, ¿qué vamos a consumir? Para eso nos tendríamos que casar antes—se echó a reír.

—Ah, no, de esos cocos, pocos... Por ahí no paso, yo no me caso ni con una pistola en el pecho, pero consumir vamos a consumir esta noche a lo grande.

Me agarré a él como una garrapata e hice que me llevara detrás de unas dunas donde le di unos buenos restregones con los senos por toda la cara....

—No puedo más, nos vamos, me estás poniendo como una moto...

—Ole, ole, mejor como un caballo, que yo lo que quiero es montarte—le chillaba yo.

Suerte que ya habíamos pagado la cuenta y que nos podíamos marchar por la playa sin necesidad de volver a entrar en el restaurante, pues de lo contrario, hubiéramos dado allí un numerito porno que habría dejado boquiabierto al mismísimo Nacho Vidal.

—Calla un poquito, por favor.

—De eso nada, a no ser que me pongas una buena mordaza.

—Lo estoy pensando, palabra que lo estoy pensando...

Llegamos al barco dando tumbos. O, mejor dicho, dando tumbos yo, y él intentando agarrarme para que no tuvieran que ponerme piños nuevos por la mañana. Lo que me hubiese faltado, que se me hiciera un pico en un diente, con el buen uso que pensaba yo darle a la boca esa noche.

—¡Azótame a lo Grey, azótame a lo Grey! —le pedí tal cual nos tumbamos en la cama y él se desvistió, quitándose el cinturón.

—¿Con esto? Tú estás majara, por mi vida que estás majara.

—Te he dicho que con esto—cogí el cinturón y se lo puse en la mano.

—De eso nada, que me veo durmiendo en el calabozo un mes, olvídate.

—¡Nenaza! —le chillé para provocarlo y, ni corta ni perezosa, yo misma me arreé un buen zurriagazo con el cinturón.

—¿Estás loca? Mira lo que te has hecho—me había dejado una señora rojez en el culo.

—¡Joder! Pues sí que duele... En la otra cache, dame en la otra cache, pero con la mano...

Sé ve que tuvo claro que, de no acceder a mis deseos, iba a poner en pie a Luis y Alexandra, que dormían como benditos con Beth.

—Vale, vale, venga...

Los dos habíamos mandado ya a paseo nuestras ropas, por lo que le puse mi culo, que de por sí lo tenía más alto que la matrícula de un avión, a la altura de su cara.

—Esto es una provocación en toda regla, venga—me dio un manotazo en la cache que todavía

no había cobrado y sacó de mí unos instintos tan primarios que desconocía.

—¿Que me azotes a lo Grey! ¿Es que no te estás enterando, gilipollas? —le di tal chillido que lo puse en órbita.

—Qué vas a despertar a todo el barco, no me seas traviesa.

—Pues azótame como Dios manda, que así no me pones nada de nada.

—¿Que no te pongo? —Me dio un azote más fuerte.

—Así un poquitillo más, pero tampoco te creas que gran cosa. Voy a ver si tengo agendado el teléfono del Grey, que ese sí que sabe cómo hacer las cosas.

—Ni Grey ni niño muerto, ven aquí ya...

Había logrado sacarlo de sus casillas, por lo que aproveché y, dándome la vuelta, cogí su miembro como si fuera un micrófono.

—Qué bien puesto lo tienes todo, ven que voy a aprovechar para saludar a los oyentes.

—¿Oyentes? Lo que me faltaba, que los despiertes a todos, no me seas más traviesilla.

—Para traviesillos mis pezones, ¿no te parece? — me los toqué con las puntas de los dedos, comprobando que estaban más duros que ladrillos antes de que su lengua entrara en contacto con ellos.

—Por fin, ven aquí—tiró de mí hacia él y se los metió en la boca con tantas ganas que temí perderlos para siempre.

—Cuidadín, que me los vas a gastar y yo tengo para tu lengua otras muchas cosas, que hoy hay degustación gratis de marisco.

Sin más, me abrí para él y lo noté perderse en mi zona más íntima.

La temperatura tuvo que subir unos cien grados de momento, porque sentí un calor infinito que precedió a un gustirrinín indescriptible.

—Y te lo querías perder, anda que no estás disfrutando nada—le decía entre gemido y gemido, pues no paraba de soltarlos. De seguir así, me iba a levantar más ronca que un camionero.

—¿Quieres callar un poquito? Que tengo mucha faena por delante—me confesó cuando por fin probó mi elixir y se dispuso a colocar su miembro para entrar en mí.

En mi vida he disfrutado tanto de una penetración como lo hice de aquella, qué manera de resbalarse y de llegar hasta lo más íntimo de mí, haciéndome tocar el cielo con una erección que parecía no tener límite.

Liam estaba tan excitado que apenas podía contener la respiración, sus jadeos se acompañaron con los míos, en una larga noche en la que no hubo postura que se nos resistiera.

Daba igual que me penetrara de frente, a cuatro patas, de lado o haciendo el pino puente, el resultado es que me deshice en sus manos y que alcancé tal número de orgasmos que cuando por fin quise cerrar los ojos, me dolía hasta el cielo de la boca.

—Menuda paliza que me has pegado—le comenté a modo de buenas noches.

—No me hagas hablar, anda...—respondió mientras me abrazaba muy fuerte.

Capítulo 17



Abrí los ojos y descubrí con temor varias cosas...

La primera de ellas era que tenía el higo al rojo vivo, señal inequívoca de que le habíamos dado al matarile que daba gusto, la segunda, relacionada con la primera, que Liam me las iba a dar todas juntas a partir de ese momento por haber sucumbido a sus encantos. Y la tercera, que ya estaba saliendo el sol y con él, nos llegaba la vocecita de *Beth*, que tocaba diana como un sargento de artillería.

—¡Me has seducido con tus malas artes! —le chillé antes de que pudiera decir ni esta boca es mía.

—Buenos días, reina. Ya me temía yo que me iba a caer mortal cuando me despertara—me confesó risueño.

—Y tanto, eso es por la mala conciencia, que sabes que has actuado muy guarramente.

—Pero, ¿qué estás diciendo? Si fuiste tú la que casi me viola...

—Mira él, qué chulito. Claro a *Liam James*, no hay una que se le resista, ¿cómo lo iba a hacer una simple plebeya como la madre de su hija?

—¿En qué quedamos? ¿Eres una plebeya o una reina? A mí ya me estás liando—él decía tonterías para quitarle importancia al asunto.

—Mira, una cosita te voy a decir, yo no soy ninguna pavisosa de esas que te van riendo las gracias porque se morirían por pasar una noche contigo, a mí me dejas.

—No, no, de eso nada. Ahora que ya hemos consumado, tú te casas conmigo.

—¡Y un mojón despeinado! A mí ya no me van a comprar los derechos de ninguna novela, de modo que no te lo voy a poner en bandeja esta vez, tramposo, que eres un tramposo.

—Pero si yo lo único que quiero es demostrarte mi amor y que volvamos a ser una familia.

—¿Una familia? ¿Y dónde estabas tú cuando me metieron en el paritorio y necesitaba alguien para acordarme de su santa madre? Ahora que una cosa te digo, aunque no estuvieras, de ella me acordé igual.

—Serás...

—Seré lo que me dé la gana, que para eso me he ganado el derecho a decir lo que quiera.

—Y yo me voy ganando poco a poco el derecho a que me des otro beso.

—¿Otro beso? Guarrón, tú lo que quieres es seguir con la función. Por mí como si te compras una muñeca hinchable, pero antes me tiro por la borda que volver a ser tuya.

—Ven aquí, anda, y no me seas más peliculera.

—¡Que me sueltes! —le chillé riéndome y la que le solté fue yo, pero una señora coz en todo el pecho, que eso no era ni una patada.

—¡Madre mía, pues sí que te has despertado con fuerza!

—Y eso es solo el aperitivo, te lo garantizo. Hoy cobras y no tendrá que ver con tu abultada cuenta corriente.

—Hoy estaré más cerca de volver a ser tu esposo, eso será lo que ocurra.

—Tu sigue soñando, que la leche que te vas a dar será chica. Luego dirás que he jugado con tus sentimientos.

—No puedes jugar con ellos porque me quieres igual que yo a ti.

—Te quiero dar una buena paliza, eso es lo que quiero.

—¿Otra? Porque anda que anoche, menudo asalto.

—Ni me lo recuerdes. Oye, ¿y a mí por qué me pica tanto la cacha del culo?

Me volví y vi la señal de un correazo, por lo que tuve muy claro quién iba a pagar el pato.

—¿Esto me lo has hecho tú? ¿Es que te crees un Grey de la vida? A ver quién es la guapa que se pone hoy un tanga en la playa, vas a salir en todos los medios.

—No, por Dios, hoy un tanga no. Y eso, palabra que no te lo he hecho yo.

—Claro, tú qué vas a decir, “so guarrón”.

Me fui a coger a mi niña y en un periquete ya estábamos de nuevo dando un vultazo por Cancún.

—No me lo puedo creer...—Corrí hacia donde sonaba esa música.

La voz de aquel chico, un cantante callejero que emulaba a Nolasco con su, “Las cosas más pequeñitas” fue para mí como una pócima que me quitó todo el cansancio, por lo que me planté delante de él y, ni corta ni perezosa, me puse a bailar esa rumbita tan marchosa derrochando arte flamenco.

Lo que más me gustó del asunto fue ver cómo *Beth*, en brazos de su padre, me seguía el rollo, moviendo también sus manitas y riendo sin parar.

Caderazo va y caderazo viene, observé que algunos transeúntes, apostados en aquel mismo lugar, grabaron la escena.

—Pero qué arte tiene mi futura mujer—me comentó Liam, en cuanto llegué de nuevo junto a él, después de que nos aplaudieran a rabiar al chico y a mí.

—Y dale, no eres pesadito, que a mí no me vuelves a pescar tú, ni con un anzuelo, hombre...

No fue lo mismo que pensaron los medios, que alucinaron cuando alguno de los allí presentes

les hizo llegar el vídeo con mi bailecito.

Enseguida las redes ardieron, haciendo alusión a la cara de embobado con la que me miraba Liam, mientras yo demostraba el arte flamenco que llevaba dentro.

—No querías coles, pues ahí tienes el plato lleno—le comenté al irnos a dormir tal cual vi que estábamos en boca de medio mundo.

—En ningún momento he querido esconderte. Es más, lo que quiero es poder gritar a los cuatro vientos nuestro compromiso, ¿me dejas?

—Te dejo sin cabeza si lo haces, porque te la arranco de cuajo, tú verás—le aseguré mientras me desvestía. Aún tenía en el cuerpo el cansancio por la noche pasada, pero esa bien me aseguré de que la peque actuara de muro de contención entre ambos.

No obstante, tuve que hacer malabares para librarme de sus besos antes de acostarnos, pues me acorraló en el baño.

—Ni se te ocurra, que todavía me estoy acordando de lo que hiciste anoche y me hierve la sangre.

—Di lo que quieras fierecilla, pero no fue la sangre lo que yo te vi arder.

—Abusaste de mi borrachera y no te lo voy a perdonar—reía sin parar.

—Y yo no me perdonaría no intentar conquistarte de nuevo hasta conseguirte...

Capítulo 18



Regresar a esa casa que con tanto dolor me fui, ya sabía que lo hice antes de este viaje, pero ahora volvía con mi cabeza más feliz, más firme, más segura, aunque obvio que así no se lo iba a decir al señor *James*.

Nos despedimos de los chicos y me tomé un té charlando con Katy, la verdad es que era adorable y con ella tenía una conexión especial.

Recibí un mensaje a mi móvil de un número desconocido.

Mensaje: *Kendall, soy Mireia Arcón, la chica que te enfadó durante el rodaje de Liam, quería decir que me lo comí a besos, que me lo follé mientras tu parías. La venganza se sirve en plato frío.*

Me quedé perpleja al ver la imagen de los dos en la cama riéndose y tirándose ese selfi, las lágrimas me comenzaron a caer.

—Kendall, ¿estás bien? —me preguntó Katy, tocándome la mano.

—Sí —me giré, me fui de la cocina y me topé con Liam, que se quedó perplejo al verme llorando y me intentó parar.

—Kendall...

—No me toques, no vuelvas a hacerlo, no lo hagas —le advertí corriendo al baño y encerrándome en él.

Eso no, joder, eso no lo debió de hacer, eso no ¡Maldita sea!

Grité tanto ese “maldita sea” que estaba seguro de que lo había escuchado, pero me daba igual, me importaba una mierda, no quería ni verlo ¿Era necesario acostarse con ella? ¿¿¿Con ella???

Tiré la escobilla del wáter hacia el espejo y haciendo un pleno porque crujió en mil pedazos.

—¡¡¡Kendall!!! —gritó desde fuera.

—¡¡¡Qué me dejes!!!

—Abre o tiro la puerta abajo, te lo juro por *Beth*.

—¡Hazlo, Rambo! —grité enfadada tirando un perfume de él contra la puerta.

Y menuda patada le dio que la abrió sin pensarlo. Me miró para saber si estaba bien, vio el

cristal que pasó de él.

—¿Qué está pasando, Kendall? —agarró mis brazos.

—Pasa que no te conozco y no sé si lo de ahora se te pasará y volverás a acostarte con todas las que se te pongan por delante. Pasa que no te llevo a creer. Pasa que estuviste con la mujer que intentó humillarme en tu rodaje. Pasa que mientras yo paría a tu hija y me veía más sola que una mierda, tú te ibas tirando a esas personas que se rieron de mí. Eso pasa, que no quiero ni puedo confiar en ti —le aparté con las dos manos y me fui hacia fuera.

—¡¡¡Kendall!!!

—Chíllale a tu puta madre que en paz descansa y dame las llaves del coche que sea, me quiero ir a dar una vuelta.

—Tú no vas a ir a ningún sitio porque no tienes ni idea de lo que te amo.

—A las personas que se las aman no se les hace esas cosas —dije mirándolo con rabia y llorando.

—No lo sabía, joder, no lo sabía.

—Y si lo hubieras sabido en esos momentos, lo hubieras hecho peor.

Escuché a la niña llorar desde la cocina y fui corriendo, Katy la abrazaba intentando consolar, pero se había asustado con nuestros chillidos.

Liam se adelantó y la cogió, hablándole con mucho cariño y pronto se consoló. Negué mirándolo y me fui hacia fuera, la cabeza me iba a explotar.

Con esa tía, con esa, nada más y nada menos que con esa...

Un rato después apareció Liam solo.

—¿Podemos hablar?

—Claro, claro que vamos a hablar.

—Yo...

—Tú me importa una mierda lo que pienses, pero yo sé lo que quiero en estos momentos y es hacer de una vez mi vida sola, con mi hija, lo peor ya lo pasé, ahora quiero vivir en paz, ni feliz ni polladas ni cuentos de hadas que no existen. Me buscaré algo para alquilar en una zona medio barata y me iré con ella, nos la turnaremos, será cuestión de días.

—No te vas a ir, esta vez no, la otra vez no tuviste a nadie que te retuviera, pero esta vez sí.

—Liam, no me toques lo que no debes.

—Kendall, no puedes hacerme pagar por algo que no decidí, por algo que me pasó, no puedes seguir por ahí.

—Vete a la mierda, Liam, vete a la mierda, te advertieron de lo que pasaba y no te lo quisiste creer, te levantaste muy machito, Liam, no me vengas con esas.

—Eres muy injusta.

—Pues por eso, yo por mi camino y tú por el tuyo.

En ese momento me llegó un mensaje de Aitor.

Aitor: *Tienes veinticuatro horas para recoger la ropa o la mandaré de donación a la parroquia.*

Kendall: *Les vendrá muy bien.*

A la mierda, el que me faltaba, que la donara y a tomar por culo, a buena hora iba a preguntarme qué hacer con mis cosas, menos mal que me llevé el ordenador para el hotel, de ese portátil jamás me despegaba.

—Kendall, ¿qué puedo hacer para que me creas? Ayúdame a comprender que necesitas.

—Necesito no sentirme más utilizada, necesito que alguien me enseñe que se puede querer a las personas sin hacerles daño, necesito que no se me humille más públicamente, necesito sentir que no soy todo eso que se habla por ahí y todo eso, lo puedo conseguir, pero no aquí.

—No te dejaré ir —estaba roto de dolor.

—Ya lo veremos —lo miré desafiante.

—Vámonos una temporada los tres solos, vámonos donde nadie nos pueda molestar.

—Te conocen hasta en la gran puñeta, Liam y, además, que no, que no puede ser que son muchas cosas golpeándome la cabeza. Que te amo con toda mi alma y que no me merezco estar sufriendo por todo lo que me voy enterando, que no, se acabó, que mi vida es mía y mi felicidad tiene que comenzar a depender de mí y no de los demás.

—Déjame demostrarte que no soy el mismo que antes de aparecer por España.

—No quiero —rompí a llorar, se sentó detrás de mí y me abrazó sin permitir que se lo negara.

—Si quieres ahora mismo pongo todo lo mío a tu nombre, casas, coches, barcos, cuentas.

—No digas más tonterías.

—Déjame hacerlo. ¿Y sabes por qué lo haría?

—No.

—Porque yo sí creo en ti —rompió a llorar apoyando su cabeza contra la parte de atrás de la mía.

—Liam, cuéntame todo lo que has hecho desde que recuerdas.

—No me pidas eso, por favor.

—Hazlo, Liam, una por una y todo lo que no sea eso.

—Hice cosas malas, me drogué, bebí, follé hasta la saciedad y perdí todo ese control que ahora tengo de mi vida —lloraba con la voz quebrantada.

—Dime nombres.

—No los recordaría todos, ni me acuerdo de muchos de ellos. No me lo perdono, no lo hago, me duele pensarlo, me duele saber que mientras yo buscaba algo que no estaba ahí, tú te preocupabas de la responsabilidad que a mí también me pertenecía.

—Liam, ahora mismo siento mucho dolor, ahora mismo cogería todo y me iría.

—No lo hagas, por favor, déjame seguir demostrándote que te amo, déjame hacerlo. No saldré a ningún lado sin ti, viviré para ti y la niña, te lo prometo.

—No quiero quitarte la libertad, quiero tener la tranquilidad de que vayas donde vayas, siempre me vas a respetar.

—Pero me quedaré a tu lado hasta que confíes. Como dijimos no celebramos el Fin de Año, no hay fin de nada ni comienzo de nada, hay una vida que quiero vivir a tu lado y que sea eterna.

—¿Y si nunca lo hago?

—Yo seguiré amándote y a tu lado...

Me ladeé un poco y me pegué a su pecho a llorar, él estaba sentado y me abrazó con más fuerzas.

—No me hagas más daño, Liam, no me lo hagas, no puedo soportarlo.

—No te lo haré jamás, Kendall, jamás.

—Y bloquea a esa tía de todos lados.

—La tengo bloqueada hace mucho, a ella y a todas, no te preocupes que nadie será jamás ni un minuto el centro de atención, solo tú.

—Lo nuestro era un amor de película.

—Y lo volverá a ser, pues el final aún no está escrito...

Capítulo 19



Catorce de febrero...

Hacia un mes y medio de ese día en el que descubrí aquella foto que me sacó de quicio, encima sobre un mensaje de lo más hiriente.

Me estiré en la cama y vi que había algo en la almohada, me giré y era una rosa y en su tallo un anillo precioso, Liam no estaba en la cama.

Sonreí mirando aquella rosa y me puse ese precioso anillo junto a los otros dos que también llevaba.

Me metí en la ducha y me puse un bañador rosa claro con un pareo sobre las caderas.

No me encontré a nadie por la casa, pero si vi a Liam en la terraza, de pie, el desayuno sobre la mesa y miraba hacia el mar.

—¿Me esperabas?

—Cada minuto de mi vida —se giró y me agarró por la cintura. Me dio un beso.

—¿Y nuestra mochila? —pregunté refiriéndome a *Beth*, así la llamaba yo en broma.

—En casa de Alexandra con Katy, el día es nuestro —me mordisqueó el labio.

—¿A quién le pediste permiso?

—A mi corazón, ese que sabe lo que hace.

—¿Celebramos algo? —Le enseñé mi dedo.

—Celebramos que el amor triunfó —nos sentamos en el sofá de una de las mesas del exterior donde estaba el desayuno.

Y sí, esta vez no le iba a rebatir nada porque se había dejado la piel cada día en hacerme feliz y porque como padre se estaba ganando que lo llevaran a los Juegos Olímpicos y que se trajera la medalla de oro al mejor padre.

—Tengo una sorpresa para ti...

—¿Otra?

—Claro, pero tendremos que irnos —miró al barco.

—¿Y *Beth*?

—Mañana regresaremos, está en buenas manos.

—Vale —sonreí y le di un beso.

—Te amo, Kendal, te amo mucho.

—Lo sé, Liam, lo sé.

Desayunamos y preparé una bolsa con ropa para cambiarme en el barco, ni idea tenía de lo que haríamos, pero con él, al fin del mundo que me iba.

Sabía que el amor que sentía por ese hombre era de verdad y aunque me costó, era ya consciente de que sus intenciones conmigo eran de lo más verdadera.

Subió comida a bordo por un tubo, no me dejaba ver ni las bandejas ni nada, me hizo mucha ilusión irme a pasar ese día de San Valentín con él.

Navegó hasta un lugar precioso y apartado del mundo, no tardamos en llegar, apenas dos horas y fondeó en medio de ese mar en calma con las vistas a una playa virgen donde no solía llegar nadie.

—Date un baño, voy preparando la mesa —murmuró cuando me vio las intenciones de tirarme.

—Pero yo quiero que te tires conmigo —sonreí.

—Espérame abajo, dejo la mesa lista y me tiro.

—Vale —lo agarré por la camiseta y lo pegué a mí para darle un beso —. No tardes, estoy muy caliente —sonreí mordisqueando su labio.

—No tardaré, descuida que no —agarró mis nalgas con fuerza y me tiró hacia él —. Te amo, mi vida, te amo —me dio un beso.

Me giré y me lancé al agua, lo vi desde arriba sonriendo y le hice un guiño.

En ese momento sonó desde los altavoces del barco el coro rociero en nuestra boda con la canción de “Quiéreme” y luego yo cantando.

Él ya estaba preparando la mesa, yo me puse las manos en la cara y lloré de felicidad cuando un poco después lo sentí caer al agua y agarrarme por detrás.

—Alguien me comentó que estaba con temperaturas muy altas —murmuró en mi oído.

—Nadie tendría lo que hay que tener de decirte eso si esa persona que lo dice no soy yo —me reí notando su miembro excitado rozándome el culo.

—Claro que nadie lo tendría —pasó una de sus manos hacia delante y lo metió por debajo del bañador para ir directo a lo que buscaba. Solté el aire con el contacto de sus dedos en mi clítoris.

—Liam...

—Pues sí que sigue a temperatura peligrosa.

—Dale más rápido o me doy yo —exigí jadeante y riendo.

—No vas a tocarte ni un poco, esto me pertenece —mordisqueó mi oreja y metió sus dedos en mi cueva.

Con su otra mano comenzó a jugar con el pezón y madre mía, esas estocadas con los dedos y

esos círculos sobre el clítoris, tuve un orgasmo que casi me caigo hacia adelante.

Quitó mi bañador y me cogió en sus caderas penetrándome del tirón, me agarré a su cuello y lo ayudé con aquellos movimientos para que sus caderas y las mías se encontraran y separaran simultáneamente.

Era magia lo que conseguía hacer conmigo, pura magia.

Subimos a comer y me encontré una mesa preciosa llena de pétalos de rosa y un colgante dejado de caer en medio con un corazón y el nombre de nuestra hija por delante y su nacimiento por detrás.

—Ay, que no quiero regalos, pero que gusto tienes, viejo —solté, causándole una carcajada mientras él desde atrás me lo colocaba.

—Yo tengo cada día el regalo de tenerte en mi vida ¿Cómo no te voy a colmar de todo aquello que mereces?

—Qué asco es tener tanto dinero y poder comprar todo —carraspeé recordando lo de mi novela.

—Y no me dejas rodarla.

—No quiero, el día que me compren una de verdad, entonces exigiré que se te ponga de prota, pero créeme que, si tienes algo que ver, esa vez te mato, pero literal —reí.

Tras la comida nos fuimos al camarote a descansar un rato y a follar como locos, había amor, pero eso era follar, cuando se hacía con esa intensidad, pasión, deseos y pierdes el control, era follar, pero me gustaba, al igual que cuando hacíamos el amor entre palabras que nos salían del alma.

Capítulo 20



Desperté desnuda a su lado y vi que eran las ocho de la tarde...

—Liam, como sigamos durmiendo nos dan las ocho de la mañana.

—¿Qué hora es?

—Las ocho de la tarde —me tiré sobre su cara y lo besé.

—Pues sí que se nos pegó las sábanas —me puso entre sus piernas.

—No, por Dios, otra vez no —murmuré riendo al notar su miembro venirse arriba por completo.

—Parece que sí —carraspeó y me tumbó hacia arriba y se puso entre mis piernas.

—Liam, por Dios, donde aprendiste a comer así, fijo que eres amigo de un autor llamado Hugo Sanz, que siempre bromea a sus lectoras con las tapas de los yogures.

—No conozco a ningún Hugo Sanz.

Jadeé con el movimiento que me estaba dando con su lengua y dientes, me agarré a las sábanas y me eché hacia atrás.

—Pues si quieres te lo presento.

—Procura mantenerte alejada de él.

—¿Qué dices? —me reí.

—No me gustan las personas que chupan las tapas de los yogures.

—Pues yo las lamo.

—Pero tú, eres tú —en ese mismo momento me corrí, directamente, caí agotada.

Ese “pero tú, eres tú” me hizo soltar una risa entre ese agotamiento en el que caí tras el orgasmo.

—Vamos a la ducha —jaló de mis piernas hacia él y me cogió las manos.

—No puedo ni moverme me tiembla hasta la campanilla de la garganta.

—Ya te llevo yo —me cogió en brazos y nos fuimos bajo la ducha.

Y allí lo hicimos, cómo no, tocaba la siguiente parte y es que, con él, nada más en la vida se podía quedar a medias.

Me puse un vestido corto de ganchillo, blanco, quedaba precioso, debajo la ropa interior del

mismo color, ya que se transparentaba, bueno el sujetador ni me lo puse, las lolas tenían que dar ese punto de seducción para una noche como esta.

—Eso no se hace —murmuró, agarrándome por la cintura y pegándome a él.

—No me traje el hábito de monja —sonreí cogiendo la copa de vino que puso en mi mano. En ese momento comenzó a atardecer.

—Dime una cosa.

—Adelante —me mordí el labio y miré la copa.

—¿Estás dispuesta a que el cielo brille para ti?

—Dicho así suena muy... ¿romántico?

—Entonces sonó como quería que lo hiciera —vi que en ese momento se puso de rodillas y de repente...

—¿Qué es esto? —comenzó desde tierra en algún lugar virgen a salir fuegos artificiales.

—Kendall —abrió una caja con un anillo y me eché a reír, ya iban cuatro —¿Quieres volver a casarte conmigo? —se me formó un nudo en la garganta y los fuegos dibujaron en el cielo un “Te amo”

—Liam... —Las lágrimas ya estaban en modo cataratas —Claro que sí, mi amor, me quiero casar contigo, por supuesto, eres todo lo que amo en esta vida junto a nuestra hija, por supuesto que sí —me agaché y él nos levantó y cogió mi mano.

—Quiero que sepas que —metió el anillo sonriendo y viendo que llevaba tres y que el cuarto no llegaba a colocarse bien.

—Espera —me reí y quité los dos de compromiso y lo puse en la otra mano, solo dejé la anterior alianza —. Ya —me mordí el labio aguantando la risa.

—Te decía —sonrió negando —. Nada —negó riendo —, nada que no sepas. Eres todo lo que necesito en mi vida y si mil veces perdiera la cabeza, mil veces que me volvería a enamorar de ti, porque eres lo que más amo del mundo junto a nuestra hija.

—Una cosa... —Le puse el dedo en el hombro y miré hacia sus ojos —Ten cojones y vuelve a perder la memoria, que la próxima vez antes que tú le pongas la mano a otra encima, me he tirado a medio *Miami* —murmuré y solté una carcajada, él también.

—No, tranquila que no, eso no volverá a pasar jamás —me mordió el labio.

En ese momento se acabaron los fuegos y sonó como si de forma cronometrada estuviera preparado, la canción de Orobroy, esa que bailé el día que apareció.

Cogí mi copa y le dije que me siguiera, la puse sobre la mesa y le hice sentar tras la mesa, yo me puse delante de ella y comencé a bailar como si estuviera encima de un escenario, con esos gestos que me encantaba poner de seriedad y fuerza.

Vi cómo sonreía emocionado y a la vez le brillaban los ojos como nunca.

Aplaudió emocionado cuando la acabé y se vino hacia mí.

—Hoy sí has bailado para mí, nunca lo quisiste hacer.

—Hoy y siempre bailaré cuando suene esta canción, porque ese fue el día que llegaste para quedarte.

Nos besamos riendo y entre lágrimas ¿Podría haber un día de San Valentín más bonito que este? La respuesta es no...

Cenamos una selección de pates que le habían traído de Noruega, vamos que los había pedido por Internet y que él preparó a modo de canapés.

El vino y el amor nos acompañaba esa noche en la que las estrellas brillaban para nosotros, sin duda, al igual que el cielo como dijo, brilló para mí.

—¿Cuándo nos casamos?

—Antes del verano o rozándolo —sonrió.

—No me lo puedo creer —miré la copa con la que jugueteaba haciendo círculos.

—Quiero que tengamos más hijos.

—Siempre me lo dices...

—¿Sabes? —Cogió mis manos por encima de la mesa y las comenzó a acariciar con sus dedos

—No podré calmar jamás ese dolor que te hice pasar un día, pero si te puedo prometer que ni yo ni nadie, tendrá narices de causarte nada que no sea felicidad.

—Si el dolor que pasé un día fue para llegar a este momento, te digo ya que lo pasaría todas las veces que fueran necesarias.

—Eres muy valiente, eres una gran mujer.

—Soy el producto del amor que un día me diste y que hizo que mi corazón te perteneciera.

—Quiero confesarte algo —se mordió el labio para no reír y me miró—. Desde el día que te vi, me pasé los siguientes días que no tenía a la niña aprendiendo sevillanas vía online —negó.

—¡Mentira!

—¿Mentira? —Se levantó y me extendió la palma de su mano para que me levantara.

Cogió su móvil hizo algo y comenzó a sonar en el barco la mítica canción de sevillanas de Chiquetete de “A la puerta de Toledo”, la de, le tengo celos, sí.

Se puso frente a mí en posición de salida y comenzó a bailar conmigo la primera sevillana y juro por mi vida que se lo había currado, pues casi podía hacer unos pasos muy elegantes y controlados ¡No me lo podía creer!

Bailó conmigo las cuatro y me giraba, agarraba, fue de lo más emocionante ver a mi americano soltando ese arte bailando esas sevillanas ¡Me lo comía!

O sea, mientras mi niña estaba conmigo, él se las pasaba en su casa de San Fernando aprendiendo unas sevillanas ¿Se podía ser más mono?

—Quiero hacer una confesión —me dejé caer encima de la mesa mirándolo fijamente y me mordí el labio.

—Aprovecha —rellenó las copas.

—Es un poco desagradable, por un lado, pero como que es un mensaje por el otro —reí, tenía un pedo en lo alto de lo más grande, había bebido muchas copas.

—Suéltalo, estás deseando —se aguantaba la sonrisa a un lado y me miraba con esos ojazos azules, que me ponían de lo más nerviosa —. El noventa y cinco por ciento de las veces que lo hacía con el innombrable lo hacía con los ojos cerrados y pensando en ti —me mordí el labio y aguanté la risa porque sabía lo que él me iba a decir.

—¿Y el otro cinco? —me eché a reír, había acertado.

—Con los ojos abiertos porque era en un sitio donde puse en la pared un poster de Can Yaman, un actor turco que...

—Calla —se echó a reír —. Me alegro de que fuera ese cinco al turco —negaba riendo —, pero me siento alagado de que fuese de mí de quién te acordaras en esos momentos.

—Siempre, además, fingí muchas veces, cosa que contigo no me pasó jamás.

—Espera que te relleno la copa, esto se pone interesante ¿Algún secreto más? —dijo llenando mi copa.

—Sí, una última confesión... ¿Recuerdas esa chica que te hablaba por Instagram y te decía que tú valías mucho, más que todo lo que estabas haciendo y siempre te andaba aconsejando?

—¿Cómo sabes eso?

—Me costó mucho que leyeras mis privados desde mi perfil falso —me eché a reír y vi cómo se le iba dibujando una sonrisa en la cara que quería contener y arqueaba la ceja —. Y como sabía tanto de ti, conseguí que cuando me saludaste después de ponerte el dedo del okey cincuenta veces, capté tu atención con tu tema favorito y...

—Hablamos muchas horas... —estaba en *shock*.

—Muchísimas —sonreí —Yo recién parida, entre la niña, el trabajo y tú... —me reí —¡No dormía!

—Fuiste quién me hizo pensar en hacer un viaje para encontrarme a mí mismo, fue cuando pensé en el Tíbet y lo hice —se le saltaron las lágrimas —Fuiste quién me dijo que siempre siguiera a mi corazón, aunque no tuviera recuerdos.

—Esa misma —me senté en su regazo y lo abracé.

—Tú me dijiste una de las frases que siempre llevaré en mi corazón y que me hizo abrir mucho los ojos.

“No te arrepientas con ira, hazlo con actos de amor, ese que llevas dentro de ti...”

Lloró ese hombre lo que creo que no lloró en su vida y descubrió mi gran secreto...

Me pasé cinco meses hablando a ratos y cada día con él, nos hicimos grandes amigos, así fue, le ayudé a que fuera entendiendo el daño que le hacía el estar haciendo escándalos de mujeres y hablando de esa forma por las redes, era yo la que le calmé de muchas ganas de ponerme verde

en las redes cuando se sentía frustrado, fui yo casi la que lo arrastré a venir a nosotras.

Capítulo 21



Me desperté entre besos por la espalda que me daba delicadamente.

—Buenos días —carraspeé sin moverme.

—Buenos día, mi vida —acercó su cara a mi cuello y me besó la mejilla —. Me vas a tener que perdonar por lo que hice.

—No entiendo —me giré porque lo conocía.

—Hace un rato hablé con Alexandra y he puesto rumbo a Las Bahamas, quiero pasar otro día junto a ti.

—¡La niña!

—Tranquila, no pasará nada porque nos eche de menos un poquito más —me besó.

—Joder, al final vamos a ser unos padres nefastos —me reí negando y queriéndolo matar.

—Ya no nos volveremos a separar de ella hasta la luna de miel.

Subimos a desayunar y me miró mientras me echaba el café.

—Siempre me pregunté porque aquella amiga me bloqueó de la noche a la mañana —se refirió a mi falsa identidad.

—Comprendió que era la hora de que pudieras volar solo y tomaras tus propias decisiones.

—Me distes las alas para volar...

—Y volaste donde la encontrarías para siempre —me incorporé y le di un beso.

—Y volé a lo que jamás debí dejar ir...

Pensé que esa historia jamás se la contaría a nadie, aquello me volvió loca porque hacía cosas duras a pesar de que lo calmaba, pero lo conseguí, aunque siempre pensaba que me vendría otra, pero, poco a poco, lo conseguí y fue cuando desapareció, yo estaba tranquila, sabía que estaba intentando encontrarse.

Desayunamos sin dejar de mirarnos con ese amor que sentíamos el uno por el otro en su otra vida, como yo decía, estaba descubriendo que una persona puede actuar diferente por cualquier razón, pero que su corazón seguía latiendo de la misma manera siempre y a él, le latía igual.

Bajamos en Nassau y nos fuimos a pasear, se nos tiraron de golpe tres periodistas que salieron como por arte de magia. Liam me llevaba de la mano con esa firmeza que siempre demostraba.

—Liam ¿Feliz de recuperarla? ¿Es esta vez la definitiva? Kendall ¿Dejo tirado en un último momento al doctor? ¿Te volverás a casar con Liam? ¿Tendréis más hijos?

—Buenos días, gracias—dijo Liam sonriendo, como cortando y entramos a un bar muy paradisíaco...

Me miró sonriendo y nos sentamos en el patio que había al aire libre por el otro lado donde podíamos tomar algo sentados frente al mar y sin nadie encima.

—¿Nos huelen?

—Fijo que nos tienen puesto un *chip* —solté una carcajada.

—A mí me han podido meter en el cerebro una computadora que fijo que no me enteré.

—Eres un poquito bruto, ¿no? —me acerqué a besarlo.

—Un poquito nada más —me hizo un guiño y me dio el beso.

Pedimos dos cafés cremosos helados, que fue probarlo y casi tengo un orgasmo que me tienen hasta que aguantar.

De allí salimos y volvían a estar los periodistas, así que hicimos un pacto de responder a una pregunta a cada uno y que nos dejaran pasear tranquilos por la isla.

—Liam ¿Qué sentías cuando sabías que se iba a casar con otro?

—Que me robaban una parte de mi vida —murmuró sonriendo.

—Kendall ¿Qué te hizo no casarte con el doctor español?

—Mi amor hacia este hombre, con memoria o no —sonreí.

—Liam ¿Volveréis a casaros?

—Ya comenzó la cuenta atrás —le hizo un guiño y nos fuimos.

Se quedaron los tres con una cara que era para verlos, ya tenían la noticia del año, en otra ya nos interrogarían para sacarnos información, pero hoy, hoy tenían un pacto con nosotros y sabían que no podían romperlo.

Nos tiramos en unas hamacas en la playa, cerveza en mano y nos dimos unos chapuzones con mucho amor, esos que sabíamos que desde lejos nos estaban grabando y fotografiando, pero nos daba igual, al menos estaban a una distancia que no iban incordiando y acercarse a preguntar ni se atreverían.

Comimos en un restaurante de hamburguesas riquísimas de carne de buey y luego nos subimos al barco donde pasamos la tarde de lo más entretenidos, entre charlas, vinos, algún que otro chapuzón y mucho sexo, ese que no podía faltar entre nosotros.

Esa noche regresamos a la casa y por la mañana fuimos a por la pequeña.

Le conté todo a Alexandra, que sonreía feliz de saber que de nuevo íbamos a enlazar esas vidas que un día se quedaron truncadas por el camino.

A partir de ese momento busqué el vestido ideal, diferente, pero con la misma o más ilusión que la primera vez, iba a ir espectacular y vivir aquel día como si no hubiera un mañana.

Amaba a Liam y mi vida comenzaba aquí, ahora...

Capítulo 22



Llegó el día, el más importante de mi vida. Bueno, vale, el tercero más importante, que ya me había casado una vez y cuando nació mi hija, fui feliz a pesar de no estar su padre conmigo.

¿Cuántos pueden decir que se han casado dos veces con el amor de su vida?

Sí, están esos matrimonios en los que su amor perdura en el tiempo y, con el paso de los años, reafirman esos votos que se prometieron antaño, en unas segundas nupcias.

Pero no era nuestro caso, ni mucho menos.

Liam y yo nos casamos por segunda vez, pero como si fuera la primera, después de un camino en el que no todo ha sido color de rosa, sino que hemos luchado contra viento y marea, encontrado espinas y enfrentándonos a mil batallas distintas.

Pero ya se acabó, somos una pareja feliz, afianzada y con plena confianza el uno en el otro.

Además de los orgullosos padres de una niña que siempre fue, y será, la luz que guíe nuestros pasos.

Estoy nerviosa como un flan, más que la primera vez, y es que quiero que este día no se le olvide nunca a Liam.

Ya sería mala suerte que sufriera de nuevo una pérdida de memoria, pero, si eso llegara a pasarle, tan solo pediría que no nos olvidara ni a *Beth* ni a mí, que recuerde cada minuto vivido con nosotras desde que fue a recuperar a su hija a mi Cádiz natal.

—¿Dónde está la novia más guapa de *Miami*? —sonreí al escuchar la voz de Cata.

—Habéis venido...

—Hombre claro, no me iba a perder tu boda, hija mía.

—¿Cómo está mi sobrino?

—Con su padre le he dejado. Que forjen ese vínculo paterno filial, que falta les hace.

—Ni que no se vieran, exagerada.

—No, si verse se ven, pero con eso de las guardias que ha tenido últimamente, pues muy poco y el niño lo echa de menos, que llora por las noches.

—Vaya por Dios.

—Mírate, estás preciosa. Pareces una reina.

—Con corona y todo —reí, haciendo un guiño.

Y es que sí, me había puesto la corona que Liam me regaló cuando regresé aquí, seis meses atrás.

El vestido era como de cuento de hadas, de verdad que sí. La falda toda de tul, y el corpiño de encaje, tirante ancho y escote en V casi hasta el ombligo, elegante pero sexy, que una quería lucir así para su futuro marido.

Maquillaje natural, en tonos marrones, y el cabello recogido en un moño bajo.

Alexandra me había regalado unos pendientes de bolitas largos, y esos eran los que llevaba.

—Estás preciosa, Kendall —dijo Cata, con los ojos vidriosos antes de abrazarme.

—Hola, hola —saludó Alexandra, entrando en la habitación—. Aquí llega la mini novia.

Ahora fui yo la que se echó a llorar, pero a lágrimas tendidas, al ver a mi gordita con un vestido igual que el mío, sin tanto escote, obvio, y su corona puesta.

—Mi princesa —la cogí en brazos y me la comí a besos.

—No llores, que se te va a estropear el maquillaje —protestó Alexandra.

—¿Cómo no voy a llorar, capulla? ¿Has visto a mi niña lo bonita que está?

—Al novio se le va a caer la baba, ya verás —sonrió Cata.

—Decidme que no me estoy equivocando, por favor —les pedí a ambas, que sonrieron negando.

—Estás haciendo lo que te dicta el corazón, Kendall. Ese que siempre le perteneció a Liam.

—Estuve a punto de perderlo todo por una mala decisión.

Recordad que estaba dispuesta a casarme con un hombre al que no amaba, solo porque me había ayudado mucho en su momento y de ese modo devolverle todo lo que me dio, me hace sentir tan estúpida, que me hierva la sangre.

—Tienes al novio de los nervios, preciosa —dijo Luis desde la puerta.

—Tranquilo, que ya sale —contestó Alexandra—. Cata, vamos a decirle al novio que se prepare para llorar.

—Hala, la otra. No le digas eso, ¡por Dios!

—Tú, a callar, Kendall.

Salen las dos de la habitación y Luis se acerca para abrazarme.

—Quién me iba a decir, que te llevaría por segunda vez al altar, y para que te casaras con el mismo.

—Nadie, ya te lo digo yo —reímos y me besó la frente cogiendo a la niña en brazos.

—Estáis preciosas, y ese hombre va a llorar lo que no está escrito.

—Si voy a acabar llorando hasta yo, ya lo verás.

—¿Estás lista?

—Sí, pero tú sujétame bien, que igual me caigo. Me tiembla todo.

—Venga.

Esta vez habíamos decidido casarnos en uno de los mejores hoteles de *Miami*, así que todos los invitados esperaban en el jardín, donde tendría lugar la ceremonia.

Pero claro, no estábamos solo nosotros, nuestros amigos y los compañeros de trabajo de Liam, no.

La prensa también nos acompañaría en este gran día.

Cuando entré en el *hall* casi me muero al ver todos los fotógrafos, periodistas, y cámaras de televisión, amontonados ahí, esperando la llegada de la novia.

Madre mía, si había más gente que en las rebajas.

—Tranquila, que podemos con ellos —dijo Luis, girando la cara de mi niña para que la apoyara en su hombro, y ella de lo más tranquila.

Yo iba agarrada a su brazo como si de un salvavidas se tratara, vamos, que le estaba clavando hasta las uñas y el pobre mío ni se quejaba.

Casi no podíamos ni andar entre tanta gente, esa que buscaba la mejor foto de la novia, pero es que me tenían agobiada, y ya veía yo que iba a salir en todas con cara de asesina, que solo faltaría que me pusieran el letrero de “Se busca” y con una cantidad abajo como recompensa.

—Luisito, vamos más rapidito, por tu madre —pedí, entre dientes, y tratando de sonreír.

—Eso intento, pero poco falta para que me arranquen hasta los calzoncillos.

—¿Qué dices?

Miré hacia abajo y vi que al pobre le iban tirando de la cintura del pantalón, de la chaqueta y hasta de las rodillas, a ver si se paraba, pero él seguía adelante.

Esto parecía la escena de una película de zombis, que ya me veía yo llegando con mi precioso vestido de tul hecho girones, el moño desecho y la corona retorcida.

Y es que sí, yo también noté que me agarraban del codo para que me parara mientras iban preguntando cómo me encontraba, si estaba nerviosa, si Liam me esperaba en el jardín o se había fugado.

Cuidado la preguntita, la mala baba que llevaba. Pues bonita era yo, que me estaba entrando un ataque de ansiedad, que al paso que iba me casaba en urgencias del hospital.

—¡¡Si me queréis, irse!! —grité, a todo pulmón, parándome en mitad del *hall*, que es donde habíamos podido llegar desde la escalera, en esos quince minutos interminables.

Sí, me marqué un Lola Flores en toda regla, pero es que me tenían hartita ya con los agarrones, las preguntas, las cámaras enfocando y los puñeteros flashes dejándome cegata perdida.

—¿Kendal, podrías posar un momento con el padrino, por favor?

Esa pregunta vino casi del fondo de la sala, donde vi a una chiquilla de no más de veintidós años, con cara de circunstancia y lejos de todo el barullo.

Estaba con un fotógrafo igual de cortado que ella, vamos, que se veía que les habían pedido que cubrieran la boda y, una de dos, o con eso subirían un escalón más en su trabajo, o les ponían de patitas en la calle.

—Perdona, ¿cómo te llamas, y para qué revista trabajas? —pregunté, sonriente, mientras el resto hacía fotos y Luis seguía sosteniendo la cabecita de *Beth* para que no pudieran sacarla a ella.

—Soy Jimena, periodista de *Amore amore*.

—Pues mira, me has caído bien. Vete para el jardín con tu compañero, que vais a ser los únicos que tengáis la exclusiva de la boda.

A la chica se le iluminó la cara, me miró con los ojos muy abiertos y tuve que volver a pedirle que fuera yendo hasta allí.

El resto protestaba diciendo que llevaban ahí esperando el mismo tiempo, así que, como ya estaba yo más cabreada que una mona, pegué cuatro chillidos y me quedé más ancha que todas las cosas.

Ahí lo llevaban, que se quedaran tranquilos que le pedí a Luis que me dejara un momento sola en el centro y posé.

—Rapidito con los flashes, que me espera el novio impaciente, a ver si va a pensar que me he fugado como *Julia Roberts* en la película.

Tras conseguir que todos se rieran, y después de que me hicieran varias fotos posando, incluso con Luis y la niña, sin que se le viera la cara, obviamente.

Y al fin nos dejaron libres para poder continuar hasta la entrada del jardín, desde donde podía ver a los invitados sentados.

Lo habían dejado todo precioso, las sillas a los lados con sus fundas blancas y lazos morados, al igual que las flores.

Una alfombra morada con pétalos de rosa blancos a modo de pasillo, y al fondo Liam, esperándome en el arco que también estaba decorado con flores.

—¿Vamos? —preguntó Luis, y asentí después de coger aire.

Las puertas se abrieron y el mismo coro rociero de la primera vez, comenzó a cantar por Niña Pastori.

«*Te quise a tiempo, te quise tarde...*»

La niña iba sonriendo, señalando a su padre mientras Luis, la llevaba con el brazo derecho, y yo iba colgada del izquierdo.

«*Te di la puerta, te di la llave*

Te di todas las ganas de amar...»

Avanzábamos despacio, miraba a Liam y tenía esa preciosa sonrisa, además de los ojos llenos de lágrimas, esas que a mí también comenzaron a salirme, así que respiré hondo y traté de

deshacer el nudo en mi garganta, pues me tocaba cantar cuando estábamos a unos pasos de él. Justo la parte del estribillo que daba título a la canción.

—*¿Quién te va a querer, así como yo? ¿Quién te va a querer?*

Liam se secaba las lágrimas mientras Alexandra, que hacía de madrina en esta ocasión, le acariciaba el brazo, llorando también ella, como una niña pequeña.

Cuando me acerqué, mi futuro marido me cogió ambas mejillas, mirándome fijamente a los ojos antes de besarme la frente.

Comenzamos la ceremonia y ni él, ni yo, dejábamos de temblar, cogidos de la mano, mientras nos preguntaba el oficiante y nosotros respondíamos.

Lo hacíamos casi de manera automática, porque estar, estábamos, pero como si no, parecía que flotáramos en una nube.

Yo al menos me sentía así, porque esto era lo que quería, estar con ese hombre que, poco a poco, en estos meses, había ido recordando todo y se había ganado de nuevo mi corazón.

—Puedes besar a la novia —fueron las únicas palabras que escuché realmente, y ya venía Liam sonriendo a hacerlo.

Así sellábamos una vez más nuestro amor, y esta vez para siempre, porque no iba a permitir que nada ni nadie nos arrebatase esos preciosos momentos que habíamos vivido desde que regresé a *Miami*.

Le comenté a Liam lo de la periodista y le pareció bien esa decisión que tomé, se la presenté y nos prestamos a una breve entrevista.

Jimena se centró en el presente y el futuro, obviando todos esos escándalos que habían ido saliendo a la luz en el pasado, tras el accidente de Liam.

Nos hicieron varias fotos y acabamos acomodándolos a ella y su compañero en la mesa con Cata y Mario, que estuvieron encantados de que los acompañaran.

Según la bruja de mi amiga, le iba a contar muchas cosas más que podría utilizar en el reportaje.

Para matarla.

Disfrutamos de una buena comida, y brindamos cada diez minutos, sin exagerar, que menos mal que yo solo me mojaba los labios, igual que Liam, porque de lo contrario, acabaríamos más borrachos que aquella noche de diciembre cuando nos reencontramos.

Era hora del baile, y tenía clara la canción con la que lo abriríamos, igual que esa de mi entrada.

Cuando Liam me agarró por la cintura, cogiéndome la otra mano, empezaron a sonar esas primeras notas de un piano, antes de que la voz de David Bisbal resonara por el jardín.

«Me olvidé de soñar

Mientras lanzaba piedras a la luna

Con la fuerza de una lágrima...»

Me apoyé en su pecho y me besó la cabeza, noté que me abrazaba con fuerza y de nuevo me sentía en casa, sus brazos eran mi hogar.

«Quisimos borrar las dudas

Y no arrepentirnos nunca...»

India Martínez acompañaba a Bisbal en este precioso tema, y acabé llorando por todo lo que me hacía sentir esta canción. Igual que Liam, que no dejaba de secarse las mejillas.

«Hay una esperanza que nos lleve lejos

Lléname las ganas de volverte a amar»

Poco a poco, había ido confiando en él, me había enamorado más aún si es que eso era posible, y mis ganas de volverle a amar, y que me amara, crecieron a pasos agigantados, a pesar de esas rosas con espinas que encontramos en nuestro camino.

Nos aplaudieron todos los presentes una vez acabamos el baile, Jimena estaba llorando y sabía que nos habían hecho un montón de fotos que saldrían en las primeras páginas de la revista.

Desde luego, tenían la exclusiva del año.

Estaba a punto de marcharme, cuando Liam me pegó de nuevo a él, mirándome a los ojos, me besó y comenzó a sonar un piano con un violín.

All of me, de *John Legend*, interpretada además con *Lindsey Stirling*, hizo que rompiera a llorar como una niña mientras mi marido me abrazaba.

Nos balanceábamos al ritmo de la música, con esa melodiosa voz que hacía que se me erizara la piel.

Ni siquiera esperaba que Liam eligiera una canción para bailar, eso me había pillado por sorpresa.

«Because all of me loves all of you...»

Yo también amaba todo de él, todo, absolutamente todo, y lo haría hasta el último de mis días, como prometí la primera vez que nos casamos.

«Give your all to me I'll give my all to you

You're my end and my beginning»

No podía estar más feliz, más enamorada, y más agradecida con la vida, por haber puesto al mismo hombre, dos veces en mi camino.

—He recordado el día que me cantaste en nuestra boda —susurró en mi oído—. Lo he recordado, mi vida.

Lloré, de nuevo, emocionada y agradecida, porque cada vez iba recordando más cosas.

—Estás preciosa, y nuestra hija también, sois la reina y la princesa de mi corazón. Os amo, Kendall, os amo como jamás creí que podría amar.

Sella esa confesión con un beso de esos de película, y siento que mi vida, al fin, está completa.

Capítulo 23



Dos días llevábamos casados, y al fin salíamos de luna de miel.

El destino no me lo había dicho aún, así que metí todo tipo de ropa en la maleta, tanto para el frío como para el calor.

—Adiós, mi niña —me comí a besos a *Beth*, que se quedaba con Alexandra y Luis en casa esos días.

—Mujer, que la vas a ver en nada.

—No quiero que se olvide de mí, que no me he separado de ella tanto tiempo.

—¿Cómo se va a olvidar de su madre? —preguntó Luis, riendo.

—¿Quién sabe? Puede pasar.

—¿Te quieres ir ya, por Dios? Ni que fuéramos a dar a la niña en adopción, madre mía —protestó mi amiga.

—Haces eso, y te mato, vamos.

—Ey, que podéis hacer otra, y seguro que os sale mejor que esta.

—Me la llevo, Liam —dije, cogiendo a la niña en brazos—. No me fio de esta bruja.

—Mi vida, deja a la niña aquí tranquila, que Alexandra la cuida como si fuera suya.

—No le cambies los apellidos, ¿eh? —La señalé.

—No se le ocurriría, sé que no quiere quedarse sin dientes —respondió Luis, volviendo a reírse a carcajadas.

Nos despedimos de ellos y subimos de nuevo al coche, Liam puso rumbo al aeropuerto y, una vez que entramos, casi me muero al ver dónde me llevaba.

—¿En serio? Ahí me iba a ir con...

—Pero no te fuiste, así que, Maldivas nos espera.

—Menos mal que eché bikinis de sobra en la maleta, que me veía ya con la bufanda y los guantes.

—¿Para qué has metido bufanda y guantes? —rio él.

—Chico, no decías dónde me llevabas, no sabía qué meter.

—Anda, vamos a facturar.

Una vez lo hacemos y pasamos los controles pertinentes, entregamos nuestros billetes en la puerta de embarque y subimos al avión, donde nos acompañan hasta primera clase, lugar en el que viajaremos.

Y menos mal que vamos a viajar cómodos, porque nos esperan unas cuantas horas de viaje.

Ese que hacemos charlando, viendo el reportaje de la revista que se llevó la exclusiva y que no tengo dudas de que sus ventas van a subir como la espuma, así de nuestra pequeña, a la que ya echo de menos, además de durmiendo y cogiendo fuerzas para esos días que pasaremos allí, en aquel lugar paradisíaco, solos y tranquilos.

O así lo espero, porque no me gustaría encontrarme con fotógrafos debajo de las piedras o detrás de una palmera. Eso ya sería la repanocha, vamos.

Llegamos a Maldivas, concretamente a Malé y, al salir del aeropuerto, nos esperaba un coche que nos llevaría al lugar del que saldríamos en helicóptero hasta el *resort* en el que íbamos a alojarnos.

—Esto es precioso —dije, mirándolo todo por la ventana, mientras Liam, me llevaba cogida de la mano yo la acariciaba.

—No tanto como mi esposa —la besó y le miré, me sacó una sonrisa.

—Mi marido tampoco está mal, espero que no te pongas celoso.

—¿Ponerme celoso? De quién, ¿de tu marido?

—Ajá.

—No te preocupes, sé que te tengo en el bote —me hizo un guiño y acabé riendo con él.

Desde luego, el Liam bromista que conocí antaño, había comenzado a volver poco a poco, y eso me gustaba.

Llegamos al helipuerto propiedad del *resort* y subimos después de que colocaran todo nuestro equipaje. Creí que me moría al ver eso coger altura y cuando vi toda la ciudad a nuestros pies.

No era lo mismo subirse a un avión, que lo ves todo desde una pequeña ventanilla, a estar en un helicóptero en el que la ventana hace que veas todo, absolutamente todo.

Aunque reconozco que las vistas de Malé eran preciosas.

—Y ahí, es donde vamos a comenzar nuestra luna de miel, y a buscar un hermanito para *Beth* —murmuró Liam en mi oído, señalando el *resort* que había a unos pocos metros de nosotros.

Aquello era un paraíso, de verdad que sí.

Esas aguas tan cristalinas, las cabañas y la calma que todo en conjunto transmitía.

Aterrizamos y, tras ayudarnos a bajar, nos recibió una chica con una sonrisa de lo más amable.

—Bienvenidos, señores *James*.

—Huy, no, no. Yo lo de señora *James* lo llevo malamente, todavía, ¿eh? A mí me llamas Kendall, por favor.

La chica, más cortada que un jamón, miró a Liam, que sonrió y asintió después de encogerse

de hombros.

—Tienen un carrito ahí para que los lleve a su cabaña, esperamos que disfruten de su estancia y, les aseguro, en nombre de todo el resort, que no serán molestados por nadie.

Montamos en el carrito, donde el chico había ido poniendo las maletas, y nos llevó por todo el recinto en el que no se veía un alma, tan solo a los trabajadores en sus puestos, o yendo y viniendo de un lado para el otro.

Cuando nos dejó en la cabaña, Liam me hizo esperar en la puerta hasta que el chico metió nuestro equipaje dentro y, una vez se marchó con el carrito, me cogió en brazos para entrar conmigo.

—¿Qué haces?

—¿No es esto lo que se hace después de casarse? Coger a la novia y meterla en la habitación antes de la noche de bodas.

—¡Serás cabrito! La noche de bodas fue hace días, y no me metiste así en casa.

—Estaba *Beth*.

—Sí, mi niña ha sido siempre propensa a tener el don de la oportunidad. Menos mal que no estuve con muchos, que igual me habría quedado a dos velas.

—Esa hija mía es de lo más lista, sabía que no jugabas a mamás y papás con su padre, y quería echarle de tu cama.

—Sería eso, claro —volteé los ojos, Liam soltó una carcajada y fue conmigo hasta la habitación, donde me recostó en la cama sin darme tiempo a que me negara— ¿Señor *James*?

—¿Sí, señora *James*? —resoplé al escucharle, bien sabía él que no me hacía aún a que me llamara así.

—¿Qué pretende usted en este momento?

—Hacerle el amor hasta que llegue la noche.

—Anda la virgen, ¿me vas a tener aquí sin comer ni beber?

—Claro que no, nos traerán comida cuando lo pidamos —contestó mientras levantaba mi camiseta y comenzaba a besarme el vientre.

—Liam —suspiré, al sentirle un poco más arriba, y sus manos bajándome el pantalón.

—Dime, mi vida.

—Habrás traído preservativos, mira que nos conocemos de la otra vez y...

—¡Ups! —contestó, levantando ambas cejas mientras me miraba.

—Ay la madre que te parió. Desde luego, tendría que haberle dicho a Alexandra o Luis, que se aseguraran de meterlos en tu maleta.

—Te puedo asegurar yo a ti, que esos dos no lo habrían hecho, quieren más sobrinos, igual que yo quiero más hijos.

—Pues nada, vamos a ir practicando, que Roma no se construyó en dos días —respondí, entre

risas.

—De Maldivas nos vamos con un mini Liam, ya verás que sí.

—¿Por qué tiene que ser niño? ¿Y si es niña? ¿No la vas a querer igual? —pregunté, mientras él me iba desnudando, poco a poco entre besos.

—Por supuesto que la voy a querer, a todos mis hijos por igual. A los siete.

—¿Siete?! —Me incorporé de golpe.

—Ajá.

—Tú que quieres, ¿verme como si yo fuera Blancanieves con los siete enanitos?

—Mira, un buen destino para llevar a *Beth* cuando volvamos de la luna de miel.

—¿La casa de los enanitos?

—No, tonta, *Disneyland*.

—¡Sí! Yo quiero ir allí, me hace mucha ilusión. Ay, que ya nos veo a la gordita y a mí vestidas de princesas. ¡Oh, por Dios! —grité, una vez que sentí a Liam, o más bien su lengua, pasando por mi zona.

—¿Te concentras ya en tu marido, preciosa mía?

—Sí, sí. Me concentro, me concentro. Sigue amor, sigue.

Noté que Liam reía, pero es que yo estaba un poquito nerviosa y me había dado por hablar y desvariaba.

Quién me había visto y quién me veía, yo, nerviosa como una adolescente con su novio, como si fuera nuestra primera vez.

Acabamos dejándonos llevar tanto en ese momento por la pasión, que lo hicimos en todas las posturas que ambos conocíamos, que no eran pocas, dado que él tenía varios años de experiencia más que yo.

Y sí, tal como dijo, nos sorprendió la noche, pero habíamos comido, que quede claro, que mi maridito dijo que no me iba a dejar pasar hambre nunca. En ningún sentido, prueba de ello fue que me desaté tanto en nuestra noche de bodas, o más bien día completo, que le sorprendí probando su fruto del amor.

Ahí lo dejo, que ya sabréis cuál es.

Los días iban pasando y, cada vez que salíamos de la cabaña, era como si los responsables del *resort* hubieran pedido al resto de huéspedes que no salieran de las suyas, que íbamos a pasear nosotros.

Disfrutábamos de la zona *chill out*, de las hamacas, la parte de la playa donde estaban los columpios, y hasta de la piscina y ese bar que había dentro del agua, en la más absoluta soledad.

No nos molestaba nadie, tal como dijo la chica que nos recibió el día que llegamos.

Hasta que descubrí el motivo, obvio, y no fue Liam quien me lo dijo, sino el chico que me acababa de servir una copa en la piscina.

—Perdona, ¿a qué hora suele estar el *resort* más lleno? Es que llevo varios días aquí, y nunca me cruzo con otros huéspedes.

—Señora, no hay más huéspedes que ustedes dos, así lo pidió el señor *James* al hacer la reserva.

Si me pinchan en ese momento, no me encontrarían ni la vena para sacarme la sangre.

¿Cuánto se había gastado Liam para tener el *resort* en exclusividad? Es que era para matarlo, de verdad.

—Hombre, aquí viene el millonario del año —dije, con ironía, cuando llegó a la piscina.

—¿Qué pasa, preciosa?

—Que estamos solos en el *resort*, eso pasa.

—Ahora sí, suelen salir en otros momentos.

—Liam, que me lo ha dicho el chico de la barra, que reservaste para nosotros solos.

—Vaya por Dios —volteó los ojos mientras reía—. Lo hice para tener la certeza de que estábamos solos.

—Ya te vale, lo que te habrás gastado para eso.

—El dinero no me importa, tu felicidad, sí.

Me besó y ahí me quedé yo, con la boquita callada porque me acababa de desarmar por completo.

El día se pasó rápido, como los anteriores, pero al llegar la noche yo tenía claro lo que iba a hacer, a modo de sorpresa, para mi querido y amado esposo.

Estábamos en nuestra cabaña, acabábamos de terminar de cenar y Liam se tomaba una copa mirando al mar.

Aproveché para entrar y vestirme como quería, algo sencillo que el vestido de flamenca no me lo había traído, así que me tuve que apañar con el bikini, un pareo y una flor del jarrón del salón en el pelo que me acababa de recoger.

Cogí mi móvil, busqué lo que quería y, en cuanto empezó a sonar, Liam se giró para mirarme y sonrió.

Ahí iba yo, toda flamenca a la caribeña, bailando por Chiquetete para mi marido.

«*Volveré*

Porque te quiero...»

Un paso por aquí, otro por allá, revoleo de brazos, giro, miradita, sonrisa de mi Liam y vi que hasta lloraba.

«*Volveré*

Serás mi estrella

Si tú me esperas volveré»

Él había dicho que, si perdiera la memoria mil veces, mil veces se enamoraría de mí. Y yo, si

volviera a nacer, una y otra vez, siempre le escogería a él.

—Me encanta que bailes para mí —dijo, cuando me sentó a horcajadas en sus piernas.

—Y a mí bailarte.

—Estás muy sexy con este conjuntito.

—¿Te gusta?

—Sí, una lástima que te vaya a durar poco tiempo puesto.

Dicho y hecho, ya estaba con la parte de arriba fuera, las lolas al aire y él, jugueteando con mis pezones mientras metía la mano en mi entrepierna.

No os digo cómo acabó la noche, que no es una escena apta para menores.

Capítulo 24



Nueve meses habían pasado desde que disfrutamos de nuestra maravillosa luna de miel, nueve, en los que Liam no dejaba de decir que quería un hijo.

Y lo habíamos estado buscando con ganas, desde luego, hasta Alexandra y Luis se llevaban a *Beth* algún fin de semana, sin que yo lo supiera, porque mi marido quería tener un momento de intimidad conmigo.

Pues nada, a vivir la vida y los placeres del matrimonio. En la cama, la piscina, la cama balinesa, el salón...

Pero nada, que el mini Liam se hacía de rogar y aún estábamos en el proceso de prácticas, como cuando te sacas el carnet de conducir.

Levantarme esa mañana y oler el café recién hecho, me hizo ir directa al cuarto de baño.

Y no acabé echando la primera papilla que me dio mi madre, porque Dios no quiso, eso seguro.

Qué mala me había puesto, parecía la mismísima niña del Exorcista, solo me faltaba vomitar verde, y hablar en lenguas muertas.

—¿Kendal? —preguntó Liam, desde la habitación, al no verme en la cama.

—Aquí —contesté, casi en un hilo de voz.

—¿Qué te pasa, mi vida? —Se acercó, asustado, al verme en el suelo, apoyada en la taza del váter.

—No me encuentro bien, debo tener un virus o algo. Llevo aquí vomitando... ni sé el tiempo.

—¿Por qué no me has llamado?

—No podía, no dejaba de vomitar.

—¿Estás mejor?

—Creo que no tengo más sustancia en el cuerpo.

—Ven, vamos a la ducha, anda.

Tiene que cogerme él en brazos, desnudarme y, tras quitarse la ropa, meterse conmigo en la ducha para enjabonarme.

No hay nada como el agua cayendo por el cuerpo, para calmarse.

—¿Mejor? —preguntó una vez me había secado y estaba vistiéndome.

—Parece que sí.

Pero no, no lo era, puesto que en cuanto puse un pie en la cocina, y volví a oler el café...

—¡Puaghhhh! —Ni tiempo a llegar al cuarto de baño del pasillo me dio.

Ahí mismo lo puse todo perdido.

—Nos vamos ahora mismo a urgencias —dijo Liam.

En el camino, no me soltó la mano, y yo estaba con un mareo, un mal cuerpo, y unas ganas de seguir vomitando, que no eran normal.

Si ya no me quedaba ni mijita en el estómago, que lo había soltado todo por la casa.

Nos atendieron y, tras tomar nota de nuestros datos, fuimos a sentarnos a la sala de espera.

—Creo que estás embarazada, mi vida —soltó, así, sin anestesia, mi querido maridito.

—¿Qué dices? Esto es un virus.

—Te digo yo que ahí está mini Liam —sonrió, con la mano en mi vientre y acariciándolo.

—No, no, verás que no.

—Verte así, me ha hecho recordar el día que nos enteramos que esperabas a *Beth* —mirándome a los ojos y sin perder la sonrisa, se acercó para besarme y yo seguía a cuadros—. Es como aquella vez, ya lo verás.

Y no podía ser, porque, de todas las cosas que podría haber recordado, hoy, justamente hoy, recordaba el día que nos dijeron que estaba embarazada.

—No te sorprendas, que, de todas las veces que hemos practicado en estos meses, ya tocaba que diéramos en la diana.

—No estás tú contento ni nada, ¿eh?

—Y más que lo voy a estar, en cuanto me den la razón los médicos.

Pues sí, sí que se la dieron,

Estaba embarazada, ¡y de gemelos!

Tanto buscar, tanto buscar, habíamos dado de pleno y por partida doble. Vamos, lo mejor de lo mejor, que al final sí que me veía yo en plan Blancanieves con mis siete enanitos.

La noticia me pilló por sorpresa, tanto es así, que me desmayé cuando dijeron que venían dos bebés, y me dejaron en una de las camillas con un gotero de suero puesto, ya que decían que me habían visto un poquito débil.

Me hicieron pruebas, y en los resultados descubrieron que tenía algo de anemia, una cosa normal en mi estado, y para la que pusieron remedios de inmediato.

Yo seguía como en una nube, y muerta de miedo. Porque, si la primera vez fue difícil para mí, saber que estaba embarazada y después perder al hombre que más amaba, afrontando los últimos meses de embarazo sola, el traer al mundo a mi niña, sola, y cuidar de ella, sola.

No podía ni imaginar cómo sería el tener que pasar de nuevo por todo aquello, y esta vez, con

dos bebés además de *Beth*.

—Mi vida, di algo —me pidió Liam por la noche, cuando estábamos ya en la cama.

Y es que no había sido capaz de hablar en todo el día, nada, ni una palabra.

Me limitaba tan solo a reír y hacer monerías a mi gordita, pero poco más.

—Kendall, me estás preocupando.

—Tengo miedo, Liam —y empecé a llorar nada más decirlo.

Él me abrazó con fuerza, besándome la frente mientras me decía palabras de consuelo.

Pero no me consolaba, era imposible. Tenía tal llanto, que hasta Liam empezó a pensar que me iba a dar un ataque.

—Mi vida, cálmate por favor. Dime, ¿de qué tienes miedo?

—De que vuelva a pasar algo y me vea sola, con la niña, pariendo y dos bebés más.

—No va a pasar nada, de verdad que no.

—Eso no lo sabes —lloraba como nunca antes lo había hecho.

—Kendall, si tengo que ir andando a todas partes, voy andando. Si tengo que quedarme encerrado en casa nueve meses, me quedo.

—Siete, que los bebés tienen dos meses.

—Eso, siete. ¿Ves? Vamos rebajando el tiempo —sonríe—. Mi vida, os amo a ti y a nuestros tres hijos, y no dejaría que os pasara nada, a ninguno. Y evitaré que me pueda pasar algo a mí. ¿De acuerdo?

—Vale.

Secándome las lágrimas, me cobijo en su pecho y él no deja de acariciarme el brazo y besarme la frente.

Así me acabo quedando dormida, pero con el temor de que todo se vaya a la mierda, como una vez ocurrió.

Los meses fueron pasando, mi barriguita crecía y mi marido estaba encantado con la llegada de sus dos mini Liam.

Sí, nos habían confirmado que estábamos esperando dos niños, y tenía claro los nombres que iba a ponerles.

Liam y Luis.

En eso no hubo discusión, él se sintió feliz al saber que uno de sus hijos llevaría su nombre, y quise que el otro llevara el de nuestro amigo y padrino de bodas, de las dos.

Teníamos la habitación de los gemelos preparada, Liam se encargó de todo, había mandado pintar un bonito océano lleno de peces, corales e incluso barcos hundidos y cofres del tesoro.

Cuando lo vi acabado, reí al recordar el día que le comenté que me lo había imaginado como un pirata.

¿Lo más gracioso de todo? Que había empezado a escribir esa novela poco después de saber

que esperábamos dos niños, y la estaba disfrutando tanto, pero tanto, que se iba convirtiendo en trilogía a pasos agigantados.

Llegó el momento de la verdad, el día en que mis niños decidieron llegar al mundo, dos semanas antes de tiempo.

Y de madrugada, para más desgracia mía.

—¡Liam! —grité, al sentir un fuerte pinchazo.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó, incorporándose de golpe.

—Ya llegan.

—¿Quién?

—Los Reyes Magos, ¿no te jode? ¡Tus hijos, Liam! ¡Ya llegan tus hijos!

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—¿Quieres que les diga que esperen a después del desayuno? Igual lo hacen, oye.

—Vamos, vamos al hospital.

Menos mal que teníamos a Katy con nosotros, y se quedaría en casa con mi gordita, esa que, a sus tres años, se acababa de convertir en hermana mayor.

La niña que el día que dijo papá por primera vez, mirando a Liam a los ojos, hizo que se le saltaran las lágrimas como a un niño pequeño.

Salimos para el hospital como si nos persiguiera una manada de lobos hambrientos, menos mal que apenas había tráfico, pero cuando Liam se saltó un semáforo, ahí teníamos a la Policía siguiéndonos para darnos el alto.

—¿Qué has hecho, imbécil? —grité, cuando le vi bajar la ventanilla y el policía puso cara de susto.

—Lo siento, mi vida. Agente, sé que me he saltado un semáforo, pero, como puede ver, mi mujer se ha puesto de parto.

—¿Es usted *Liam James*?

—¿Quiere un autógrafo? —grité, poniéndome de los nervios, mientras mis hijos hacían por salir— Si se espera un momento, en cuanto nazcan aquí mismo los gemelos, le damos dos más. Disculpe que nos dejamos a la niña en casa, que no nos parecían estas unas buenas horas para llevarla de paseo.

—Mi vida, por Dios, cálmate.

—¡Intenta calmarte tú estando a punto de parir! ¡Que es la segunda vez que paso por esto, joder!

—Señor *James*, síganos que le abrimos paso hasta el hospital. ¿Dónde van?

Liam le dio al agente el nombre y ahí que fuimos nosotros, a toda velocidad, en plan *Fust & Furious*, con el coche de policía delante abriendo paso con las luces y las sirenas puestas.

Desde luego, menudo recuerdo para contarles a este par de criaturas que venían en camino.

Una vez llegamos, los policías se aseguraron de entrar e informar de que me había puesto de parto, ni dos minutos tardaron en salir un par de enfermeros con la silla de ruedas, mientras que el médico preparaba la sala de partos.

—¡Tú! —Señalé a Liam, que estaba dando los datos— Ven aquí ahora mismo, que a mí sola ahí dentro no me dejas, ¿me oyes?

—Ya voy, cariño, termino y...

—¡Vienes ya! —grité.

Los presentes en ese momento, emudecieron, ni que yo fuera el mismísimo Demonio, vamos.

Solo era una mujer a punto de parir, dolorida y con ganas de que me sacaran a esos dos que me estaban dando la noche.

Entramos en la sala, me ayudaron a quitarme el pijama y me pusieron uno de esos camisones sexys hasta la muerte (nótese la ironía), para que me colocara en posición con las piernas bien abiertas.

—Parece que este par de angelitos tenían prisa por salir —dijo el doctor.

—Angelitos, un huevo, los angelitos no querían nacer a estas horas intempestivas. Estos dos han salido al padre, que les va a ir la marcha y la fiesta nocturna —contesté, mientras notaba que Liam hacía algo con mi muñeca— ¿Se puede saber qué leches es eso? —pregunté, más bien gritando, al ver que me ataba una cuerda en la muñeca, y hacía lo mismo con la suya.

—Atarme a ti, cariño, como el hilo rojo que nos unió desde que éramos solo unas moléculas.

—Ay la virgen, que ahora se ha vuelto científico. Y esto es una cuerda, Liam, ¡una puta cuerda! No un hilito de coser.

—Pero así nos aseguramos de que no te suelto la mano, mi vida —contestó, besándome la frente—. Y ahora empuja, campeona, que nuestros angelitos quieren salir y ver lo guapa que es su madre.

Lo mataba, de esta mataba a mi marido y me quedaba con sus millones, la casa y los coches, vamos que sí.

¿Se podía ser más cabrito?

Empecé a empujar como una loca mientras el médico me lo iba pidiendo, hasta que escuchamos el llanto del primero.

—Liam —sonrió mi marido al decir el nombre que iba a llevar el mayor de los dos.

Apenas unos minutos después, tras dos empujones fuertes, nació Luis, que podría dedicarse a cantar ópera porque menudos pulmones tenía mi niño.

Cuando me los pusieron a los dos en el pecho, lloré tanto o más que cuando nació *Beth*.

Pero esta vez no estaba sola, me había acompañado mi marido, el hombre al que elegiría una y otra vez si tuviera que volver a enamorarme.

—Son perfectos, Kendall —lloraba él, mirando a sus hijos, y cogiéndoles las manitas—. Perfectos.

Y sí, lo eran. Igualitos a él, además, lo que me dejaba claro es que teníamos a la siguiente generación de actores en la familia. Ya veía los carteles de esas películas con el nombre “Los hermanos *James*”.

Ojalá estuviera en lo cierto, y en algún momento de sus vidas, se convirtieran en los protagonistas de alguna de mis historias.

Epílogo



Cinco años después...

Mis gemelos eran unos angelitos, pero de los que lanzan de una patada desde el cielo.

Me habían salido malos y revoltosos, como no lo había sido nunca *Beth*.

Mi niña, mi gordita, la princesa de la casa de ocho añitos. Santa paciencia tenía ella con sus hermanos, que no dejaban de hacerle trastadas.

La más gorda, coger los rotuladores de colores y pintar su vestido nuevo de color blanco con el que iba a ir al cumpleaños de su mejor amiga, la hija de otro galán del cine y compañero de Liam, cuyo representante también era Luis.

Dejaron el vestido, como un cuadro abstracto de esos que valen una millonada, pero a su manera.

Y encima dijeron que le hacía falta un poco de color, para matarlos.

Más que Liam y Luis, tendría que haberles llamado Zipi y Zape.

La vida con Liam era una constante aventura, y lo digo en serio, porque le gustaba subir a toda la familia al barco y llevarnos a navegar el fin de semana, incluso estaba enseñando a los niños a pescar, aunque después devolvíamos a esas pobres criaturas al mar.

En estos años, había recordado todo lo que se le olvidó tras el accidente, y cuando le venía un recuerdo en el que yo estaba con él, lloraba como un niño por la manera en la que me echó de su lado en aquella habitación de hospital.

No podía culparlo, sabía que no era el Liam que me amaba el que habló en aquel momento, aunque el daño estaba hecho y el dolor formaba parte de nuestra historia.

De no haber sido por esa pérdida de memoria, no me habría vuelto a conquistar, esa segunda vez, poco a poco y sin prisa, o al menos sin mucha prisa, ni me habría casado con él.

Pero el tiempo es sabio, nos pone a personas en el camino para que veamos no solo lo que ellos significan para nosotros, sino lo que valemos para ellos.

Liam decía que yo era su mayor tesoro, junto con nuestros tres hijos, y que no le habría importado ser un simple fontanero, repartidor de pizza o barrendero, si me hubiera conocido a mí para pasar el resto de su vida a mi lado.

Lo mismo le decía yo, bien sabía él que no me importaban los millones, que sí, el dinero ayuda mucho, consigue cosas que sin él son difíciles de lograr, pero no lo es todo cuando hay amor en la pareja.

Yo amaba a Liam, me había enamorado de él desde la primera vez que lo vi en una película, soñaba con conocerlo y hasta con que, tal vez, se fijara en mí y nos casáramos.

Y ese sueño se hizo realidad, en dos ocasiones.

—¡Mamá! —gritó *Beth*, llorando, desde el pasillo.

—¿Qué pasa, mi...? ¡¡Qué has hecho!!

No me lo podía creer, mi niña, su preciosa melena, estaba cortada casi por los hombros, y a trasquilones.

—Han sido los gemelos, mami —lloraba ella, con el pelo entre las manos, ese que se le iba cayendo al suelo y había formado un caminito, imaginaba que desde su habitación.

—¡Ay, mi niña! Liam, Luis, ¡¡venid aquí ahora mismo!!

—¿Qué pasa, mami? —preguntaron los dos, al unísono, con esa carita de no haber roto un plato en la vida.

—¿Se puede saber qué le habéis hecho a vuestra hermana?

—Nada —contestó Luis, encogiéndose de hombros.

—¿Nada, dices? La podríais haber dejado calva, por el amor de Dios.

—¿Me voy a quedar calva, mami? —Me estaba dando una pena ver a mi niña llorando de esa manera, que se me partía el alma.

—No, cariño, esto ahora mismo lo soluciona mamá.

La besé secándole las lágrimas y llamé a Sam, el peluquero más saleroso y gay de todo *Miami* que preparaba a Liam en los rodajes.

—Dime, linda.

—Necesito que vengas, tenemos una urgencia cabellera.

—No me digas que te ha dado por experimentar con tu melena, con lo bonita que la tienes.

—Peor, los hijos de Satán le han trasquilado la melena a *Beth*.

—¡*Oh, my God!* —gritó, y me lo imaginé hasta llevándose la mano al pecho— En media hora estoy allí, ve lavando la cabeza a mi princesa.

Miré a los gemelos, que tenían esa cara de hacerse los buenos, y solo tuve que señalarlos antes de que se fueran al salón a ver la tele.

Estaba lavando el pelo a mi hija cuando escuché el alboroto habitual en casa cuando llegaba mi marido.

Salí con la niña y al verla, Liam me miró arqueando la ceja sin entender qué había pasado.

—Tus demonios le han cortado el pelo a la niña. Estoy de ellos y sus trastadas, hasta el mismísimo.

—Mi vida, son niños.

—Y si llego a saber que iban a ser descendientes de Satán, se quedan ahí dentro hasta los dieciocho años.

—Mal lo habrías pasado, cariño.

—Menos mal que ya no hay más hijos, porque me viene otro como esos, y me tiro por el puente más alto de *Miami*.

—Anda, tranquila. ¿Has llamado a Sam?

—Esperando estoy que llegue.

Sonó el timbre, y para mí fue como si acabara de llegar la mismísima virgen a visitarme.

Fuimos con la niña al cuarto de baño y ahí dejé a mi amigo y mi hija, mientras me sentaba delante del ordenador a escribir el capítulo que había dejado a medias.

Escribir seguía siendo mi pasión, mi momento para evadirme del mundo, y además de Liam, ahora tenía un par de actores más para inspirarme, uno hacía de bueno, el mejor amigo del protagonista, mientras que el otro hacía de malo, en todas las historias siempre hay un malo.

¿Quiénes eran esos musos, queréis saber? Luis y Mario, no podía ser de otra forma.

Llevaba mucho tiempo relacionándome con ellos, eran parte de mi vida, del día a día, porque, si no era una videollamada con Cata, era una comida con Alexandra, y ellos estaban ahí también.

Pero mi mayor fuente de inspiración siempre sería él, mi rubio de ojos azules y sonrisa sensual, el hombre que me decía te quiero cada noche al irnos a dormir, el que me amaba cuando tenía ocasión, el que me había devuelto la sonrisa tantos años atrás.

Y le vi en la gran pantalla siendo el protagonista de una de mis novelas, concretamente, de una trilogía, esa que hice imaginándole como un pirata.

Si ya era todo un sex simbol en *Miami*, y las mujeres le pedían autógrafos allá donde fuera a rodar. Cuando salió con melena, pendiente y el pañuelo de pirata, todo se volvió una locura.

Empezaron a lloverle muchas más ofertas para películas y series, estaba en lo más alto del Celuloide y muchos fueron quienes se interesaron por comprar los derechos de alguna novela mía y llevarla a la pantalla.

En eso estaba pensando yo estos últimos meses, en si aceptar o no una súper oferta que Luis me había hecho llegar sin que Liam lo supiera.

Y es que, la novela que tenía entre manos era una tercera parte y aún no había publicado ni siquiera la primera.

Me había ido al género policíaco, con mis toques de romance y demás ingredientes para hacer de la novela una historia que fuera la bomba.

Le di a Luis a leer el boceto de esa primera novela, se enganchó a ella y me pidió leer la segunda.

Ahora estaba con esta tercera, leyendo por capítulos, y diciéndome que le tenía de los nervios.

Se lo había enseñado a un amigo suyo productor, que a su vez se lo mostró al director con el que siempre trabajaba en películas de acción, y me habían ofrecido comprar los derechos en cuanto estuvieran publicadas para llevarlas a la gran pantalla.

No contentos con eso, querían al menos otras tres novelas más, ya que veían que el agente del *FBI* al que había dado vida, basándome en mi querido esposo, iba a tener un buen tirón en la gran pantalla.

Me lo estaba pensando, pero es que cada día estaba más convencida de que Liam sería el hombre perfecto para dar vida a mi agente sexy y favorito por excelencia.

Respiré hondo cuando acabé el capítulo y llamé a Luis.

—¿Cómo está la mujer más guapa de *Miami*?

—¡Estás casado, desgraciado! —escuché gritar a Alexandra, y me partí de risa.

—Esa mujer está celosa de mí.

—Normal, te quiero mucho y estoy enamorado de ti. Si no fueras la esposa de mi mejor amigo, otro gallo cantaría.

—¡Quiero el divorcio!

—No la hagas caso, son las hormonas.

—Sí, el embarazo la está sentando de aquella manera.

—Es pariente de tus gemelos, ahora mismo —estallamos los dos en carcajadas, y es que todos sabían que mis gemelos no eran unos angelitos.

—Que sí, Luis, que acepto la oferta.

—¿En serio?

—Ajá, ya tengo casi acabada la tercera. Ahora te paso los últimos capítulos que tengo.

—Perfecto, esa saga del agente especial *Martins*, va a ser la bomba.

—Lo sé. Ve a cuidar a tu mujer, anda. Os quiero.

—Y nosotros a ti.

Después de colgar y enviarle el correo con los capítulos que había hecho durante el día, salí al salón y vi a Liam con los gemelos en el sofá.

Eran idénticos a él, pero idénticos, que yo había visto fotos de Liam a su edad, y parecía que le estuviera viendo a él.

Liam sonrió, me hizo un guiño y, como siempre, en respuesta le lancé un beso.

Fui a prepararme un té a la cocina y me quedé ahí pensando en las vueltas que da la vida.

Cuando crees que todo va bien, te golpea duro para darte un choque de realidad.

Los sueños se pueden cumplir, sí, pero se evaporan como el agua, se convierten en pesadillas y quieres despertar, sabiendo que no vas a poder.

Y entonces ves esa luz que te dice que va a salir todo bien, te engrandeces a ti misma diciéndote que vas a salir adelante, y lo consigues.

El amor vuelve, más intensamente, más fuerte y con más ganas. Ese amor que te hizo vivir un cuento de hadas en el que no había más princesa ni reina que tú.

El amor todo lo puede, y si no, que se lo digan a *Liam James*, el hombre que hizo cuanto estuvo en su mano para conquistarme y casarse conmigo, dos veces.

Mis redes sociales

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

IG: [@aitorferrerescritor](#)

Amazon: relinks.me/AitorFerrer